

**BIBLIOTECA  
PROFESIONAL  
DE  
ANABA**

CUADERNOS

HIPOLITO ESCOLAR SOBRINO

**HISTORIA  
SOCIAL  
DEL LIBRO**

**GRECIA I**

ASOCIACION NACIONAL  
DE BIBLIOTECARIOS,  
ARCHIVEROS Y ARQUEOLOGOS

HIPÓLITO ESCOLAR SOBRINO  
BIBLIOTECA PROFESIONAL DE ANABA

III. CUADERNOS

# HISTORIA SOCIAL DEL LIBRO

GRECIA I

DE OROBOS A ALEMAR

**HISTORIA SOCIAL DEL LIBRO**

GRECIA I



ASOCIACIÓN NACIONAL DE BIBLIOTECARIOS

ARCHIVISTAS Y ARQUEÓLOGOS

MADRID

HIPÓLITO ESCOLAR SOBRINO

# HISTORIA SOCIAL DEL LIBRO

GRECIA I

DE CNOSOS A ATENAS



ASOCIACIÓN NACIONAL DE BIBLIOTECARIOS  
ARCHIVEROS Y ARQUEÓLOGOS  
MADRID

BIBLIOTECA PROFESIONAL DE ANABA

III. CUADERNOS

HIPÓLITO ESCOLAR SOBRINO  
BIBLIOTECA PROFESIONAL DE ANABA  
EL CUADERNO  
HISTORIA SOCIAL  
DEL LIBRO

© HIPÓLITO ESCOLAR SOBRINO, 1975.

GRECIA I  
DE LOS SIGLOS V A III



Depósito Legal: M. 29795-1975.

ISBN 84-500-7078-3. Rústica.

Gráficas Cóndor, S. A.,

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1975-4476.

## INDICE GENERAL

*A mis padres,  
Emiliano y Amparo (†),  
con un profundo cariño.*

CARTA	11
La escritura de Mesopotamia, 11. — La escritura y el libro minúsculos, 22. — Otros sistemas de escritura relacionados con los cuneos, 31.	
MINUSCULAS	45
El mundo minúsculo, 47. — La escritura minúscula y su desarrollo, 57. — El libro minúsculo. Años y estilos, 71.	
LOS SIGLOS OCHOVENCOS	83
La creación de una nueva era, 85. — El alfabeto. Origen y trascendencia, 91. — La formación del alfabeto y sus derivaciones, 92. — Los poemas homéricos, 114. — Supervivencia de los poemas homéricos, 125.	

Págs.

La Edad Arcaica ... .. 132

El mundo histórico, 132. — Cronología y división del libro, 132. — La forma material del libro, 132. — El contenido del libro, 132. — Supervivencia del libro de la Edad Arcaica, 132.

281 ... .. **INDICE GENERAL** ... .. 281

Introducción, 131. — Índice analítico, 131.

**CRETA**

Págs.

**CRETA** ... .. **11**

La resurrección de Minos, 13. — La escritura y el libro minoicos, 22. — Otros sistemas de escritura relacionados con los cretenses, 35.

**MICENAS** ... .. **45**

El mundo micénico, 47. — La escritura micénica y su desciframiento, 57. — El libro micénico. Aedos y escribas, 71.

**LOS SIGLOS OSCUROS** ... .. **83**

La génesis de una nueva era, 85. — El alfabeto. Origen y trascendencia, 92. — La formación del alfabeto y sus derivaciones, 102. — Los poemas homéricos, 114. — Supervivencia de los poemas homéricos, 125.

	<i>Págs.</i>
<b>LA EDAD ARCAICA</b> ... .. .	<b>135</b>
El cuadro histórico, 137. — Creación y difusión del libro, 147. — La forma material del libro, 159. — El contenido del libro, 167. — Supervivencia del libro de la Edad Arcaica, 178.	
<b>APÉNDICES</b> ... .. .	<b>185</b>
Bibliografía, 187. — Índice analítico, 197.	

## CRETA

... las cosas se ve que el pueblo helénico se eleva a la altura del mundo griego con la civilización de los siglos arcaicos y clásicos, aunque en el fondo se conserva la esencia de la lengua griega.

En primer lugar, porque Creta pertenece geográficamente al mundo griego y los pueblos griegos siempre se consideraron a los cretenses como helénicos, no como bárbaros. Homero, hijo de Zeus y nieto de Minos, apodala los helénicos cretenses en la Guerra de Troya. Más tarde, durante las Guerras Médicas, los cretenses fueron invitados, aunque no asistieron, a luchar en el ejército griego que luchaba contra los persas.

En segundo lugar, porque elementos de la antigua cultura cretense se encuentran en la base de la cultura helénica. En primer lugar, el alfabeto, que es el origen de la escritura griega. Después de la invasión de los dorios, el alfabeto cretense se utilizó en la isla de Creta y en algunas zonas de la península de Peloponeso, donde se utilizó para escribir el dialecto dórico, de la vieja cultura helénica.

LA ISLA ABUJA ... 115

El cuadro histórico, 117. -- Crecimiento y difusión del libro, 117. -- La forma material del libro, 119. -- El contenido del libro, 117. -- Supervivencia del libro en la Edad Antigua, 119.

APÉNDICES ... 120

Bibliografía, 121. -- Índice, 121.

CRBTA

LA RESURRECCIÓN DE MINOS

Son varias las razones por las que es preciso iniciar la historia del libro griego con la de la civilización cretense primitiva o minoica, aunque su medio de expresión no fuera la lengua griega.

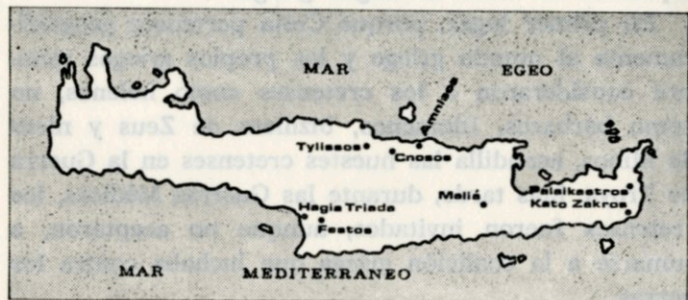
En primer lugar, porque Creta pertenece geográficamente al mundo griego y los propios griegos siempre consideraron a los cretenses como helenos, no como bárbaros. Idomeneo, biznieto de Zeus y nieto de Minos, acaudilla las huestes cretenses en la Guerra de Troya. Más tarde, durante las Guerras Médicas, los cretenses fueron invitados, aunque no aceptaron, a sumarse a la coalición griega que luchaba contra los persas.

En segundo lugar, porque elementos de la antigua cultura cretense se encuentran en la base de lo que conocemos como cultura específicamente griega, surgida bastantes siglos después, en la que se mantuvo de forma ininterrumpida el recuerdo, aunque idealizado y legendario, de la vieja cultura insular.

Por último, porque la lengua griega se escribió por primera vez en esta tierra y en un sistema de escritura inventado en ella, el llamado por su descubridor, Sir Arthur Evans, lineal B, que es una evolución o derivación de otros sistemas anteriores creados por los cretenses.

Hasta el siglo XIX las únicas noticias que se tenían de la historia primitiva de Creta se reducían a las referencias de los escritores clásicos.

Por ejemplo, ya Homero (*Odisea*, XIX, 17) dice de la isla que es una bella y rica tierra, aislada por las olas, muy poblada y con noventa ciudades. Tucídides



La isla de Creta

(I, 4) habla de la talasocracia o imperio marítimo establecido por Minos, y Aristóteles (*Política*, II, 7, 2) justifica este poder en la situación estratégica de Creta, próxima por un extremo al Peloponeso y por el

otro a Rodas y a la costa asiática. Realmente la isla es como un puente, entre el sur de Grecia y el suroeste de Anatolia, que cierra el mar Egeo y se encuentra equidistante de Egipto y de la costa siria.

En el acervo del pueblo griego hay mitos que se refieren a Creta, donde se localiza el nacimiento de Zeus. De todos ellos, tiene un particular interés para nuestro caso el de Teseo y el Minotauro.

Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, se brindó voluntario para formar parte del grupo de siete muchachos y siete muchachas que anualmente debían ser enviados por los atenienses al rey Minos, como duro tributo por haber dado muerte alevosa al hijo de éste. Los jóvenes eran entregados en las noches de plenilunio al Minotauro, ser monstruoso, mezcla de hombre y de toro, que el rey de Creta tenía encerrado en su palacio, el Laberinto, construido por el arquitecto Dédalo. El palacio contenía tal cantidad de pasillos y habitaciones que, una vez dentro, era imposible encontrar la salida. Teseo enamoró a Ariadna, una hija de Minos, que le proporcionó un ovillo de hilo para que se pudiera orientar y encontrar la salida. De esta manera, Teseo pudo escapar cuando dio muerte al Minotauro y consiguientemente liberó a los atenienses del tributo. Además, se llevó consigo a las dos hijas de Minos, Ariadna, abandonada en el viaje, y Fedra, con la que casó y fue protagonista de una tragedia por haberse enamorado de su hijastro Hipólito.



Con esta información, unas típicas y al parecer fantásticas leyendas, y unas citas históricas muy tardías que podrían haberse derivado de las leyendas, contaba el inglés Arthur Evans, aficionado a la arqueología y conservador del Museo Ashmolean de Oxford, cuando, a finales del siglo pasado, decidió excavar las ruinas del palacio de Cnosos, tratando de emular las excavaciones que con éxito espectacular había emprendido unos años antes en Troya y Micenas el alemán Schliemann, que estuvo a punto de excavar también el palacio de Cnosos.

Evans era rico y pudo comprar el terreno donde se encontraban los restos de Cnosos. Llegó a Creta buscando el rastro de unos sellos desconocidos, cuyo origen cretense sospechó. y en Creta encontró, para sorpresa propia y ajena, una rica civilización, inimaginable anteriormente. La llamó, recordando al rey Minos, minoica, al ver convertida en realidad la existencia de un gran palacio con un gran número de habitaciones, recodos y corredores que podía identificarse fácilmente con el Laberinto, y al advertir que en el arte cretense se repetían dos motivos, la doble hacha o *labrys* y el toro. Era fácil deducir que el significado de Laberinto es «el palacio de la doble hacha» y que el Minotauro, el toro de Minos, se justificaba por el culto al toro que debía de estar extendido en Creta dada la frecuencia con que aparecen representaciones referentes al toro en los restos arqueológicos.

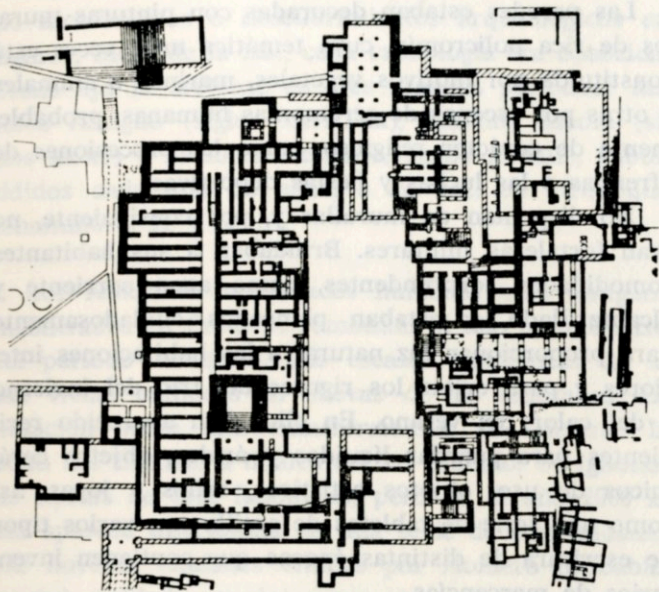


Ritón de esteatita encontrado en Cnosos



Pintura mural cretense con una escena de tauromaquia

El palacio de Cnosos, de una gran extensión, unas dos hectáreas, fue el principal de la isla. Pero se han encontrado posteriormente otros similares, aunque más



Plano del palacio de Cnosos

pequeños, en Festos, Malía y Kato Zakros, este último en la pasada década.

Los palacios, todos con un gran patio central, contienen numerosas habitaciones para oficinas y viviendas, almacenes para guardar mercancías y salas para

actos oficiales, de pequeñas dimensiones, ninguna sobrepasa los cien metros cuadrados, y sin un ordenamiento claro, como si el palacio hubiera ido creciendo por yuxtaposición y sin un plan previo.

Las paredes estaban decoradas con pinturas murales de rica policromía, cuya temática unas veces está constituida por motivos vegetales, marinos o animales y otras por escenas de ceremonias humanas, probablemente de carácter religioso, como las procesiones de ofrendas o las luchas y fiestas deportivas.

No disponían de murallas y, por consiguiente, no eran fortalezas militares. Brindaban a sus habitantes comodidades sorprendentes, como agua corriente y alcantarillado, y estaban planeados cuidadosamente para proporcionar luz natural a las habitaciones interiores y para evitar los rigores del frío del invierno y del calor del verano. En ellos han aparecido recipientes para guardar líquidos y áridos, objetos cerámicos de uso, objetos artísticos, sellos y joyas, así como una serie de tabletas de arcilla con varios tipos de escritura de distintas épocas que contienen inventarios de mercancías.

El estudio sistemático de la cultura minoica se debe fundamentalmente a Evans, que le consagró el resto de su vida. También son importantes las aportaciones de varios arqueólogos italianos, que excavaron, en el sur de la isla, Festos y Hagia Tríada, y de otros, griegos y de diversas nacionalidades, que acudieron más tarde.

Mediante estudios de arqueología comparada, es decir, teniendo en cuenta la antigüedad de los objetos egipcios y asiáticos encontrados en Creta y fáciles de datar, así como la aparición de objetos cretenses en las excavaciones o descubrimientos arqueológicos en lugares, fuera de la isla, cuya cronología era conocida, Evans fijó la cretense en tres grandes períodos: Minoico Antiguo (siglos XXVIII-XX), Minoico Medio (siglos XX-XV) y Minoico Reciente, siglos XV-XIII), subdivididos cada uno de ellos, a su vez, en otros que denominó I, II y III.

Los restos de actividades humanas más antiguos encontrados en Creta se remontan al año 6000, dentro del período Neolítico. Los escasos habitantes de la isla vivían entonces en cuevas de las montañas. La situación sufre una transformación al iniciarse la Edad del Bronce, a finales del III milenio. Se ignoran las causas de este fenómeno, pero en el año 2000 la isla aparece distribuida en una serie de comunidades (las noventa ciudades citadas por Homero probablemente), pobladas y ricas, que viven de la ganadería, la agricultura, la pesca, la industria artesana y el comercio marítimo.

Podría ser que el despegue de la civilización cretense se debiera a la llegada de un pueblo asiático, que supo, por lo avanzado de su formación, valorar la riqueza potencial de la isla y crear la organización social cretense, alrededor de los palacios, cuya cons-

trucción iniciaron, así como dar un impulso grande a la navegación.

Pruebas más claras de inmigraciones sucesivas pueden ser las distintas destrucciones y reconstrucciones de los palacios, atestiguadas por la arqueología, aunque alguna se debiera a un gran terremoto, como el originado por la explosión volcánica de la isla de Tera en el siglo XVI.

Las dos últimas invasiones proceden de Grecia continental. La primera fue llevada a cabo por el pueblo de habla griega, los aqueos, que dio origen a la cultura micénica y fue protagonista de la épica homérica. La última fue la de un pueblo identificado con los dorios, que acabó con la civilización cretense antigua o minoica (los palacios, su símbolo, no se volvieron a reconstruir), lo mismo que con la micénica.

La riqueza detectada al principio del II milenio y que permitió el crecimiento de la población, no se origina, como en Mesopotamia y en Egipto, por el notable incremento de la producción agraria a que dieron lugar la construcción de canales y la generalización del regadío, pues los cretenses no dispusieron de recursos hidráulicos semejantes a los que proporcionaron el Nilo o el Éufrates y el Tigris.

Puede que la causa esté en un cambio social, plasmado en el nacimiento de una institución, centralizadora de la riqueza, cuya residencia era el palacio, sin que sea posible saber si fue una monarquía o un colegio sacerdotal. Esta institución controlaría la produc-

ción, recogiénola y distribuyéndola, y canalizaría los excedentes, principalmente lana (había grandes rebaños de ovejas en la isla, según ha podido saberse tras la lectura de las tabletas), pero también de aceite, vino y trigo, hacia la exportación marítima a Egipto y a las ciudades cananeas en primer lugar y, después, a las islas del Egeo y a Anatolia.

El comercio marítimo, que no se limitó a la venta de productos propios (llevaría, además, los productos egipcios a Asia y viceversa), favoreció el desarrollo de una industria artesana (cerámica y joyas), que vino a convertirse en otra fuente de prosperidad.

Quizá a este gran desarrollo del comercio marítimo y al hecho de que los navegantes minoicos se hicieran presentes en todos los lugares del Mediterráneo oriental se debe la idea de la talasocracia cretense, que habría que entenderla no como un dominio militar, sino simplemente como una hegemonía comercial. En efecto, los minoicos fueron un pueblo pacífico. Los palacios, como hemos dicho, no estaban fortificados (o las defensas eran tan endebles que no han dejado rastro), en las representaciones gráficas no aparecen escenas bélicas y en las tumbas son raras las armas.

## LA ESCRITURA Y EL LIBRO MINOICOS

El sino del Laberinto sigue pesando sobre la historia de Minos y no es fácil que un nuevo Teseo llegue a descubrir sus secretos, sólo entrevistados a causa de las excavaciones arqueológicas.

Los minoicos no hicieron estatuas de sus reyes o de sus jefes, ni quisieron registrar sus hazañas en las paredes pintadas de los palacios o en monumentos de piedra. No han dejado ninguna inscripción pública ni otros textos que los sellos y los documentos grabados en arcilla, que son puramente administrativos. Por ello, aunque se descifrasen, poco más de lo que conocemos en la actualidad íbamos a saber de su historia.

Ignoramos la lengua o lenguas que hablaban, e incluso qué nombre se daban a sí mismos. Tampoco sabemos de dónde procedían los primeros inmigrantes, si bien lo natural es que vinieran de Asia y concretamente de Anatolia. A falta de información fidedigna, a la lengua hablada por ellos se le denomina egea, pues debió de ser hablada por los habitantes de las otras

islas, e incluso de la península griega, y prehelénica, término igualmente general, que sólo indica que es anterior a la lengua griega que después se impuso en la región. Desde luego, no parece que perteneciera a alguna de las familias conocidas de aquellos tiempos: la semítica o la egipcia.

Con la raza sucede lo mismo. Se la llama mediterránea, a falta de un término más específico, porque eran ágiles, bajos y morenos, según puede deducirse de las pinturas donde son representados y por contraste con los indoeuropeos que llegaron en una fecha posterior. Los griegos tuvieron conciencia de las características diferentes de los primeros pobladores de Creta y a sus descendientes les llamaron eteocretenses o cretenses antiguos.

La prosperidad económica y la existencia de un órgano centralizador de la riqueza condujeron a la adopción de la escritura por la ineludible necesidad de contabilizar los bienes, que se llevó con un extremo pormenor.

Los cretenses conocían los sistemas egipcio y mesopotámico de escritura. Pudieron, en consecuencia, adoptar cualquiera de ellos, especialmente el segundo, que, por sus facilidades demostradas de adaptación a diversas lenguas, había sido aceptado por varios pueblos con las modificaciones convenientes.

Sin embargo, prefirieron crear unos sistemas propios, probablemente por la singularidad de su cultura

y de su estructura social, originada y reforzada por el carácter insular. La insularidad es un fenómeno parecido al de los egipcios, también alejados de sus vecinos, que crearon un sistema muy diferente del mesopotámico, especialmente por el empleo del papiro y la tinta, en vez de la tableta de arcilla, de uso más general. La variedad de sistemas quizá responde a las aportaciones sucesivas de inmigrantes, probablemente de orígenes y lenguas distintos.

Tomaron el soporte material, la arcilla, de los mesopotámicos; pero aquí acabó el préstamo, pues la escritura cretense no evolucionó a la cuneiforme. Quizá la razón de esto último se pueda encontrar en lo tardío de la aparición de la escritura (un milenio llevaban escribiendo los egipcios, y más los mesopotámicos) y en que en esta fecha la evolución de los ideogramas o jeroglíficos tendía, en la costa asiática mediterránea, hacia la estilización, creando signos esquemáticos, dibujados, no incisos, de los que pronto iban a surgir los signos consonánticos del primer alfabeto semita. También puede deberse, y quizá sea una mejor justificación, al empleo simultáneo de la tinta para escribir sobre papiro y pieles.

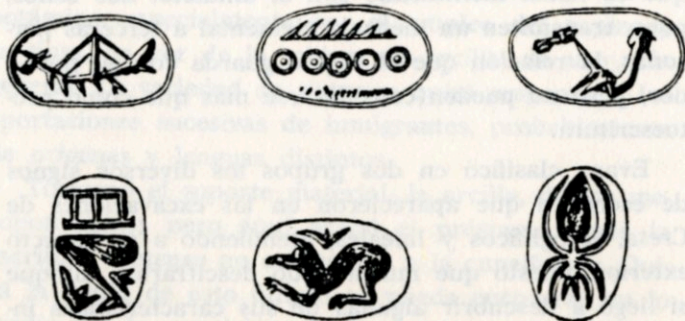
Antes de la aparición de la escritura propiamente dicha, los minoicos usaron sellos, grabados en esteatita primero, y después en marfil, ya en el III milenio. Serían, como lo son en todas las sociedades primitivas, amuletos, que se utilizaron a veces para hacer impresiones en barro. Éstas pueden entenderse como

marcas de propiedad, pues el objeto grabado adquiriría las propiedades carismáticas del sello al mismo tiempo que recibía algo de la personalidad del poseedor que se había identificado con el amuleto. Los sellos, pues, transmiten un mensaje elemental a terceras personas, la relación que el objeto guarda con su poseedor, pero no pueden considerarse más que como protoescritura.

Evans clasificó en dos grupos los diversos signos de escritura que aparecieron en las excavaciones de Creta, jeroglíficos y lineales, atendiendo a su aspecto exterior, puesto que nunca pudo descifrarlos, aunque sí llegó a descubrir algunas de sus características internas, basándose en la similitud con otras escrituras antiguas, como la mesopotámica y la egipcia principalmente. También pudo atisbar certeramente parte de su contenido o carácter. Dividió ambos grupos en dos subgrupos, de acuerdo con su antigüedad y su forma, a los que denominó simplemente A y B.

El sistema lineal B no es propiamente minoico, pues sirvió de vehículo de expresión a la cultura micénica que se expresaba en lengua griega y tuvo su cabecera en la península del Peloponeso. Ha aparecido, además, otro sistema de escritura, el utilizado en el disco encontrado en Festos, si bien todo parece indicar que no corresponde a una escritura cretense y que se trata de un objeto procedente de otras tierras.

Al iniciarse el período llamado Minoico Medio, hacia el año 2000, los dibujos empiezan a ser utilizados como pictogramas o ideogramas. Primero aparecen



Sellos cretenses con escritura jeroglífica A

marcas de canteros en las piedras de los edificios y marcas de propiedad en los objetos cerámicos. Inmediatamente después puede advertirse una transformación en los dibujos de los sellos, que dan la impresión



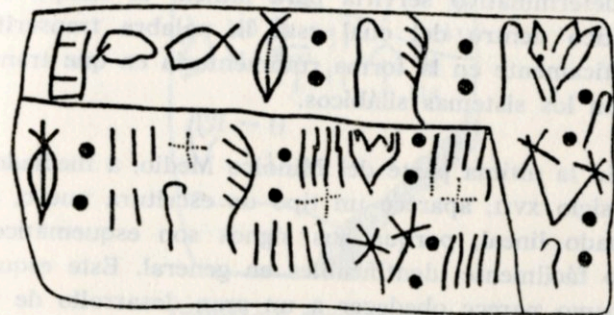
Ejemplo de escritura jeroglífica A

de encontrarnos ante pictogramas. A esta escritura rudimentaria y de tosco trazo que aparece en sellos de piedra o en improntas de los mismos, hechas sobre arcilla, Evans la denominó escritura jeroglífica A. Es

únicamente un paso más dentro también de la proto-escritura.

Dentro del primer cuarto del II milenio, y todavía en el Minoico Medio, aparece una variante de la escritura anterior, a la que denominó jeroglífica B, cuyo empleo se alarga hasta el año 1600 aproximadamente. Además de figurar en sellos de piedra dura, cristal de roca, jaspe, etc., se encuentra en sellos de arcilla cocida o en tabletas, etiquetas o barras también de arcilla.

Los objetos que contienen estas inscripciones proceden de Cnosos, donde aparecieron las primeras, y de Maliá, ciudad situada en el interior, entre Cnosos y el extremo oriental de la isla.



Tableta con escritura jeroglífica B procedente de Festos

El número de jeroglíficos distintos anda alrededor de los ciento cincuenta, también según Evans, que editó los textos más importantes el año 1909 en su libro *Scripta Minoa I*. Representan hombres, animales,

partes del cuerpo humano (brazos, manos, piernas, ojos), plantas, objetos de uso, como vasos y hachas, barcos, casas, etc. Hay un sistema numeral identificado en el que las unidades se representan por rayas, las decenas por puntos, las centenas por rayas más largas y los millares por rombos. Hay, además, tres signos para las fracciones.

No había una pauta fija para la dirección de la escritura, que lo mismo parece ir de derecha a izquierda que al contrario, o por el sistema bustrófedon.

No ha podido ser descifrada, si bien se supone que hay determinativos, es decir, que algunos jeroglíficos son ideogramas, y que hay otros con valor silábico. El determinativo serviría para indicar el campo semántico dentro del cual está la palabra transcrita fonéticamente en la forma rudimentaria en que transcriben los sistemas silábicos.

En la última parte del Minoico Medio, a mediados del siglo XVII, aparece un tipo de escritura nuevo, el llamado lineal, porque sus signos son esquemáticos y no fácilmente identificables en general. Este esquematismo parece obedecer a un gran desarrollo de la escritura y a un amplio uso de la misma, lo que obligó a los escribas a escribir más de prisa. También pudo influir la generalización de la tinta y la utilización de materias escritorias blandas y perecederas, que, naturalmente, han desaparecido por la acción del tiempo, como el papiro, importado de Egipto, las pieles, la

madera, etc. De todas formas, la evolución no parece reducirse exclusivamente a una esquematización de los antiguos signos, sino que aparecen otros nuevos y es probable que se produjeran cambios en el sistema. Es decir, no es una transformación similar a la experimentada por los jeroglíficos egipcios cuando se con-



Tableta con escritura lineal A procedente de Hagia Triada

vierten en los signos hieráticos y demóticos, que son simple transcripción de los jeroglíficos. Cabe incluso la posibilidad de que el cambio se debiera a la llegada de nuevos inmigrantes que hasta podían hablar una



lengua distinta, lo que obligaría a variar el valor de los signos al tiempo que se elegía un sistema más moderno, bajo la inspiración probablemente de los que debían de estar usándose en la costa cananea.

La lineal A aparece grabada sobre piedra, bronce y arcilla, y dibujada con tinta en objetos variados, especialmente sobre arcilla y objetos cerámicos u *ostraca*. Las inscripciones se han encontrado en su mayoría, unas ciento cincuenta, en Hagia Tríada (Santa Trinidad), nombre de una capilla cerca de Festos, cuya denominación antigua se desconoce. También han aparecido en Cnosos, Palaikastros y Maliá, dentro de Creta, y, fuera de ella, en las islas de Melos y Tera en unas vasijas.

Abundan las ligaduras entre los signos, lo que no sucedía con los jeroglíficos ni sucederá después con la lineal B. La dirección de la escritura es siempre de izquierda a derecha y las inscripciones, que no aparecen en los sellos, son muy cortas y su número escaso. Las más importantes han sido editadas por el italiano Pugliese, el cual fija el número de signos distintos en ochenta y cinco, entre los cuales hay unos que son ideogramas y el resto parecen signos silábicos. Las tabletas que se han encontrado contienen, sin duda alguna, inventarios de bienes y son, por consiguiente, documentos de archivo de carácter económico.

Este tipo de escritura, que debió de usarse entre los siglos XVII y XV, no ha podido ser descifrado, lo mismo que la escritura jeroglífica anterior. Mas, des-

pués del desciframiento de la lineal B, las esperanzas de conseguirlo son mayores, por ser más racionales los procedimientos que se están utilizando y que han conducido a un mejor conocimiento de su posible estructura interna.

Aunque no haya llegado hasta nosotros ningún texto religioso, poético, histórico, narrativo o de carácter sapiencial o científico, con grandes posibilidades de estar en lo cierto podemos imaginarnos la existencia de una literatura cretense oral compuesta de mitos, alabanzas religiosas, narraciones exóticas y sabiduría popular o superior, mantenida viva al correr de los años por los funcionarios del palacio e incluso por los atrevidos navegantes. Pensar lo contrario por la carencia de textos, sería absurdo. Los cretenses mantuvieron relaciones constantes con otros pueblos de la Antigüedad que contaron con una amplia literatura y no iban a ser ellos una excepción. Es más, los restos escritos de la civilización micénica son iguales que los cretenses, pero sabemos, gracias a los cantos homéricos, que existía una rica poesía, que los señores micénicos gustaban oírse la cantar a los aedos.

Las escenas pintadas que aparecen en las paredes de los palacios muy bien pudieran ser, algunas al menos, ilustraciones de leyendas, como lo fueron después en Grecia, en vez de copias de espectáculos reales. Por ejemplo, se ha pensado y repetido que una de las diversiones cretenses era la lidia acrobática del

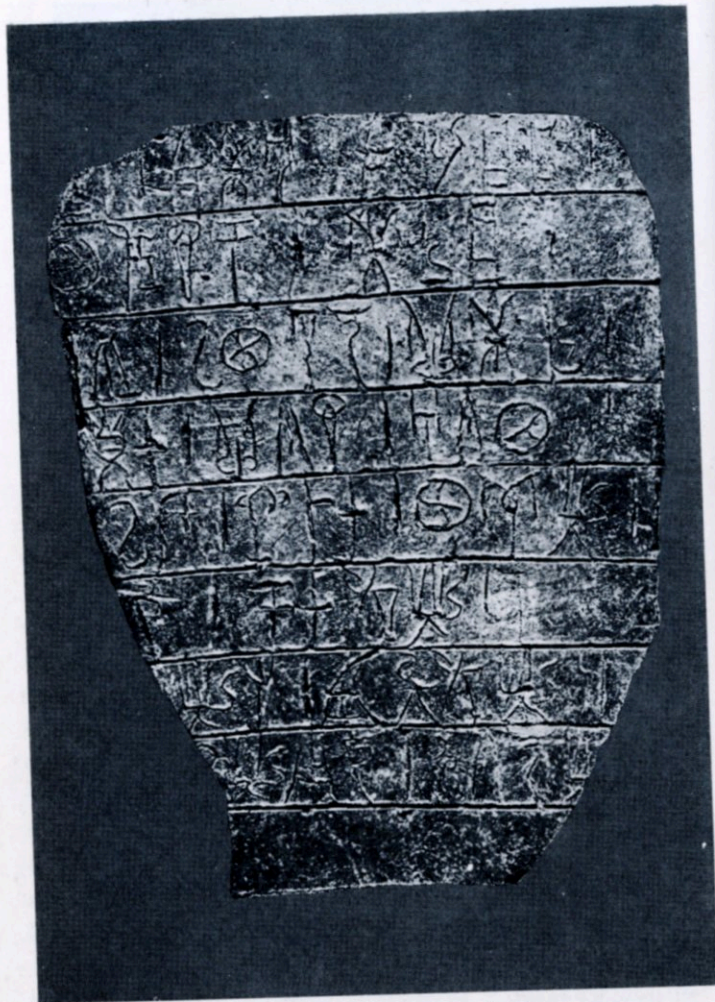
toro, consistente en citarle, agarrarse en el embroque de la acometida a los cuernos para saltar y caer limpiamente por la cola. Pero no es posible que una persona se sujete a la cabeza del toro cuando éste viene lanzado y pueda, después de agarrarse, dar la cabriola limpia. La escena, pues, no puede representar un espectáculo visto con frecuencia por el artista. En cambio, sí pudiera recordar una leyenda en la que el toro, probable representación de la fuerza del mar, fue dominado por la habilidad del hombre. El Minotauro era hijo de Pasifae, esposa de Minos, y de un toro que Poseidón hizo salir del mar.

Por otro lado, se hace difícil de comprender que fueran mudas esas solemnes procesiones y lo natural es que en ellas resonaran cánticos y acordes de instrumentos musicales, y que los espectáculos para los que se congregaban no se limitaran a juegos y ejercicios atléticos. Pudo haber misterios religiosos, como en Egipto, pero con más seguridad debió de haber cánticos en honor de los dioses con motivo de solemnes festividades, como las había en Babilonia y en la Tebas egipcia, o como aquellos que, entonados por el aedo en honor de Ariadna, servían para las danzas que los jóvenes interpretaban en Cnosos, entre la multitud, y que aparecen en el escudo de Aquiles (*Iliada*, XVIII).

Es natural que existiera una literatura narrativa, en la que las aventuras marineras y las escenas exóticas y fantásticas ocuparan un lugar central, y es pro-



El llamado *Príncipe Sacerdote*, pintura mural procedente de Cnosos



Tableta de arcilla procedente de Cnosos

bable que muchos de sus temas hayan perdurado en la *Odisea*. Algunas narraciones serían originales, pero las más serían adaptación de historias y leyendas de Mesopotamia, Egipto y las ciudades cananeas, que las gentes de mar conocerían y gustarían de transmitir.

■ Pensamos que éste pudo ser el caso de la leyenda de Belerofonte, que narra Glauco, su nieto, en el Canto VI de la *Iliada*.

■ Antea, mujer de Preto, rey de Efira en la Argólida, se enamora del gentil y valiente Belerofonte y, al verse rechazada, le acusa ante su marido de intento de seducción, presentándose como víctima. Preto no se atrevió a matarlo, pero le envió a su suegro, rey de Licia, para que éste lo hiciera. El mensaje, llevado por el propio Belerofonte, iba en unas tabletas, πίνακες, dobladas que contenían «signos funestos», σήματα λυγρά. La historia tiene un buen final, pues Belerofonte, tras vencer a la Quimera, a las amazonas y a otros peligrosos enemigos a los que le había expuesto el rey, recibe de éste premios en vez de castigo: le casa con una hija suya y le entrega tierras para que pueda vivir dignamente.

■ La antigüedad de la historia queda justificada por la mención de unas tabletas con signos escritos. Puede ser una alusión a las tabletas cretenses o micénicas, el conocimiento de cuya existencia se había perdido en la época homérica. Por otra parte, el tema (la mujer que se enamora de un fiel servidor de su marido, que, desechada, le denuncia y que el marido quiere

matarlo sin conseguirlo) es el del egipcio *Cuento de los dos hermanos*, que pudo llegar a Grecia continental a través de los minoicos.

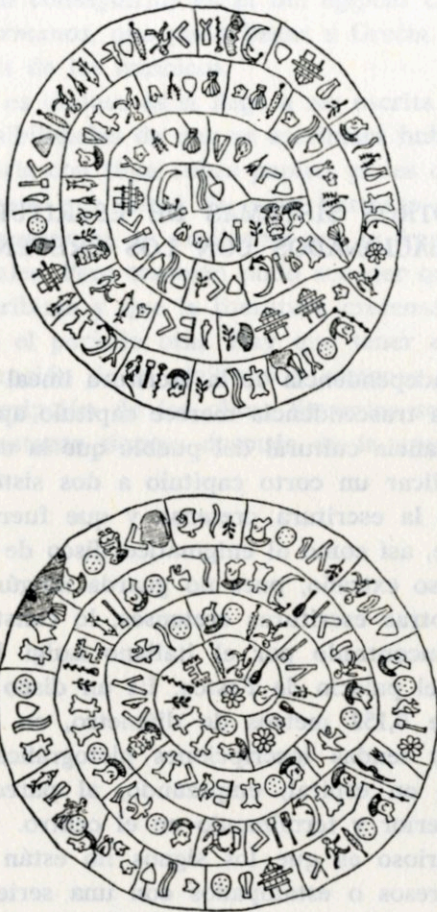
Lo que es dudoso es si llegó a ser escrita esta literatura. Posibilidades de que se escribiera hubo. Pudieron escribirla con tinta sobre papiro, pieles o madera, procedimiento que debió de estar bastante extendido y cuya desaparición es explicable por la fragilidad de los materiales. Pero también pudo suceder que no llegara a escribirse y que la literatura cretense se mantuviera en el período oral. Hay que tener en cuenta que la duración de la civilización cretense fue corta y la transcripción de las obras literarias se produce siempre bastante tiempo después de la aparición de la escritura.

#### OTROS SISTEMAS DE ESCRITURA RELACIONADOS CON LOS CRETENSES

Con independencia de la escritura lineal B o micénica, cuya trascendencia merece capítulo aparte, dada la importancia cultural del pueblo que la utilizó, conviene dedicar un corto capítulo a dos sistemas derivados de la escritura cretense y que fueron usados en Chipre, así como al enigmático disco de Festos.

Un caso extraño, pues no guarda ningún parecido con las otras escrituras cretenses, lo constituye este último, encontrado por el italiano Luigi Pernier en 1908, en el palacio de Festos. Es un disco de arcilla cocida de 0,152 metros de diámetro, en cuyas dos caras hay sendas inscripciones pictográficas, que se extienden en espiral, empezando, al parecer, en la parte exterior y terminando en el centro.

Lo curioso es que los signos no están grabados, sino impresos o estampados con una serie de sellos individuales. Hay ciento dieciocho en una cara y ciento veintitrés en la otra, divididos por unas líneas



Las dos caras del famoso disco  
descubierto en Festos

en grupos de corto número, que corresponden probablemente a palabras. Esto parece indicar que se trata de caracteres silábicos, pues el número de signos diferentes es de cuarenta y cinco, demasiados para un sistema alfabético. Es probable, además, que en el disco no estén representados todos los que lo componían, sino sólo la mitad.

El hecho de que existieran unas matrices para la grabación, e incluso el que ésta se haya realizado con pericia y buena técnica, parecen indicar un cierto desarrollo del sistema y una utilización del mismo durante bastante tiempo.

Es posible que en el futuro nuevos hallazgos arqueológicos nos aclaren el lugar donde se creó este sistema, lejano antecedente de la imprenta, y el pueblo que lo utilizó en el primer tercio del II milenio. Las suposiciones se inclinan por la península de Anatolia o por una ciudad de la costa oriental mediterránea, y nadie imagina que sea otra invención cretense.

La llegada a la isla, si su origen es extraño, está justificada por el intercambio de productos a través del comercio marítimo. En contra del origen cretense está el hecho de que no han aparecido en la isla inscripciones del mismo sistema y que éste no se parece a ninguno de los descubiertos, entre los cuales, como hemos visto, hay una gran relación de dependencia.

Naturalmente, no ha podido ser descifrado, aunque se han hecho versiones fantásticas sin ninguna base,

ni puede serlo mientras no aparezcan más textos de este mismo tipo de escritura y se sepa la lengua que transcriben.

Chipre, alejada del Egeo, tiene una extensión ligeramente superior a la de Creta, y es, por consiguiente, la mayor de las islas del Mediterráneo oriental. Su nombre fue Alashiya, cambiado posteriormente a Chipre por la riqueza en cobre que atesoraba, y estuvo en estrecha relación con pueblos de cultura mesopotámica, como hititas y cananeos, hecho natural dada su posición geográfica. La isla se ha debatido siempre, y sigue debatiéndose en nuestros días, entre la atracción cultural asiática y la europea. Ya a mediados del II milenio recibe una influencia cultural cretense, como lo atestiguan las inscripciones encontradas recientemente, que corresponden a una escritura derivada de las cretenses, la llamada por ello chiprominoica, utilizada en la segunda mitad del II milenio.

𐎗𐎒𐎗𐎒𐎗

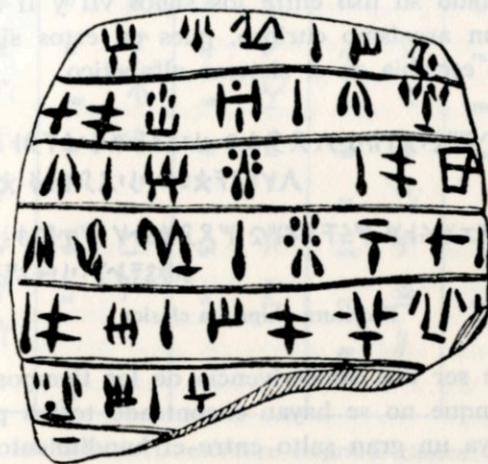
𐎗𐎒𐎗𐎒𐎗𐎒𐎗𐎒𐎗𐎒𐎗

Texto con escritura chiprominoica  
encontrado en Enkomi

Hasta ahora no son muchos los textos encontrados, la mayoría en Enkomi, antigua Salamina. Aparecen en

tabletas de arcilla cocida, de forma más parecida a las mesopotámicas que a las cretenses, pero también en bolas de arcilla, en bronce, en cilindros, en sellos y en vasijas cerámicas, estas últimas no grabadas, sino escritas con tinta.

La apariencia de los textos de las tabletas es muy compacta y recuerda, como su forma, la de las meso-



Tableta procedente de Ugarit

potámicas. Escritas de manera cuidadosa, suelen tener dos columnas en el recto y dos o tres en el verso. Por otra parte, no contienen inventarios ni cifras, sino textos seguidos.

De un tipo similar de escritura han aparecido tabletas en Ugarit, lo que hace suponer la existencia en

la ciudad cananea de una colonia chipriota, cretense o micénica, integrada probablemente por comerciantes.

No ha podido ser descifrada y se ignora, por tanto, la lengua en que están redactadas.

El otro sistema de escritura aparecido en Chipre, utilizado para la lengua griega y derivado de Creta se denomina clásico para distinguirlo del anterior. Está documentado su uso entre los siglos VII y II a. C. y supone un arcaísmo curioso, pues en estos siglos el griego se escribía en el sistema alfabético.

·ΠΕΚΑΓΑΠΩ·ΧΡΥΣΑ·ΑΝΘΩΝ·ΥΠΕΤΑΚΑ·ΣΕΦΑ·ΧΩ  
 ΑΥΤΩΧΩ·ΥΠΕΤΑΚΑ·ΧΩ  
 ΑΚΑ·ΠΕΚΑ·ΣΕΦΑ·ΣΕΦΑ·ΑΝΘΩΝ·ΑΝΘΩΝ·ΑΝΘΩΝ  
 ΑΝΘΩΝ·ΑΝΘΩΝ·ΑΝΘΩΝ·ΑΝΘΩΝ·ΑΝΘΩΝ·ΑΝΘΩΝ·ΑΝΘΩΝ

Escritura chipriota clásica

Parece ser una supervivencia de los tiempos micénicos, aunque no se hayan encontrado textos primitivos y haya un gran salto entre el hundimiento de la civilización micénica y las más antiguas inscripciones descubiertas. La supervivencia del sistema, que si es inferior al alfabético supera a la escritura lineal B al no utilizar ideogramas y ser puramente silábico, puede explicarse por la situación excéntrica de la isla.

Descifrado en 1870 gracias a la existencia de inscripciones bilingües en chipriota y en fenicio, sus principales características son:

a	*	e	*	i	*	o	∩	u	η
ka	∩	ke	∩	ki	∩	ko	∩	ku	*
ta	∩	te	∩	ti	∩	to	∩	tu	∩
pa	∩	pe	∩	pi	∩	po	∩	pu	∩
la	∩	le	∩	li	∩	lo	∩	lu	∩
ra	∩	re	∩	ri	∩	ro	∩	ru	∩
ma	∩	me	∩	mi	∩	mo	∩	mu	∩
na	∩	ne	∩	ni	∩	no	∩	nu	∩
ja	∩					jo	∩		
wa	∩	we	∩	wi	∩	wu	∩		
sa	∩	se	∩	si	∩	so	∩	su	∩
xa	∩					xo	∩		
		xe	∩						

Silabario de la escritura chipriota clásica

- Consta de cincuenta y cuatro signos que representan las cinco vocales (no están representadas las largas, η, *eta*, y ω, *omega*) y doce consonantes unidas a una vocal y formando sílabas abiertas.
- Las consonantes *k*, *l*, *m*, *n*, *p*, *r*, *s*, *t* tienen cada una cinco signos, de acuerdo con la

vocal a que van unidas. En general, no guardan ninguna relación entre sí, es decir, no son, como podía esperarse, variantes de un solo signo.

- c) Las consonantes *j*, *w*, *x*, *z* sólo combinan con alguna vocal: *ja*, *jo*, *wa*, *wo*, *we*, *wi*, *za*, *zo* y *xe*.
- d) Si una palabra acaba en consonante, se utiliza el signo con vocal *e*.
- e) La *n* delante de otra consonante se omite.
- f) Un solo signo consonántico representa a varias consonantes griegas: *k* = *k*, *q* y *kh*; *p* = *p*, *b* y *ph*, y *t* = *t*, *d* y *th*.

El hecho de que entre los dos sistemas silábicos de Chipre haya una larga interrupción no indica que desapareciera el primero y luego se introdujera otro de carácter similar quinientos años después. La conclusión lógica, por el contrario, es que perduró sin interrupción, aunque probablemente evolucionando, y es posible que, en cualquier momento, se encuentren inscripciones de la época intermedia.

También es lógica la conclusión de que lo sucedido en Chipre pudo acontecer en otras tierras del Egeo, es decir, que la escritura micénica no desapareciera en el siglo XII, como se ha venido creyendo y afirmando al no haberse descubierto tabletas de tiempos posteriores. Aparte de que pueden aparecer en cualquier excavación futura, hay razones para pensar que el

inventor del alfabeto conocía, además del alifato semítico, un sistema silábico en el que se valoraban los sonidos vocales, y lo natural es que éste fuera el micénico o un estado más avanzado del mismo, según hemos de ver más adelante.

MICENAS



de un sistema silábico de Chipre haya una larga interrupción no indica que desapareciera el primero y luego se introdujera otro de carácter similar quinientos años después. La conclusión lógica, por el contrario, es que pasó sin interrupción, aunque probablemente evolucionando, y es posible que se cualquier momento se encuentren inscripciones de la época intermedia.

- e) Las consonantes más antiguas (según el estado más avanzado) eran:
  - a) alguna vocal: fa, fo, wa, wo, wa, wo, za, zo y za.
- f) Si una palabra acaba en consonante, se utiliza el signo con vocal e.
- g) La x delante de otra consonante se omite.
- h) Un solo signo consonántico representaba a varias consonantes griegas: k = k, q y g; p = p, f y pf; t = t, d y th.

El hecho de que entre los dos sistemas silábicos de Chipre haya una larga interrupción no indica que desapareciera el primero y luego se introdujera otro de carácter similar quinientos años después. La conclusión lógica, por el contrario, es que pasó sin interrupción, aunque probablemente evolucionando, y es posible que se cualquier momento se encuentren inscripciones de la época intermedia.

También es lógica la conclusión de que la escritura en Chipre pudo aparecer en otras tierras del Egeo, es decir, que la escritura micénica no desapareciera en el siglo XII, como se ha venido creyendo y afirmando al no haberse descubierto tablillas de tiempos posteriores. Aparte de que pueden aparecer en cualquier época futura, hay razones para pensar que el

## EL MUNDO MICÉNICO

### MICENAS

La Grecia del II milenio, anteriormente envuelta en mitos y leyendas, se convirtió en el campo de la historia. Los hechos que nos permiten hacernos una idea de la civilización que brilló en los siglos anteriores de dicho milenio, la recopilamos por los poemas homéricos, cuya realidad histórica esencial ha quedado comprobada, si bien la mayoría de las conclusiones a que han podido llegar los investigadores se basan, por la parcialidad de los datos, en el poco firme terreno de las hipótesis de difícil comprobación.

Durante cuatro o cinco siglos se desarrolló una brillante civilización, a la que se llama micénica por el nombre de la ciudad de Micenas, situada al norte del Peloponeso. Durante la época el calificado de micénica en otros epógrafos, y las ruinas comunes que se conservan indican que, como en los tiempos históricos era sólo una pequeña aldea, debió de ser una gran ciudad en otros anteriores, en los que probable-

## EL MUNDO MICÉNICO

La Grecia del II milenio, anteriormente envuelta en mitos y leyendas, ha entrado recientemente en el campo de la historia. Conocemos algunos hechos que nos permiten hacernos una idea de la civilización que brilló en los siglos centrales de dicho milenio, la reflejada por los poemas homéricos, cuya realidad histórica esencial ha quedado corroborada, si bien la mayoría de las conclusiones a que han podido llegar los investigadores se mueven, por la parcialidad de los datos, en el poco firme terreno de las hipótesis de difícil comprobación.

Durante cuatro o cinco siglos se desarrolló una brillante civilización, a la que se llama micénica por el nombre de la ciudad de Micenas, situada al norte del Peloponeso. Homero le aplica el calificativo de «rica en oro», πολύχρυσος, y las ruinas enormes que se conservan indican que, como en los tiempos históricos era sólo una pequeña aldea, debió de ser una gran ciudad en otros anteriores, en los que probable-

mente ejerció su hegemonía sobre los demás reinos griegos, como aparece en la *Iliada*, en la que Agamenón, su rey, es el caudillo de los reyes griegos que lucharon en Troya. También delata su importancia antigua la permanencia del tema (del que se ocuparon, por ejemplo, los tres grandes trágicos, Esquilo, Sófocles y Eurípides) de la desafortunada e infeliz familia de este rey, asesinado, cuando volvía victorioso de Troya, por su mujer Clitemnestra y su amante Egisto, muertos, a su vez, por el vengador Orestes, hijo de Agamenón y de Clitemnestra.

Poca fe existía hasta hace un siglo en la veracidad histórica de lo relatado en los poemas homéricos, pues si algunas descripciones de objetos, por su minuciosidad, podían parecer reales, si las constantes alusiones al bronce, sustituido por el hierro en el I milenio, parecían hablar de una vieja civilización extinguida, si el recuerdo de una serie de ilustres personajes se mantuvo vivo a lo largo de siglos, otro conjunto de circunstancias, como la intervención de los dioses en las batallas, la geografía fantástica de la *Odisea* y las numerosas historietas de clara ficción que aparecen en esta última, daban una sensación de irrealidad y conferían a los poemas un claro tinte legendario y con muy poca base real.

Pero hubo un hombre que creyó ciegamente en la realidad histórica de la narración homérica y, para confirmar su fe y enseñamiento de incrédulos, se pro-



Estatueta de mármol representando a un citarista



Máscara de oro encontrada en Micenas por Schliemann

puso descubrir el solar de Troya, con el ingenuo entusiasmo del aficionado y la confianza en sí mismo característica del hombre al que la suerte, apoyada en una fuerte voluntad, le había sonreído en todas las empresas en las que se había empeñado.

Se trataba del alemán Heinrich Schliemann, hijo de un modesto pastor protestante, que triunfó en el mundo de los negocios y llegó a amasar una gran fortuna. Con su Homero a la vista y recorriendo detenidamente la costa asiática del Helesponto, se decidió por una colina, en la actual aldea de Hissarlik, cuya cima era una meseta de cinco hectáreas. Allí había restos arqueológicos, el mar estaba a una legua y el monte Ida dominaba la colina y la llanura donde podían haber peleado teucros y aqueos bajo la mirada de Zeus.

En 1870 inició las excavaciones, realizadas naturalmente con poco rigor científico. Pronto aparecieron armas, joyas y distintos utensilios, así como restos de siete ciudades que se fueron superponiendo, a lo largo de los siglos, en la colina. Finalmente, en 1873, descubrió un gran tesoro, el premio de los excavadores aficionados del siglo XIX, compuesto por vasos, diademas, pendientes, anillos, brazaletes, cadenas, broches, fíbulas, etc. de oro, plata y marfil. Schliemann inmediatamente lo identificó con el tesoro de Príamo, el rey de Troya, padre de Héctor y Paris.

Se equivocó en la atribución (el tesoro era anterior a la Guerra de Troya en varios siglos), como demos-

traron después las excavaciones más científicas realizadas primero por su ayudante, el profesor Wilhelm Dörpfeld y más tarde (1932-1938) por el americano Carl Blegen. Quedó aclarado que había nueve estratos distintos, el primero correspondiente a la época prehistórica y el último a la helenística. La Troya homérica correspondía al estrato VII a, y no al II, como pensó Schliemann.

Los descubrimientos de éste causaron sensación en el mundo, y gracias a él se reconoció el carácter histórico de la Guerra de Troya y de los acontecimientos básicos de los poemas homéricos, aunque algunos especialistas, entre los que no faltaron compatriotas suyos, trataron de regatearle méritos. La sólida ciencia filológica germana tenía que ver con escepticismo y calificar de ligeras las desconcertantes conclusiones de un apasionado e improvisado arqueólogo.

Otro descubrimiento brillante consiguió en Micenas, cuyas ruinas, esta vez guiado por el libro de Pausanias, comenzó a excavar en 1876. Encontró seis tumbas con una enorme cantidad de objetos de oro, entre los que destacaban unas hermosas mascarillas que cubrían los rostros. Alegremente identificó los restos humanos con los de Agamenón y sus compañeros, asesinados por Clitemnestra y Egisto, y se apresuró a comunicárselo al rey Jorge de Grecia con un famoso telegrama. Las tumbas estaban cerca de la célebre Puerta de los Leones, en un círculo de piedras. Aquí volvióse a equivocar Schliemann, porque los restos

y el tesoro correspondían a una época anterior, el siglo XVI.

También realizó excavaciones en Tirinto (1880), fortaleza roquera, donde aparecieron unos frescos cuyo origen minoico se descubrió más tarde, y en Orcómenos, la ciudad beocia citada por Homero.

Las últimas excavaciones con resultados trascendentales se deben al americano Carl Blegen, quien consiguió localizar en Epano Englianós, Mesenia, la ciudad de Pilos, donde reinó el prudente Néstor, uno de los héroes de la *Iliada*, y al que visitó Telémaco en busca de noticias de su padre. En estas excavaciones, iniciadas en 1939, no apareció un rico tesoro de joyas de oro, sino algo menos brillante pero más valioso para el conocimiento histórico: un gran número de tabletas de arcilla escritas en la llamada escritura lineal B, como las encontradas en Cnosos por Evans.

Los dioses griegos parecen haber dado una última prueba de su sabiduría, concediendo a cada cual lo que más podía apetecer. Los esfuerzos de Schliemann fueron premiados con ricos tesoros; los de Blegen y otros científicos, con los textos más antiguos de la lengua griega.

Como consecuencia del estudio de los restos arqueológicos, de la interpretación de los textos de las tabletas de arcilla, del análisis de los fenómenos dialectales de la lengua griega y de la relectura, a la luz de estos hechos, de los escritos clásicos, el conocimiento de la historia griega se ha ampliado en un milenio.

Una visión panorámica y rápida del estado de la cuestión en estos momentos es la siguiente.

Durante el II milenio, en el que, como hemos visto, alcanza su esplendor la cultura minoica de Creta, llegan a Grecia, en oleadas sucesivas, gentes indoeuropeas, que se superponen a la antigua población egea o mediterránea, la cual, al parecer, había logrado una cierta unidad lingüística y racial en el III milenio.

Los nuevos llegados son un factor determinante en la cultura que se fraguó en el II milenio y en la que surgió sorprendente en el I, la de la Grecia clásica. Pero también lo fueron los antiguos habitantes, a los que a falta de otra denominación mejor vamos a llamar egeos, que gozaban de una civilización avanzada y especialmente más adaptada al entorno geográfico.

Las primeras oleadas, hacia el año 2000, coinciden con la llegada a Anatolia de los hititas, por lo que es probable que su emigración se deba a un gran movimiento de pueblos. La arqueología registra la destrucción de poblados y la sustitución de la cerámica llamada de Urfinis por otra más ruda, la minia; la lingüística atribuye a los nuevos llegados los sufijos en *-assos* y *-nthos*, que perduran en topónimos griegos: *Parnassos*, *Korinthos*, etc. Parece probable que fueran indoeuropeos de raza y lengua, pero esta última no era la griega.

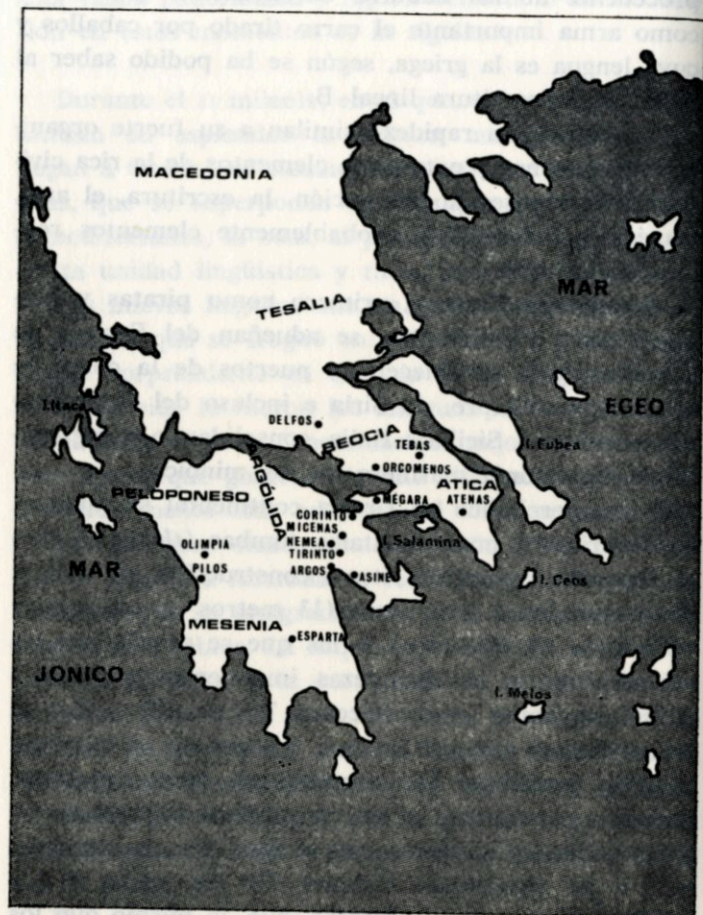
Una segunda invasión indoeuropea se produce hacia el año 1600. Está integrada por un pueblo guerrero

procedente de las llanuras euroasiáticas, que utilizó como arma importante el carro tirado por caballos y cuya lengua es la griega, según se ha podido saber al descifrar la escritura lineal B.

Con una gran rapidez asimilan a su fuerte organización, guerrera y patriarcal, elementos de la rica civilización cretense: la navegación, la escritura, el arte, la técnica artesanal y probablemente elementos religiosos y míticos.

Conquistan Creta y, primero como piratas y después como comerciantes, se adueñan del Egeo y de sus islas, y se establecen en puertos de la costa de Anatolia, de Chipre, de Siria e incluso del Mediterráneo occidental, Sicilia e Italia, consolidando y ampliando la hegemonía marinera de los minoicos.

Su poder bélico en Grecia continental se muestra en las ricas y monumentales tumbas (*tholos*), como la llamada Tesoro de Atreo, construcción abovedada de proporciones grandiosas (13 metros de altura por 14 metros de diámetro), a las que se accede por un corredor, y en las fortalezas imponentes y palacios suntuosos, como los de Micenas, Tirinto, Pilos, Atenas, Asine, Argos, etc., en los que aparece ya el *mégaron* o salón porticado. Las murallas de estas fortalezas, hechas con enormes y toscas piedras, impresionaron a los griegos posteriores, que atribuyeron su construcción a los gigantescos cíclopes. En los restos de los palacios han aparecido frescos, que, lo mismo que los dibujos en objetos suntuarios, recuerdan el arte mi-



Grecia continental

noico. Probablemente fueron pintados y grabados por artistas cretenses, aunque su temática varía, pues los gustos de los guerreros micénicos eran distintos de las aficiones de los pacíficos cretenses.

Constituyeron una serie de estados independientes gobernados por sus respectivos reyes (*wanax*), pero compartían una religión, una lengua y unas estructuras sociales, en una palabra, una cultura común, y tenían el sentimiento de esta unidad. Este sentimiento, y la necesidad de mantener sojuzgada a la población autóctona, les obligaba, como miembros de una gran familia, a juntarse frente a otros pueblos, a ayudarse mutuamente cuando alguno de ellos convocaba a los otros. Ésta es la razón de que reyes y pueblos acudieran a Troya y allí permanecieran, y no la de dependencia de Agamenón o Menelao, por muy poderosos príncipes que fueran.

Al finalizar el II milenio y probablemente a causa de cambios climáticos en la Europa danubiana, se produce otro amplio movimiento de pueblos, como resultado del cual una nueva oleada de griegos, identificados con los dorios, invade Grecia y termina estableciéndose fundamentalmente en el Peloponeso y en las islas meridionales del Egeo.

Los dorios, «los que combaten con lanza», parecen constituir una rama del mismo pueblo indoeuropeo al que pertenecían los aqueos micénicos. Se habían quedado al norte de Grecia y no alcanzaron el grado cultural de éstos por haber permanecido alejados de los

lugares donde brillaron las civilizaciones minoica y micénica. Hablaban un dialecto de la lengua de los aqueos, el griego, y los historiadores posteriores explicaron su invasión a través del mito del «regreso de los Heraclidas», los nietos de Hércules que habían sido perseguidos y expulsados del Peloponeso por Euristeo, rey de la Argólida.

No es posible saber si fueron ellos los directos destructores de las ciudades micénicas, incluidas las cretenses, o si su avance se vio facilitado por las destrucciones llevadas a cabo por otros pueblos o simplemente por el hundimiento interno del poder político de los aqueos. De todas formas, su presencia coincide con el inicio de una nueva edad, larga, oscura y caracterizada por la sustitución del bronce por el hierro, en la que se van decantando lentamente los elementos que dieron origen a la cultura de la Grecia clásica.

### LA ESCRITURA MICÉNICA Y SU DESCIFRAMIENTO

























La escritura llamada por Evans lineal B tiene mucha más importancia que las otras escrituras aparecidas en Creta no sólo porque se han descubierto muchas más inscripciones de ella que de todas las otras juntas, sino porque ha podido ser descifrada.

Es una clara derivación de la lineal A. Ambas tienen en común aproximadamente la mitad de los signos, de los cuales la mitad, a su vez, son derivación de los jeroglíficos. El resto fue inventado probablemente por la necesidad de adaptación a la lengua griega, aunque hay diferencias entre ambas que no pueden obedecer a este solo motivo y que parecen debidas a una reelaboración del sistema.

Con independencia de los signos diferentes, en la A apenas aparecen marcas de separación de las líneas, que son corrientes en la B, y en ésta no se usan las fracciones numéricas que figuran en los textos de la primera, empleándose signos distintos para los múl-



tiplos y submúltiplos de las unidades de áridos y líquidos, según demostró Emmett L. Bennett, quien sostuvo, en contra de la opinión de Evans aceptada universalmente, que las escrituras A y B tenían que corresponder a dos lenguas distintas.

PICTOGRÁFICA								
LINEAL A								
LINEAL B								

Evolución de la escritura cretense desde la jeroglífica o pictográfica a la lineal

Basándose en que sólo se habían encontrado tabletas de la lineal B en Cnosos, Evans llegó a pensar que había sido inventada por los escribas del palacio al servicio exclusivo de éste. Al principio aparecieron algo más de tres mil tabletas en Cnosos. Después el norteamericano Carl Blegen descubrió (1930) unas seiscientas en Pilos. En 1952 volvió a encontrar en el mismo sitio otra cantidad importante, unas cuatrocientas, y A. J. B. Wace, en el mismo año, descubrió unas cuarenta en Micenas. Se han seguido encontrando algunas más en los años posteriores en los mismos

lugares y en Tebas. Previamente habían aparecido breves inscripciones en vasijas cerámicas en Grecia continental (Tirinto, Orcómenos, Tebas y Asine) y en algunas islas.

Evans sospechó que el sistema de escritura empleado era silábico y que utilizaba, además, ideogramas con valor de determinativos. También descubrió el sistema numeral, que se servía de líneas verticales para las unidades, horizontales para las decenas, círculos para las centenas, rombos para los millares y un signo parecido con un punto en el centro para las decenas de millar.

Los ideogramas colocados al lado de las cifras representaban carros, cabezas de caballos y cerdos, figuras humanas, espigas, vasijas, azadas, hachas, trípodes, etc. Los signos que precedían debían de corresponder a signos silábicos, dado su corto número, menos de cien. La dirección de la escritura, como en la A, es siempre de izquierda a derecha.

El desciframiento de la lineal B chocó con grandes dificultades, e incluso se mostraba insoluble porque no aparecía ninguna inscripción bilingüe. Se pensó que sería muy útil para el desciframiento, como así fue, la llamada escritura chipriota clásica, en la que había siete signos comunes con otros tantos de la lineal B y algunos más cuyo parecido podía identificarse con un poco de imaginación.

Sin embargo, las conclusiones obtenidas, al principio, de la comparación de ambas llevaron a una pista falsa: que la lengua de la lineal B no era la griega, idea que hizo suya Evans y que convenció a muchos

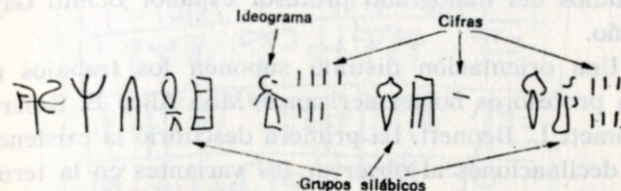
LINEAL B	CHIPRIOTA	VALOR EN CHIPRIOTA
𐀀	𐀀	sa
𐀁	𐀁	lo
𐀂	𐀂	to
𐀃	𐀃	se
𐀄	𐀄	pa
𐀅	𐀅	na
𐀆	𐀆	ti

Cuadro de los signos similares en la escritura chipriota y en la lineal B

por el peso de su autoridad científica. Ello se debió a que el signo para la sílaba *se*, común a ambas, no aparecía en posición final en la lineal B, cuando hay muchas palabras griegas acabadas en *-s*.

Los primeros intentos siguieron una misma orientación. Se daban valores fonéticos a los signos par-

tiendo de su igualdad o parecido con el silabario chipriota clásico y recurriendo incluso a signos de otros sistemas conocidos que tenían alguna semejanza con los de la lineal B. Una vez transcrita la inscripción, generalmente de manera incompleta, se veía si el texto



Dos muestras de la escritura lineal B encontradas, respectivamente, en Pilos y Cnosos. En la superior pueden observarse los ideogramas, las cifras y los signos silábicos

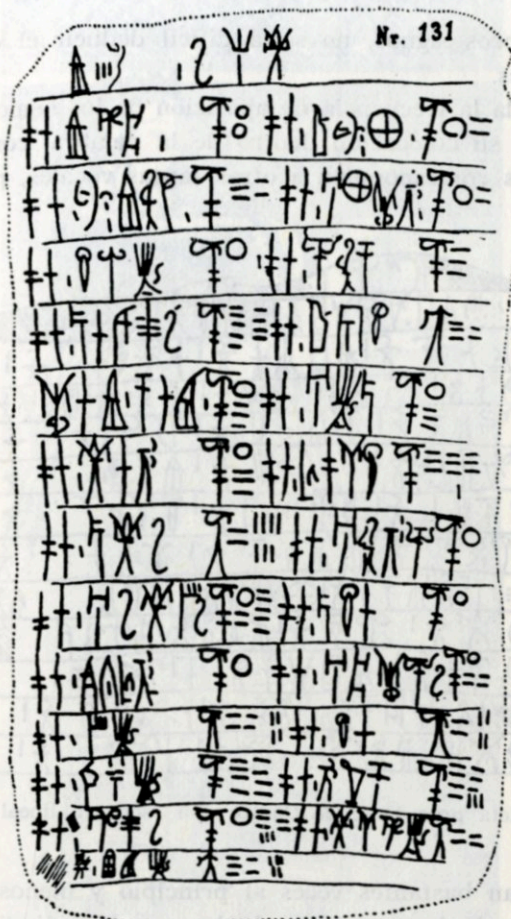
guardaba relación con palabras de alguna lengua antigua más o menos conocida.

El checo Bedrich Hrozný, que tanto éxito logró con el desciframiento de la escritura hitita, creyó que la lengua era de la familia indoeuropea y dio unas traducciones fantásticas que a nadie convencieron. Tampoco convencieron las de F. G. Gordon, que tomó

como base el vascuence, por ser una lengua hablada en Europa antes de la llegada de los indoeuropeos, o las de Miss F. Melian Stawell, que pensó en el griego, pero que no tenía idea clara de cómo sería el griego del II milenio. Mención especial merecen los valiosos estudios del malogrado profesor español Benito Gaya Nuño.

Una orientación distinta suponen los trabajos de dos profesores norteamericanos, Miss Alice E. Koler y Emmett L. Bennett. La primera descubrió la existencia de declinaciones al observar las variantes en la terminación de las palabras con las mismas sílabas iniciales y de géneros al comprobar que determinadas terminaciones guardaban relación con el género indicado por el ideograma. E. L. Bennett hizo una edición cuidadosa de los textos de Pilos, fijó el número de signos diferentes, tanto ideogramas como silábicos, y clasificó el contenido de los textos por los ideogramas que los acompañaban.

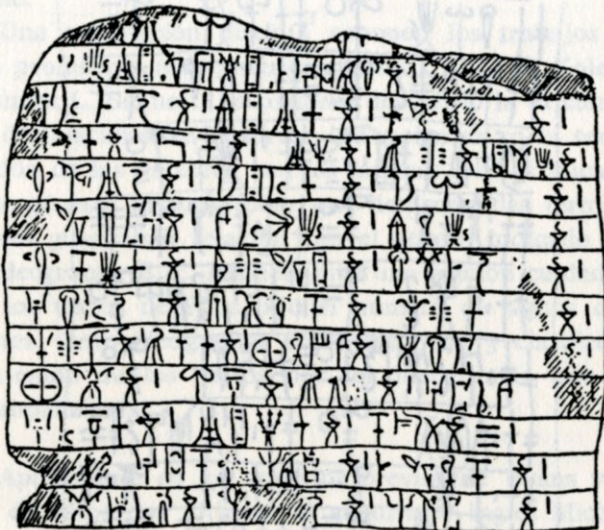
Apoyándose en los trabajos previos de Evans y en los de estos dos últimos, el arquitecto inglés Michael Ventris logró, finalmente, el desciframiento, al cual llegó aplicando la técnica empleada para desentrañar los escritos criptográficos. Disponiendo de material abundante, como sucedía con la lineal B, se podía llegar por operaciones estadísticas y combinatorias al descubrimiento de constantes y de esquemas generales, hasta el punto de que, identificado el valor de



Tableta procedente de Pilos con escritura lineal B

unos pocos signos, no sería difícil deducir el de los restantes.

Fijada la frecuencia de aparición de los signos silábicos y su colocación dentro de la palabra, concluyó que tres correspondían a otras tantas vocales, porque



Tableta procedente de Cnosos con escritura lineal B

aparecían bastantes veces al principio y menos en el interior de las palabras. Incluso pudo adjudicar el valor de la vocal *a* al que se encontraba con más frecuencia.



Dama micénica, pintura mural encontrada en Tirinto



Tableta de arcilla procedente de Pilos

Un examen detenido de los sufijos le llevó a suponer los que, por la estructura de la frase, podían corresponder a cada caso y, partiendo de esta suposición, estableció una relación de sufijos que debían de tener la misma vocal con distinta consonante, como *ni* y *li* en los genitivos latinos de *dominus* y *populus*. Lo mismo sucedería con los sufijos de género femenino. En cambio, el análisis de los casos de una palabra daría una serie de sufijos con la misma consonante pero con vocal distinta.

Otra pista fueron las equivocaciones de los escribas que borraron un signo para escribir otro encima. Cuando este caso se repite y se puede leer el borrado por no haberlo sido de forma total, cabe la suposición de que los signos tienen una pronunciación similar por ser común la vocal o la consonante.

Tabuló los resultados de sus hipótesis, con la indicación de su mayor o menor probabilidad, en un casillero o cuadro formado por cinco columnas verticales, correspondientes a las hipotéticas vocales, y quince horizontales para las distintas consonantes. Por lo tanto, las sílabas que estaban en una columna vertical tendrían la misma vocal; lo común en las horizontales serían las consonantes. La colocación de los signos en las diferentes casillas fue constantemente corregida como consecuencia del trabajo deductivo que brindaba más elementos de juicio y una mayor probabilidad de acierto.

pure vowels?	β	30.3					π	37.2		
semi-vowel?						ϕ	34.0	ϕ	29.4	
consonant	α	14.8	φ	32.5	ζ	21.2	λ	28.1	π	18.8
2	α	19.6	ϕ	17.5					π	13.7
3			φ	9.2			λ	3.3	π	10.0
4	α	17.0	ϕ	28.6					π	0.4
5	α	17.7	ϕ	10.3			λ	4.1	π	10.2
6	α	7.4	ϕ	20.5			λ	14.8	π	14.4
7	α	4.1	ϕ	44.0						
8	β	6.1	ϕ	6.1			λ	13.5	π	15.2
9			ϕ	33.1			λ	32.3	π	2.4
10	α	22.2			ϕ	38.2	λ	3.5	π	2.2
11	α	31.2	ϕ	33.8	ψ	34.4	λ	8.3	π	0.7
12	α	17.0					λ	37.7	π	24.0
13			ϕ	9.4	⊙	14.2				
14	α	5.0								
15	α	12.6								

MICHAEL VENTRIS

Casillero utilizado por Ventris

En junio de 1952 se decidió a hacer un ensayo de transliteración utilizando unas palabras, de las tabletas de Cnosos, con la apariencia de ser nombres de ciudades. Escogió el nombre de Amnisos, ciudad cretense citada por Homero, que debería estar transcrita *A-mi-ni-so*. El signo de la *a* estaba identificado por su

frecuencia y el de *ni* era deducible, consultando el casillero, porque los signos para *na* y para *ti* eran comunes en chipriota clásico y lineal B. El de *mi* tenía que estar en la misma columna vertical que el de *ni*.

Escogida la palabra que podía ser Amnisos, no resultaba difícil encontrar la de Cnosos, que se transcribiría *Co-no-so*. El último signo tenía que ser el de Amnisos y el de la segunda sílaba estaría en el casillero en la misma línea que los signos de *na* y *ni*. Siguiendo el mismo procedimiento sospechó, sin gran seguridad, el que podría ser Tylissos, otra ciudad citada por Homero.

En estas tentativas, creyó leer la palabra griega *Koliandro*, nombre de una planta. Luego *kowo*, *kowa*, junto a los ideogramas para «niño» y «niña», que recordaban las griegas *κοῦρος* y *κούρη*. Finalmente, pudo leer la palabra utilizada para total en las sumas, *tosos*, *τόσσοσ*, «tanto», con lo que se abría la posibilidad de que la lengua de la lineal B fuera la griega, idea que en un principio le pareció un disparate por su firme creencia de que tenía que ser una lengua egea relacionada con el etrusco.

Pero al cabo de pocas semanas de ensayos de transcripción y de perfeccionamiento del casillero llegó a la conclusión de que las tabletas estaban escritas en un griego arcaico, como tenía que serlo el de quinientos años antes de Homero, y de difícil lectura por esta razón y por el sistema silábico imperfecto empleado.

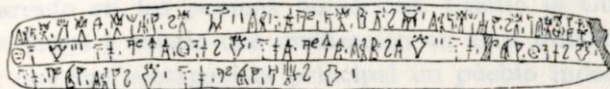
01	┆	da	30	Υ	ni	59	┆	ia
02	┆┆	ro	31	ΥΥ	sa	60	┆┆	ra
03	┆┆┆	pa	32	ΥΥΥ	qa	61	┆┆┆	o
04	┆非	te	33	ΥΥΥ	ra <sub>3</sub>	62	┆非	pie
05	┆┆┆┆	to	34	ϣ		63	┆┆┆┆	
06	┆┆┆┆┆	na	35	ϣ	jo	64	┆┆┆┆┆	ju
07	┆┆┆┆┆┆	di	36	ϣ	ti	65	┆┆┆┆┆┆	ta <sub>2</sub>
08	┆┆┆┆┆┆┆	a	37	Λ	e	67	┆┆┆┆┆┆┆	ki
09	┆┆┆┆┆┆┆┆	se	38	Λ	pi	68	┆┆┆┆┆┆┆┆	ro <sub>2</sub>
10	┆┆┆┆┆┆┆┆┆	u	39	Λ	ti	69	┆┆┆┆┆┆┆┆┆	tu
11	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	po	40	Λ	si	70	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	ko
12	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	so	41	Λ	too	71	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	
13	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	me	42	Λ	ai	72	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	pe
14	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	do	43	Λ	ke	73	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	mi
15	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	mo	44	Λ	de	74	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	ze
16	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	pa <sub>2</sub>	45	Λ	je	75	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	te
17	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	za	46	Λ		76	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	ra <sub>2</sub>
18	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆		47	Λ	nua	77	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	ka
19	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆		48	Λ		78	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	qe
20	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	zo	49	Λ	pu	79	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	zu
21	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	qi	50	Λ	du	80	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	ma
22	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆		51	Λ	no	81	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	ku
23	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	mu	52	Λ	ri	82	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	
24	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	ne	53	Λ	ta	83	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	
25	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	a <sub>2</sub>	54	Λ	nu	84	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	
26	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	tu	55	Λ	pa <sub>3</sub>	85	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	
27	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	re	56	Λ	ja	86	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	
28	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	i	57	Λ	su	87	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	
29	┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	pu <sub>2</sub>	58	Λ			┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆┆	

Tabla de valores de los signos de la lineal B según Ventris

Es entonces cuando entra a colaborar con él John Chadwick con su gran conocimiento de la historia de la lengua griega, que iba a aclarar muchos fenómenos lingüísticos de apariencia extraña.

Los frutos de esta colaboración no se demoraron. En el *Journal of Hellenic Studies* de 1953 apareció el famoso artículo «Evidence for Greek Dialect in Mycenaean Archives». En él se informaba de los trabajos realizados, se daban unas reglas ortográficas, se describían las características de la lengua micénica, destacando su relación con el arcadio y el chipriota, y se predecía la importancia que tendría para los estudios homéricos.

La labor afortunada e inteligente de Ventris en la formación del casillero y en la identificación de palabras despertó la admiración de unos y el recelo de otros, a los que parecían fantásticas las conclusiones. Pero las dudas desaparecieron cuando se publicó *Documents in Mycenaean Greek*, en 1956, con una información más completa.



La tableta de los trípodes

Incluso antes de la aparición del artículo «Evidence», Bennett, al que, como a otros especialistas, Ventris mantenía informado de sus trabajos mediante el

envío de unas «Notas», confirmó el acierto al leer unas tabletas, recién descubiertas, que hablaban de trípodes.

Desde la aparición de *Documents* son numerosos los investigadores que se han dedicado al estudio de las tabletas en dos direcciones principales. Desde un punto de vista puramente filológico, para perfeccionar el conocimiento y evolución de la lengua griega; desde un punto de vista histórico, para conocer la vida política, religiosa y económica del pueblo micénico. Ha favorecido notablemente el desarrollo de estos estudios la revista *Minos*, consagrada a ellos, y que se publica en Salamanca desde 1951.

Sin embargo, aún quedan bastantes textos que no han podido ser descifrados por desconocerse el valor de algunos signos y porque palabras resultantes de la transcripción no han podido ser identificadas con ninguna griega.

### EL LIBRO MICÉNICO. AEDOS Y ESCRIBAS

Si la literatura minoica sólo podemos adivinarla y no tenemos ninguna prueba fehaciente de su cultivo, de sus temas, de su forma o de su penetración social, las pruebas de la literatura micénica son más convincentes, aunque no sean palpables, dado su carácter oral.

Nuestra fuente sobre ella son la *Iliada* y la *Odisea*, especialmente esta última. Ya hoy nadie duda, después de las excavaciones arqueológicas en Troya, Micenas y Pilos, de la realidad esencial, no total, de lo narrado en los poemas homéricos. Existió la Guerra de Troya y existió una civilización en el II milenio de la que fue protagonista principal un pueblo indoeuropeo, el aqueo, según la denominación homérica, o el micénico, según se prefiere hoy, por ser un término más amplio en el que cabe la aportación de los indígenas o egeos. También se puede afirmar que el contenido de la *Iliada* y de la *Odisea*, en una medida difí-



cil de precisar, procede de la literatura micénica, conservada y divulgada por los aedos.

Los aqueos, cuando llegan a Grecia, constituyen un pueblo seminómada, con un gran espíritu bélico, e iletrado, pues la escritura sólo se desarrolla en las sociedades sedentarias. Incluso cuando se asientan definitivamente en sus nuevas moradas no forman una sociedad urbana. Viven en el campo más como pastores y cazadores que como agricultores, y gustan más de la lanza y de la espada que del arado. Su inclinación viajera encuentra un escape en el mar (πόντος, «camino»), cuyo dominio, la navegación, lo aprendieron de los minoicos y de la propia población egea.

Es natural que entre estas gentes, en las que pesaban muchos siglos de nomadismo, floreciera una literatura oral, que, por otra parte, debieron de cultivar antes de su llegada a Grecia, como la cultivaban otros seminómadas emparentados con ellos, los germanos, cuando entraron en contacto con Roma. Tácito en su *Germania* (II y III) habla de los cantos en los que conservaban sus tradiciones y ensalzaban a sus héroes, como Hércules, y de su utilización antes de las batallas para elevar el ardor combativo.

La literatura micénica era cantada o declamada con acompañamiento de la lira y constituía un entretenimiento de las clases superiores; era, por consiguiente, una literatura aristocrática por su audiencia. Cuando Fénix, Ulises y Ajax van a la tienda de Aquiles para pedirle que deponga su enfado y vuelva a participar

en la lucha, se lo encuentran «deleitándose con una hermosa lira labrada, de argénteo puente..., con ella recreaba su ánimo, cantando hazañas de los hombres» (*Iliada*, VIII).

Pero si los reyes y los nobles sabían tañer la lira y entonar relatos épicos, existían unos profesionales, los aedos o cantores, αοιδόι, cuya misión era precisamente ésta.

Los aedos eran llamados a los palacios de los reyes para entretener la sobremesa de los banquetes importantes, y sus cantares, a veces, eran completados con la actuación de jóvenes que interpretaban danzas guerreras inspiradas probablemente en la narración, ya que coincidían con la intervención del aedo.

Aunque algunos lo fueron, no eran necesariamente ciegos, como les ha querido ver una larga tradición. El aedo Támiris (*Iliada*, II) fue privado de la vista y de su arte por haber blasonado de que saldría vencedor en un concurso aunque en él participaran las propias Musas.

Con independencia de que siempre ha habido músicos invidentes, la tradición tiene remotos antecedentes prehistóricos, cuando al arte y al sacerdocio se debieron de dedicar los que, por un defecto físico, no podían empuñar las armas o buscarse el sustento por sí mismos.

Se les trataba con toda clase de honores por el gran prestigio de que gozaban, justificado no sólo por

su arte, que causaba gran admiración, sino por su carácter sagrado y por su función social.

En efecto, actuaban como profetas, es decir, a través de ellos hablaba un espíritu divino, el de la Musa. Con el verso «Canta, oh Musa, la cólera del Pelida Aquiles» se inicia la *Iliada*, y de manera similar comienza la *Odisea* «Háblame, Musa, de aquel varón...». Invocaciones similares se repiten en pasajes diferentes en los dos poemas, y Ulises, al ofrecer un obsequio al aedo Demódoco, dice que «a los aedos en todas partes los hombres les tributan honor y reverencia porque la Musa les ha enseñado el canto y les ama».

Su función social era importante, pues sus cantos tenían un doble carácter: educativo e informativo. Servían para mantener vivo y reforzar el sentimiento común, ensalzando las hazañas de los héroes, describiendo las acciones de los dioses y enalteciendo los valores morales. Eran, además de archivo de tradiciones, heraldos de las noticias más recientes. Telémaco le advierte a su madre (*Odisea*, I) que los hombres gustan mucho de los cantos nuevos, los que tenían noticias más recientes.

En el canto VIII de la *Odisea* encontramos una detallada descripción de la manera de actuar de un aedo, Demódoco, y del tipo de cantos de que gustaban los micénicos. Se trata de las fiestas organizadas en su palacio por Alcínoo, rey de los feacios, en honor de su huésped, que luego se identificaría como Ulises.

A Demódoco la Musa le amaba extremadamente, pues si le había privado de la vista, le había concedido, en cambio, el dulce canto. El heraldo le colocó en medio de los convidados, le ofreció comida y colgó de una columna, a la altura de su mano, la lira para que pudiera pulsarla sentado.

Cuando acabaron de comer, el aedo inició su recital describiendo la pelea surgida en un banquete, durante el asedio de Troya, entre Ulises y Aquiles, que había causado el regocijo de Agamenón.

Más tarde, mientras unos adolescentes danzaban al aire libre, narra la historia picante de los amores de Ares y Afrodita, castigados por el marido de ésta, Hefesto, quien, recelando el engaño, les había preparado una trampa en el lecho, entre cuyos hilos quedaron atrapados, ante las risas y bromas de los dioses solos, pues las diosas púdicamente no quisieron ver la escena.

Finalmente, en la cena, Ulises le pide, puesto que canta las acciones de los aqueos como si las hubiera visto o se las hubiera oído referir a alguno de ellos, que cuente la historia del caballo de madera que sirvió para la conquista de Troya. Y es tan real la descripción que Ulises, uno de los protagonistas de la aventura, se impresionó hasta el extremo de romper a llorar, como le había sucedido anteriormente al escuchar la narración primera de su pelea con Aquiles.

Femio, el otro aedo que desempeña un papel importante en la *Odisea* y actúa ante los pretendientes

de Penélope, contando, al menos en cierta ocasión, los infortunios de los aqueos al regresar de Troya, suplica a Ulises, y lo consigue, que no le mate, alegando su condición de cantor de los dioses y de los hombres, inspirado por un dios, así como que su intervención en las fiestas no había sido buscada por él, sino obligado por los pretendientes.

El aedo podía improvisar sobre un asunto solicitado por cualquiera de los asistentes. Esto supone un gran repertorio de temas variados, un sistema sencillo de composición, como lo es el verso suelto, y una técnica a base de frases hechas o fórmulas, que se pueden aplicar a cualquier descripción.

La literatura narrativa micénica cantaba, como hemos visto, las acciones de los dioses o de hombres famosos, bien por las hazañas que habían llevado a cabo, bien porque los efectos de las pasiones o de los caprichos de los dioses sobre sus vidas les habían arrastrado a la tragedia o al infortunio, a pesar de las advertencias de buenos y prudentes consejeros. Estos temas pueden ser creación de los aqueos, pues están en línea con su espíritu bélico y su estado de desarrollo social.

En cambio, las narraciones marineras y exóticas que aparecen en la *Odisea* debieron de ser una aportación de los egeos, que, o bien las crearían ellos, o bien las tomarían de los vecinos con los que mantuvieron contacto a través del mar. La conclusión parece razonable

si tenemos en cuenta que los aqueos conocieron por primera vez el mar al llegar a Grecia, pues no son de origen indoeuropeo muchas de las palabras griegas que se refieren a él o a la navegación: θάλασσα, «mar», νῆσος, «isla», κέλης, «navío», etc.

También pueden deberse a los egeos las aventuras poco edificantes de los dioses, algunas de las cuales traslucen un tratamiento humorístico que sólo puede surgir en personas que no tienen fe en unos dioses que no eran los suyos, sino los de sus bárbaros amos. A este espíritu egeo puede obedecer también la concepción negativa del jefe supremo, Agamenón, como soberbio mezquino, inferior en el campo de batalla y en la prudencia a otros reyes que peleaban a sus órdenes y que en ocasiones exteriorizan su desprecio hacia él. En plena cólera, Aquiles le dice: «Borracho, que tienes ojos de perro y corazón de ciervo. Jamás te atreviste a tomar las armas con la gente del pueblo para combatir, ni a ponerte en emboscada con los más valientes aqueos; ambas cosas te parecen la muerte» (*Iliada*, I).

No parece que existieran otros tipos de literatura, por ejemplo, religiosa, jurídica, científica, al menos su estado no pasaría de ser elemental, porque no han quedado restos o alusiones, debido quizá a que no hubo un colegio o casta de escribas a los que se debe su creación en otros países, como Egipto, Mesopotamia, Imperio hitita o ciudades cananeas.

En realidad, no sabemos nada ni de la formación ni de la situación social de los escribas micénicos, aunque, al parecer, no detentaron el poder político y religioso ni tuvieron la formación literaria de los escribas de esos otros pueblos. Fueron simples amanuenses, contables de los bienes del palacio o públicos.

Por lo que se refiere a las características de las tabletas, diremos que su tamaño mayor suele ser de  $25 \times 12,5$  cms.; las hay alargadas, como barras, y hay sellos y rótulos de pequeñas dimensiones. Son planas y de color gris. Algunas aparecen en color rojo, pero este tono se debe al proceso de oxidación que sufrieron durante el incendio de los edificios donde se guardaban. Ni los cretenses ni los micénicos las cocieron, limitándose a ponerlas al sol para endurecerlas. Este hecho puede explicarse porque no se daban las circunstancias que llevaron a los sumerios a la cocción. No había peligro probable de inundación, lo que suponía la pérdida de las tabletas, ni necesidad de que duraran mucho tiempo, pues cuando perdía valor su contenido, probablemente en el plazo de un año, eran disueltas en agua para volver a utilizar la arcilla modelando nuevas tabletas.

Es casi seguro que los escribas utilizaron otro material escritorio, probablemente papiro, procedente de Egipto, y, con más seguridad, pieles, material de uso muy antiguo para la escritura y que podía obtenerse sin recurrir a la importación.

La creencia se funda en las formas de los signos, más propias para ser dibujadas con tinta que para ser grabadas en barro. Por otra parte, las tabletas no tienen fecha y las alusiones al tiempo se reducen a expresiones como «este año», «el año pasado», lo que obliga a pensar que las conservadas son documentos referidos exclusivamente a un año, una especie de registros previos que después se pasarían a papiro o piel. Claro está, las llamas de los incendios o simplemente el paso de tres milenios han hecho desaparecer cualquier rastro de los documentos escritos en esos materiales más perecederos.

Las tabletas eran guardadas en arcas de madera o en cestas de mimbre. Un sencillo rótulo de arcilla daba razón del contenido de los documentos guardados en el recipiente. Precisamente la marca de los mimbres en los rótulos ha llevado a la conclusión de que se guardaban en cestas, como la aparición de bisagras junto a las tabletas ha hecho pensar en las arcas de madera.

Las tabletas no están firmadas y no se han descubierto, ni quizá se descubran, los nombres o los cargos de ningún escriba, hecho que contrasta con lo sucedido en otros pueblos que usaron la arcilla como materia escritoria.

Bennett al analizar las grafías ha descubierto que las tabletas procedentes de Pilos y Cnosos fueron escritas por más de treinta personas diferentes en cada ciudad, y como las de Pilos datan de un período

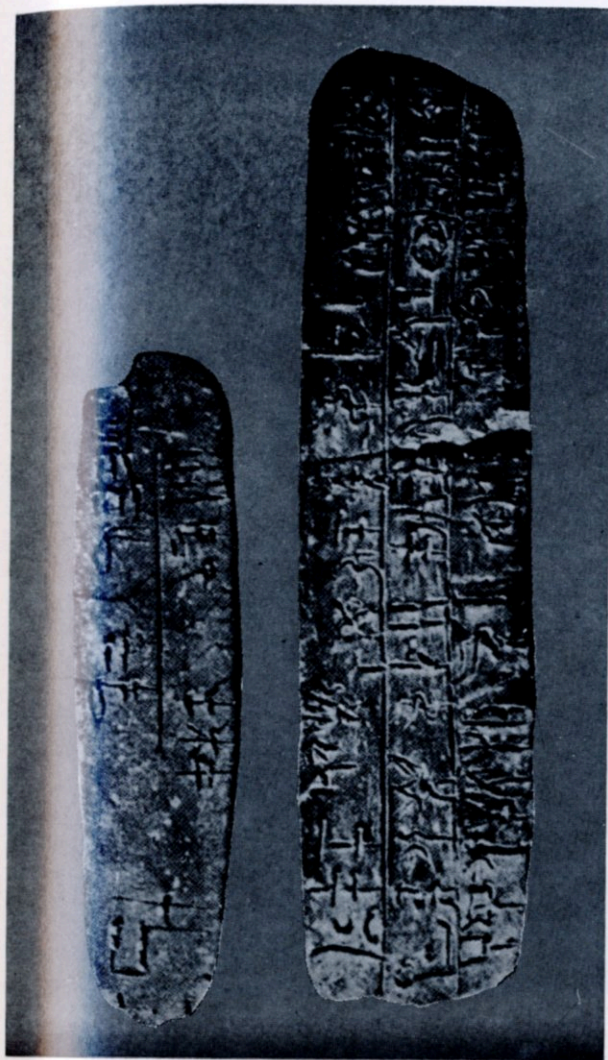
corto, menos de un año, se desprende que hubo un número relativamente elevado de escribas.

A. J. B. Wace llegó a pensar que mucha gente en Micenas, además de los funcionarios de palacio, era capaz de escribir y leer. Se basaba en la aparición de tabletas en casas privadas, pero hoy se cree que no eran tales, sino dependencias palaciegas.

No es probable que la escritura estuviera difundida en medios distintos de los profesionales y que en las tabletas se escribieran las narraciones literarias. Aparte de los signos que aparecen dibujados en las vasijas cerámicas, que pueden contener el nombre del fabricante o el del propietario, no se han encontrado inscripciones en materias duras, como las piedras y los metales, que podrían hacernos pensar en una amplia difusión, como sucedió en la propia Creta.

Se hace difícil de comprender que, si la escritura hubiera tenido algún grado de difusión, no hubieran sentido los jefes micénicos la tentación de eternizar sus nombres en lápidas sepulcrales y en las piedras de los monumentales palacios y fortalezas, cuando fueron tan amantes de la gloria personal y se sentían orgullosos de sus ilustres antepasados.

El hecho de estar limitada la función del escriba a la mera labor contable, que incluso pudo ampliarse al envío de ocasionales y breves mensajes, como en el caso de Belerofonte, escritos y descifrados por los escribas de la corte, puede ser una buena explicación del olvido aparente en que cayó la escritura cuando



Tabletas de arcilla de forma alargada

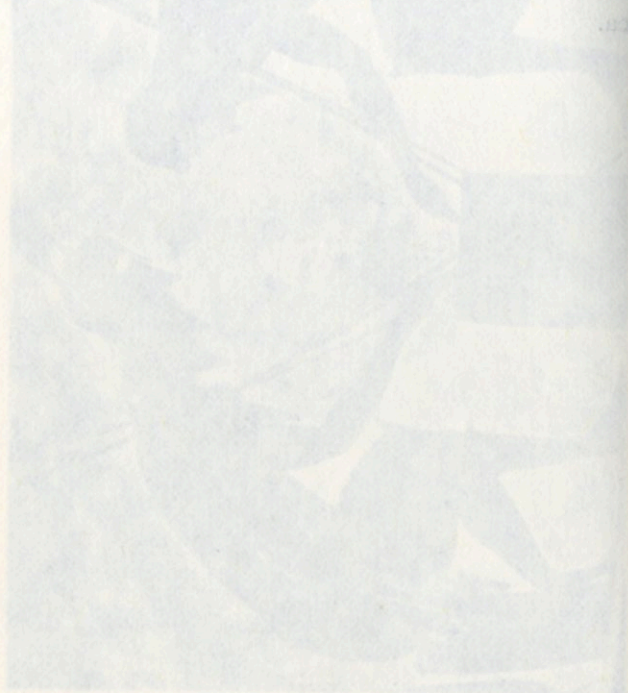


Aquiles y Ajax jugando a los dados. Anfora del siglo VI

las cortes aqueas desaparecieron y cambiaron las estructuras sociales, especialmente las económicas. Pero no hay ninguna seguridad de que la lineal B desapareciera del todo y, en cambio, es probable que siguiera cultivándose, aunque de manera limitada, después de la caída de Pilos, de cuyo año proceden las últimas tabletas, hasta que fue sustituida por la escritura alfabética.

## LOS SIGLOS OSCUROS

las fortalezas micénicas y sus alrededores. En  
 algunas regiones, especialmente las occidentales, pero  
 no por todas, se utilizó el hierro. El desarrollo  
 de la agricultura y el comercio se produjo durante  
 esta época, aunque no se sabe mucho de ellos. De  
 la caída de Micenas se sabe muy poco, pero se sabe  
 que los micénicos fueron destruidos por la civilización  
 dórica.



## LA GÉNESIS DE UNA NUEVA ERA

El gran movimiento de pueblos que se produjo en  
 las Balcanes y el Asia Menor durante el siglo XII  
 fue la causa, según hemos indicado, del fanatismo  
 de la cultura micénica, como lo fue también  
 de la destrucción del Imperio hitita y de las florecien-  
 tes ciudades canaanitas.

Esta gran catástrofe coincide, por otra parte, con  
 el cese de la Edad del Bronce y el nacimiento de la  
 Edad del Hierro. En la primera, el hombre, partiendo  
 de la pequeña aldea neolítica, llegó a crear grandes  
 imperios, para lo cual precisó un gran desarrollo téc-  
 nico y el establecimiento de mas estructuras sociales  
 que permitieron este gran avance y su consolidación.  
 Las estructuras se basaron en unas rígidas castas o  
 clases sociales con funciones específicas y exclusivas,  
 en las que el individuo era un elemento aislado.

La Edad del Hierro surgió también de la vida  
 rural, pero de una vida rural más autarkica, fue más  
 fecunda, a la larga, para el desarrollo de la humani-

## LA GÉNESIS DE UNA NUEVA ERA

El gran movimiento de pueblos que se produjo en los Balcanes y en el Próximo Oriente a finales del siglo XIII fue la causa, según hemos indicado, del hundimiento de la cultura micénica, como lo fue también de la destrucción del Imperio hitita y de las florecientes ciudades cananeas.

Esta gran catástrofe coincide, por otra parte, con el ocaso de la Edad del Bronce y el nacimiento de la Edad del Hierro. En la primera, el hombre, partiendo de la pequeña aldea neolítica, llegó a crear grandes imperios, para lo cual precisó un gran desarrollo técnico y el establecimiento de unas estructuras sociales que permitieron este gran avance y su consolidación. Las estructuras se basaron en unas rígidas castas o clases sociales con misiones específicas y exclusivas, en las que el individuo era un elemento anónimo.

La Edad del Hierro, surgida también de la vida rural, pero de una vida rural más adelantada, fue más fecunda, a la larga, para el desarrollo de la humani-



dad. En ella aparecen estados cuya organización política ya no descansa en la casta como única interlocutora con el poder constituido, sino en la persona particular, cuyas opiniones, necesidades y sentimientos han de tener una importancia decisiva en la nueva configuración social y cultural, que está al servicio de los hombres, no al de los dioses.

Los dioses se humanizan, y si al individuo se le sigue exigiendo la entrega generosa de su esfuerzo e incluso de su vida, ya no es en nombre de ellos, sino en el de los otros seres humanos que conviven con él en la *polis* o en la *urbe*.

Dos causas explican este viraje en la historia de la humanidad y el papel de protagonistas que les corresponde en él a los griegos.

Por un lado, la situación excéntrica, dentro de las culturas importantes de la Edad del Bronce, de la minoica y de su sucesora la micénica. Por otro, la llegada a Grecia, y su establecimiento en ella en una época de crisis política, de nuevas gentes indoeuropeas con una organización social muy diferente, característica de los pueblos seminómadas y en la que no está ahogado el individualismo.

Hay una primera época, llamada Siglos Oscuros por su carencia de noticias históricas, que abarca unos cuatrocientos años y que termina en el siglo VIII. Los restos arqueológicos reflejan una sociedad pobre, que ni reedifica ni construye grandes palacios o fuertes

murallas. Dan la impresión de que las anteriores sociedades ricas y cosmopolitas, acostumbradas a la escritura y al intercambio comercial, se hubieran transformado en analfabetas y estancadas con una economía rural de mera subsistencia.

Se piensa en la pobreza por la falta de objetos de lujo producidos por la artesanía local o traídos de tierras lejanas. No se han encontrado, en efecto, en las excavaciones joyas en metales preciosos y objetos de ámbar y marfil.

Probablemente, esta visión arqueológica se debe a causas internas, la desaparición de instituciones acumuladoras de riqueza, como lo fueron los palacios minoicos y las cortes micénicas, a las que se llevó el huracán de las invasiones y migraciones. Pero también a razones externas, la debilidad de los imperios orientales, que originó el abandono del amplio comercio marítimo que tuvo lugar en el II milenio. Hubo, con seguridad, una gran crisis política en Grecia y en las islas, pero no debieron de empeorar las condiciones de vida, apegadas al producto de la tierra, del común de las gentes.

La cerámica nos proporciona la única información, naturalmente parcial, de las probables etapas de la evolución del pueblo griego. A través de ella, puede observarse cómo desaparece antes del año 1000 la micénica para dar paso a la que se denomina, por el carácter geométrico de sus dibujos, protogeométrica, en una primera fase, y geométrica después. En la orde-



El Egeo griego

nación de estos dibujos, líneas horizontales y círculos trazados a compás, se ha querido ver un reflejo del nacimiento y progresivo desarrollo del genio griego: sobria elegancia que conduce a la belleza mediante la ordenación lógica de unos elementos sencillos.

La parcial información deducida de la arqueología se ha tratado de completar con la que proporcionan los poemas homéricos. Pero constituyen una fuente de difícil interpretación. Se tiene la certeza de que en ellos hay un reflejo indiscriminado de la sociedad micénica y de estos tiempos oscuros, siendo, por consiguiente, imposible determinar qué instituciones, qué ideales y qué modos de vida corresponden a cada uno de los períodos.

En esta época es de destacar un hecho muy importante, la conversión del Egeo en Mediterráneo griego, acontecimiento prefigurador de la gran expansión geográfica de la cultura griega y causa importante de su creación, pues permitió la incorporación a las nuevas comunidades de las creaciones intelectuales del mundo asiático.

Debido quizá a cambios en la propiedad y en la explotación de la tierra, así como a la escasa resistencia que encontraron en sus nuevos asentamientos, donde el poder político había quedado débil y fragmentado por las invasiones, grupos de griegos emigraron, alrededor del año 1000, desde la península a las costas de Asia Menor, donde, aprovechando promontorios

próximos a fértiles valles, formaron pequeños núcleos de población.

Estos asentamientos terminan agrupándose en tres grandes regiones, cuyos habitantes se denominan eolios, jonios y dorios, conforme al dialecto hablado. Los primeros ocupan la costa norte; los segundos, el centro, y los terceros, la parte sur.

De este período oscuro arrancan los elementos culturales y definidores del pueblo griego, en cuya configuración les cabe a los griegos asiáticos un papel de adelantados, y es natural que así fuera, porque, si la emigración afianza determinadas formas sociales propias como defensa frente a la posible asimilación por los pueblos vecinos, también facilita el cambio de las que no se adaptan a la nueva realidad y es permeable a las instituciones y modos foráneos más apropiados a la misma.

En estos siglos con raíces en el pasado, pero abiertos al cambio que imponen los nuevos condicionamientos, se fijan los diversos dialectos, que no impiden la comprensión entre los hablantes de los mismos; en ellos se elaboran los mitos comunes y la religión compartida igualmente por todos; en ellos se origina la fragmentación política en pequeñas unidades rurales que van a dar origen a la *polis*, la ciudad o pequeño estado griego; en ellos, por último, nace, a pesar de la pluralidad de estados, un sentimiento de comunidad supranacional, que hace a los griegos, ya moren en

Europa, en Asia o en las islas, distintos de los otros pueblos, los bárbaros, que hablaban otra lengua, tenían otra religión, otras actitudes ante la vida y valores diferentes.

Ya no se consideran aqueos, argivos o dánaos, nombres que recibieron en los poemas homéricos los combatientes en Troya y que tan ligados están a una pequeña región, el Peloponeso. Ahora se llaman a sí mismos panhelenos, πανέλληνες, al principio y después simplemente Έλληνες, helenos. El nombre de griegos, como es sabido, es el apelativo latino, *graeci*, derivado del de un pequeño pueblo, los *graes*, Γραῖες, con el que tempranamente entraron en contacto los romanos.

Pero los dos acontecimientos más importantes de estos siglos, desde nuestro punto de vista, y que merecen, por consiguiente, una amplia consideración, son la creación del alfabeto griego partiendo del alifato semítico y la constitución definitiva, tras un largo período de incubación, de los poemas homéricos.

## EL ALFABETO. ORIGEN Y TRASCENDENCIA

Durante mucho tiempo se pensó que la lengua griega no había sido escrita antes de la invención del alfabeto, creencia que, antes de que el desciframiento de la lineal B demostrara estar equivocada, dio pie al nacimiento y crecimiento de la llamada cuestión homérica, que consumió ríos de tinta y de la que más adelante trataremos.

Todo partía de la falta de restos de escrituras anteriores y de la afirmación de Heródoto (V, 58) de que los fenicios que vinieron con Cadmo y se establecieron en Tebas (Beocia) enseñaron a los griegos, entre otras cosas, las letras, γράμματα, que por eso se llaman con justicia fenicias, φοινικῆτα.

Y, sin embargo, Heródoto debió de conocer otras teorías, como lo demuestra el que su afirmación va limitada por un «a mi parecer». En efecto, algunos escritores milesios, como Anaximandro, Dionisio y Hecateo, dijeron que, antes de Cadmo, Dánao trajo las letras, la escritura, desde Egipto a la Argólida, e

incluso algunos cretenses (por ejemplo, Dosiadas de Creta, amigo de Teócrito) sostuvieron que su isla fue el lugar donde por primera vez se había empleado la escritura.

Resulta, a la luz de los conocimientos actuales, que los milesios y los cretenses, cuyas afirmaciones sobre el origen de la escritura griega se tenían por quiméricas, se basaban en unos hechos reales, pues en el Peloponeso, del que la Argólida es una parte, y en la isla de Creta se han encontrado tabletas escritas en griego. Bien es verdad que no se puede llamar egipcio a ninguno de los sistemas de escritura cretense, pero nadie puede negar que sus creadores intentaran imitar la escritura egipcia. En último caso, cabe la confusión entre ambos, pues se basaban en el empleo de ideogramas y fonogramas.

Heródoto tenía razón en lo que se refiere a la escritura alfabética, que es de la que está hablando; pero las opiniones de milesios y cretenses nos revelan un hecho importante: que la escritura silábica no cayó totalmente en el olvido después de la invasión de los dorios y que no llegó a producirse la solución de continuidad entre ambas formas. Indicios de esta continuidad, que no pruebas, puede ser el que en la mención más antigua de un texto escrito, el episodio de Belerofonte, se hable de tabletas, πίνακες (*Iliada*, VI, 169) y que el nombre de las letras, γράμματα, significó originalmente signos hechos por incisión.

Hay otra razón a favor de esta continuidad: la perduración de un sistema silábico en Chipre durante el I milenio, que sólo puede explicarse, aunque falten hallazgos arqueológicos para demostrarlo patentemente, como evolución del silabario chiprominoico o de la lineal B, con la que tiene una clara relación, si bien supone una fase más avanzada por la desaparición de los ideogramas.

Si hubo continuidad, como parece lógico, en Chipre, ¿por qué no la pudo haber en otros lugares? La total desaparición, en la zona del Egeo, del sistema lineal B o de una fase posterior sin ideogramas se comprende fácilmente por la superioridad del alfabeto y también por el abandono de la arcilla como materia escritoria sustituida por las pieles y el papiro.

Pero es que, además, el silabismo pervive parcialmente en algunos sistemas alfabéticos, como en el etrusco y en el cario, y como no es posible creer en un retroceso, aunque sea para aspectos complementarios, del alfabeto al silabario, habrá que pensar que estos pueblos, al adoptar el alfabeto griego, tenían un sistema silábico, el cual, según todas las probabilidades históricas, debía de guardar relación con el sistema silábico micénico o con un derivado de él que se prolongó hasta el siglo VIII.

Partiendo de esta base, es más fácil comprender, según sostiene Février (pág. 385), el nacimiento del alfabeto. El alifato semítico no servía para la lengua griega por no tener letras para representar las vocales,

carencia que para las lenguas semíticas está justificada por la conveniencia de destacar la raíz consonántica. El silabario micénico era un elemento tosco e imperfecto. Precisaba casi cuatro veces más signos que el alfabeto y, con todo, su transcripción era deficiente: intercalaba una vocal entre dos consonantes seguidas, suprimía algunas de éstas (por ejemplo, *s-* inicial seguida de consonante o *-n*, *-r* y *-s* finales) y transcribía varias por un mismo signo: *r = r* y *l*; *k = k*, *kh* y *g*; *p = p*, *ph* y *b*; *t = t* y *th*.

Alguien, con la suficiente formación lingüística para hacer una síntesis de los dos sistemas, lo consiguió, proporcionando a la humanidad uno de los más valiosos instrumentos para su progreso. ¿Quién pudo ser este anónimo benefactor y dónde y cuándo vivió?

Moviéndonos exclusivamente en el terreno de la hipótesis por falta de datos para esclarecer la verdad, se puede suponer que el autor del alfabeto debió de ser un escriba griego que mantuvo contactos con los fenicios por motivos comerciales y quizá residió en la propia Fenicia. Tuvo que conocer tanto la lengua fenicia y su alifato como la escritura micénica en la que se valoraban los sonidos vocálicos. No parece lógicamente tan probable la otra alternativa: que el autor fuera un escriba fenicio con conocimiento de algún sistema cuneiforme silábico y, claro está, de la lengua griega.

Sugestiva resulta la idea apuntada por Pfeiffer (pág. 23) de la posibilidad de que el alfabeto se inven-

tara precisamente para anotar los versos griegos, puesto que el nuevo sistema, al contrario que el silábico de la lineal B, permitía ver la cantidad de las sílabas y especialmente la estructura cuantitativa del verso.

La idea es bonita y atrayente: un poeta habría dado a la humanidad un fabuloso medio para su evolución social, intelectual y material. Pero no se puede alegar en su favor ninguna prueba concreta, aunque tampoco se pueda presentar ninguna en contra.

Sin embargo, es más probable que el alfabeto, inventado como los otros sistemas de escritura por razones económicas y administrativas, facilitara la redacción definitiva o la creación de los poemas épicos. En efecto, la redacción de la *Iliada* y de la *Odisea* no fue coetánea de la aparición del alfabeto, pero sí ligeramente posterior, un siglo aproximadamente, tiempo justo para que desapareciera el primitivo sistema silábico, aunque quedara un vago recuerdo del mismo.

Es imposible precisar el lugar donde se concibió el alfabeto y la ciudad griega donde por primera vez se usó, pero no tendría nada de particular que esto sucediera en una de las ciudades jónicas de la costa asiática, cuyo desarrollo económico exigiera la constancia por escrito de contratos. También pudiera haber sucedido en alguna isla meridional, por ejemplo, en Rodas, como algunos especialistas sospechan.

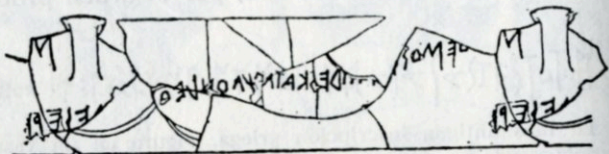
La fecha más probable se ha fijado en los últimos años del siglo IX, como resultado de la comparación de la forma de las letras griegas con las de diversas



Priamo suplicando a Aquiles. Vaso del siglo V

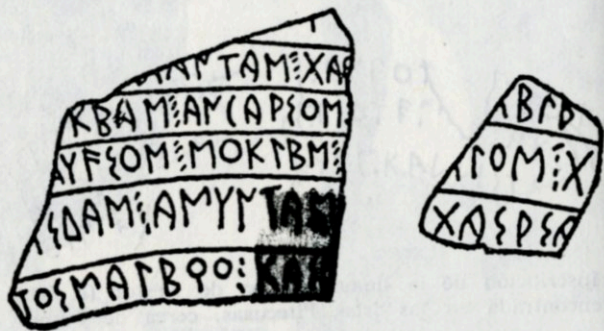


algunos han hecho, que el alfabeto fue inventado en varios lugares, quitándole valor a la idea original de la síntesis. Se pueden explicar por evoluciones suce-



Inscripción en una vasija encontrada en Monte Himeto  
(finales del siglo VIII o principios del VII)

sivas, debidas a la diversidad dialectal, y por falta de acuerdo y comunicación. Grecia no era un estado unificado, ni la escritura una función reservada a una



Ostraca procedentes de Corinto

casta que impusiera uniformidad. Lo que es admirable, por el contrario, es que en esta situación no se produjeran mayores diferencias.

I. J. Gelb considera al alfabeto (pág. 205) la última etapa importante de la historia de la escritura y añade que desde la época griega nada nuevo ha aparecido en la escritura desde el punto de vista de la estructura interna, pues seguimos escribiendo las vocales y las consonantes de la misma forma que los antiguos griegos.

Con sus imperfecciones para representar con exactitud el lenguaje hablado, es un instrumento a la medida del hombre, también imperfecto. Pero esta bendita imperfección, debida al carácter conservador de la escritura, ha servido para superar los cambios más rápidos de la lengua hablada y mantener fácilmente inteligible el pensamiento escrito en grandes áreas con fuertes diferencias dialectales, así como a través del tiempo. En este sentido, el primer gran servicio del alfabeto fue para la cultura griega, que ayudó a elaborar. Gracias a la escritura y al respeto sagrado por los textos correctos que se despertó en Alejandría se salvaron las mejores creaciones poéticas y del pensamiento helenos, pudieron conservarse con el mismo o mayor respeto y veneración en Bizancio durante un milenio y pasar a Europa después, aunque la lengua hablada naturalmente sufrió muchos cambios a lo largo de período tan dilatado.

Pero especialmente sirvió en Grecia primero y ha servido después en otros lugares para destacar, dentro de la sociedad, la individualidad de la persona ahogada antes en el anonimato de la clase social.



Aunque sendas leyendas atribuyen a Hermes y a las Musas su invención, para los griegos siempre estuvo claro que su sistema de escritura se lo debían a los hombres. No fue un artículo de fe entre ellos, como sucedió entre los pueblos orientales, que era un regalo de los dioses. En parte, porque los hechos estaban próximos y nunca tuvieron inconveniente en reconocer sus deudas culturales a otros pueblos; en parte, también, porque la escritura fue un bien social, humano, no divino, a la disposición de cualquier ciudadano, como garantía de sus derechos políticos, que no estuvo en poder exclusivo de los templos.

Las atribuciones a las Musas y a Hermes son explicaciones poéticas, cuyo sentido es fácil de comprender. La atribución a las Musas, hijas de Apolo, viene dada por el hecho de que eran éstas las que hablaban por la boca de los poetas en la época antigua, cuando la poesía era oral. Al ser escrita, es natural que alguien les atribuyera también la invención del instrumento para la nueva forma de componerla y difundirla.

La atribución a Hermes, mensajero de los dioses, dios del comercio e inventor de la lira, es una descripción de su triple cometido: vehículo de información, medio para la constancia de los acuerdos comerciales o administrativos e instrumento para la composición y recitación poéticas.

Ya advirtieron los griegos que el alfabeto, auxiliar de la inteligencia, ayudaba a los hombres a pensar y a expresarse. Como estaba a disposición de todos y no

sólo a la de un grupo o colegio con espíritu conservador, abrió nuevos horizontes a la mente, convirtiendo los lugares públicos y las casas privadas de las ciudades griegas en escenarios de fiestas deslumbrantes del discurrir, donde brillaba una inteligencia vivaz y curiosa en busca de explicaciones racionales de la vida.

Todo este esplendoroso discurrir se hubiera limitado a unos hermosos e intrascendentes juegos de artificio, si no hubiera sido posible recoger las mejores ideas en forma escrita y darles así perennidad. Sin el alfabeto no hubieran sido posibles los logros intelectuales de Grecia, ni los de Roma, ni nuestra civilización occidental.

## LA FORMACIÓN DEL ALFABETO Y SUS DERIVACIONES

Las inscripciones más antiguas encontradas, como hemos advertido, revelan la existencia de un solo alfabeto, pero con variantes locales.

Su estudio sistemático se debe a Kirchhoff, quien, a base de las variantes, formó cuatro grupos fundamentales, denominados desde entonces por el color con que representó en un mapa las regiones que utilizaron cada uno de ellos: verde para los territorios donde usaron los alfabetos más arcaicos (Creta, Tera y Melos); azul para los alfabetos orientales, en los que distinguía dos grupos, el claro (Asia Menor, islas orientales del Egeo y nordeste del Peloponeso) y el oscuro (islas del noroeste del Egeo y el Atica). Finalmente, el rojo para los alfabetos occidentales, usados en casi toda Grecia, Eubea y en las colonias de Italia y Sicilia.

El origen semítico del alfabeto es evidente por el nombre, la forma, la ordenación y el valor numérico

Alfabeto fenicio			Alfabetos griegos				Nombres		Valor num.		
E	S	M	Colores			Miletos		hebr.		griego	
			v.	ac.	ao.	r.	M.		m.		
𐤀	𐤁	𐤂	Α	Α	Α	Α	Α	α	Άlef	ἄλφα	1
𐤃	𐤄	𐤅	Β	Β	Β	Β	Β	β	Βét	βῆτα	2
𐤆	𐤇	𐤈	Γ	Γ	Γ	Γ	Γ	γ	Gîmel	γάμμα	3
𐤉	𐤊	𐤋	Δ	Δ	Δ	Δ	Δ	δ	Dälet	δέλτα	4
𐤌	𐤍	𐤎	Ε	Ε	Ε	Ε	Ε	ε	Hê	ἒ ψιλόν	5
𐤏	𐤐	𐤑	Ζ	Ζ	Ζ	Ζ	Ζ	ζ	Wāw	φαῦ	6
𐤒	𐤓	𐤔	Η	Η	Η	Η	Η	η	Zájin	ζῆτα	7
𐤕	𐤖	𐤗	Θ	Θ	Θ	Θ	Θ	θ	Hêt	ἦτα	8
𐤘	𐤙	𐤚	Ι	Ι	Ι	Ι	Ι	ι	Têt	θῆτα	9
𐤛	𐤜	𐤝	Κ	Κ	Κ	Κ	Κ	κ	Jôd	ιώτα	10
𐤞	𐤟	𐤠	Λ	Λ	Λ	Λ	Λ	λ	Kâf	κάππα	20
𐤡	𐤢	𐤣	Μ	Μ	Μ	Μ	Μ	μ	Lâmed	λάμδα	30
𐤦	𐤧	𐤨	Ν	Ν	Ν	Ν	Ν	ν	Mêm	μῦ	40
𐤩	𐤪	𐤫	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	Ξ	ξ	Nûn	νῦ	50
𐤬	𐤭	𐤮	Ο	Ο	Ο	Ο	Ο	ο	Sâmek	ἔτι	60
𐤱	𐤲	𐤳	Π	Π	Π	Π	Π	π	Ājin	ὀ μικρόν	70
𐤴	𐤵	𐤶	Ρ	Ρ	Ρ	Ρ	Ρ	ρ	Pê	πί	80
𐤹	𐤺	𐤻	Σ	Σ	Σ	Σ	Σ	σ	Sâdê	(σάν)	—
𐤾	𐤿	𐥀	Τ	Τ	Τ	Τ	Τ	τ	Kôf	κόππα	90
𐥁	𐥂	𐥃	Υ	Υ	Υ	Υ	Υ	υ	Rêš	ῥῶ	100
𐥄	𐥅	𐥆	Φ	Φ	Φ	Φ	Φ	φ	Šin	σίγμα	200
𐥇	𐥈	𐥉	Χ	Χ	Χ	Χ	Χ	χ	Tâw	ταῦ	300
𐥊	𐥋	𐥌	Ψ	Ψ	Ψ	Ψ	Ψ	ψ	—	ῥ ψιλόν	400
𐥏	𐥐	𐥑	Ω	Ω	Ω	Ω	Ω	ω	—	[κς]	—
𐥔	𐥕	𐥖	—	—	—	—	—	—	—	φῖ	500
𐥙	𐥚	𐥛	—	—	—	—	—	—	—	χῖ	600
𐥟	𐥠	𐥡	—	—	—	—	—	—	—	ψῖ	700
𐥣	𐥤	𐥥	—	—	—	—	—	—	—	ὦ μέγα	800
𐥨	𐥩	𐥪	—	—	—	—	—	—	—	σάμπι	900

Tabla comparativa de los alfabetos según Brandenstein. En el alfabeto semítico E, S y M se refieren a las inscripciones de Eliba, Samaria y Mesa

de las letras, pues, aunque aparezcan algunos casos de difícil explicación, hay una abrumadora mayoría de concordancias.

El nombre de las letras no tiene ninguna significación en griego; en cambio, la tenía en las lenguas semíticas, si bien sólo conocemos con seguridad el de algunas y suponemos el de otras: *aleph* «buey», *beth* «casa», *daleth* «tablero», *kaph* «palma de la mano», *mem* «agua», *pe* «boca», *resh* «cabeza», etc. El parecido formal, la ordenación y el valor numérico pueden observarse en la tabla de la página anterior.

Por ser comunes los sonidos que representaban, fueron incorporadas sin cambio alguno las diez siguientes consonantes: *beth* (*beta*), *gimel* (*gamma*), *daleth* (*delta*), *zayin* (*zeta*), *lameth* (*lamda*), *mem* (*mu*), *nun* (*nu*), *pe* (*pi*), *resh* (*ro*) y *tau* (*tau*).

*Teth* (*t* enfática y fuerte) se usó para *theta*, es decir, para un sonido próximo. *Kaf* y *kof* se convirtieron en *kappa* y *koppa* para representar el sonido *k*. Pero la última, que en las lenguas semíticas es faríngea, desapareció al cabo de cierto tiempo por no ser precisa, aunque conservó su valor numérico. Una suerte parecida le cupo a la *digamma*, llamada así porque su figura era como la de la *gamma*, pero con doble raya horizontal. Equivalía al *wau* y representaba el sonido *w*. Ni su forma ni su nombre guardan parecido; sin embargo, ocupaban ambas el mismo lugar, el sexto, en sus respectivos alfabetos.

El *samekh* se convirtió en *xi*, cambiando su sonido de *s* por el de *x*; el *sin* en *sigma*, cambiando igualmente su sonido de *š* en *s*. No tuvo fortuna, sin embargo, el *sadhe* (*s* enfática), que recibió el nombre de *san*, sólo se usó en dorio y careció de valor numérico. Como puede observarse, no hay correspondencia exacta ni de los nombres ni de los sonidos representados, ni de las formas derivadas. La explicación más plausible de este hecho quizá sea que, en una primera etapa, se produjeron confusiones, cruces y vacilaciones a causa de las distintas opciones para representar en griego el sonido *s*, frente a los tres fonemas de las lenguas semíticas.

Cinco consonantes sin sonido similar en griego fueron utilizadas para vocales: el *aleph* para *alfa* (*a*), *he* para *épsilon* (*ě* breve), *jeth* para *eta* (*ē* larga), *yodh* para *iota* (*i*) y *ayin* para *ómicron* (*o* al principio, más tarde *ō* breve). La *ýpsilon* se derivó de *wau*, como el *digamma*, pero en época posterior, puesto que en el orden alfabético y en el numérico ocupa el lugar siguiente a la *tau*. La conversión de *yodh* en *iota* y la de *wau* en *ýpsilon* se debieron de producir naturalmente, pues, como semiconsonantes, servían en las lenguas semíticas para señalar la vocalización *i* y *u* respectivamente. La de *he* en *ě* se explica porque la aspiración de la *h* era muy ligera. La *jeth* se empleó en ciertos alfabetos locales como *h*, pero como en algunos dialectos de Asia Menor la aspiración había desaparecido, se produjo en ellos de forma natural la

conversión en  $\bar{e}$  larga. Lo curioso es que cuando se unificó el alfabeto por influencia ateniense fue preciso buscar un signo nuevo para la aspiración y se inventó uno partiendo por la mitad la  $H$  ( $\vdash$ ), que después se simplificó formando el espíritu áspero ( $\prime$ ). El *aleph* y el *ayin* se emplearon para *a* y *o* respectivamente, porque eran las únicas consonantes que quedaban libres.

Tres signos consonánticos más y uno vocal se añadieron al alfabeto derivado del alifato semítico: *phi*, *ji*, *psi* y *omega* (este último para la  $\bar{o}$  larga), cuyas formas al parecer fueron libremente inventadas. No figuran en los alfabetos arcaicos y sus formas y usos, que no fueron uniformes en los distintos territorios, sirvieron a Kirchhoff para la clasificación de los alfabetos locales. Es más, durante cierto tiempo se emplearon dos signos para representar los sonidos de cada una de estas tres nuevas consonantes: la  $\psi$  se representó  $\pi\sigma$  y  $\phi\sigma$ , la  $\phi$  por  $\pi\eta$  (*ph*) y la  $\chi$  por  $\kappa\eta$ . Claro que también la  $\delta$  se representó  $\delta\eta$ . La *omega* fue inventada en Mileto, hacia el año 600.

El alfabeto griego quedó unificado finalmente en el siglo IV. Ello se debió a que tuvo general aceptación la decisión tomada en Atenas, durante el arcontado de Euclides (año 403), de que se utilizara para los textos legales el alfabeto jónico o de Mileto, en vez del local.

Desaparecidas la *digamma*, *koppa* y *san*, quedó el alfabeto griego con veinticuatro letras, de las cuales siete eran vocales. Los griegos llamaron al conjunto

de las letras  $\tau\acute{\alpha}$  γράμματα ο τὰ στοιχεῖα, que los romanos tradujeron, respectivamente, por *litterae* o *elementa*. La palabra «alfabeto», formada por los nombres de las dos primeras letras, no está documentada hasta el siglo IV d. C. en Pseudo-Tertuliano (*ex Graecorum alphabeto*) y Epifanio, obispo de Constancia o Salamina en Chipre (ἀλφάβητος). Parece que se había generalizado en tiempos de San Jerónimo, quien la emplea frecuentemente.

El alfabeto griego, como el semítico, ha tenido una larga descendencia. De él se derivan los alfabetos europeos, hoy extendidos por todo el mundo, así como otros usados en Anatolia y Egipto, que han caído en desuso. Un grupo, los alfabetos de Anatolia e itálicos, surgieron en una época primitiva; los del otro grupo nacieron en Europa oriental, Armenia y Egipto como consecuencia de la expansión del cristianismo griego.

Se denominan alfabetos epicóricos o locales ciertos alfabetos de Asia Menor que han sido utilizados para escribir dialectos griegos y otras lenguas habladas en esta península por frigios, pamfilios, carios, licios y lidios. De todos ellos, sólo se ha conservado un corto número de inscripciones (un promedio de un centenar en cada caso) labradas en piedra o en monedas, las más antiguas del siglo VIII a. C. y las más modernas de nuestra era.



vada en la actualidad en Zagreb. La estela de Perusa consta de unas cincuenta líneas y las láminas de plomo de Valterra contienen casi un centenar de palabras.

Las inscripciones más antiguas son abecedarios, es decir, alfabetos en los que las letras siguen un orden, que es el mismo de los alfabetos griego y semítico. Algunos, además, se completan con silbarios, donde las consonantes aparecen seguidas sucesivamente por cada una de las vocales.

El de Marsiliana comprende veintiuna consonantes y cinco vocales. Están representadas las veintidós letras del alfabeto semítico (incluso *samekh*, *sin* y *sadhe*) más las cuatro complementarias griegas  $\upsilon$ ,  $\phi$ ,  $\chi$  y  $\psi$ , aunque los valores de  $\chi$  y  $\psi$  son *x* y *kh* respectivamente.

La presencia de las letras complementarias indica la clara derivación del griego, y los valores de  $\chi$  y  $\psi$  que el modelo fue un alfabeto occidental. La permanencia de las tres silbantes semíticas, junto con la oscuridad de la historia etrusca, han dado nacimiento a diversas hipótesis sobre el momento y lugar en que los etruscos empezaron a usar el alfabeto. La creencia tradicional, no compartida por todos, es que les llegó a través de la colonia de Cumas, fundada a mediados del siglo VIII, cerca del lugar ocupado posteriormente por Nápoles.

El primitivo alfabeto etrusco evolucionó, primero, para adaptarse a la lengua y, al final, por influencia del latino. Se creó un signo en forma de  $\delta$  para la *f*,

desaparecieron la vocal *o*, que debía de confundirse con la *u*, y una serie de consonantes como  $\phi$ , *samekh* y *sadhe*, y  $\pi$  y *t*, porque el sonido de estas dos últimas en etrusco no se distinguía de los de  $\theta$  y  $\delta$ .

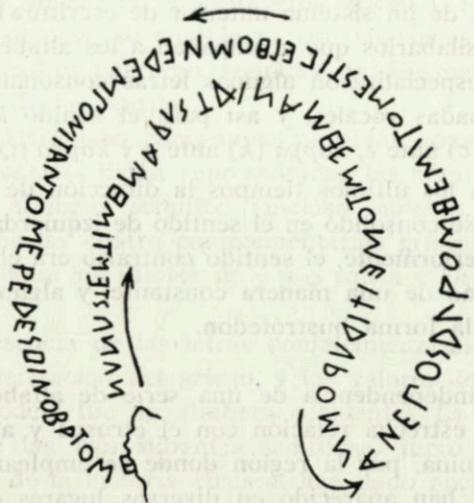
Se observa una reminiscencia del silabismo (recuerdo quizá de un sistema anterior de escritura) no sólo por los silbarios que acompañan a los alfabetos, sino porque especializaron algunas letras consonantes ante determinadas vocales, y así para el sonido *k* se usó *gamma* (*c*) ante *e*, *kappa* (*k*) ante *a* y *koppa* (*Q*) ante *u*.

Hasta los últimos tiempos la dirección de la escritura no se consolidó en el sentido de izquierda a derecha. Anteriormente, el sentido contrario era el general, aunque no de una manera constante, y algunas veces aparece la forma bustrófedon.

Con independencia de una serie de alfabetos que guardan estrecha relación con el etrusco y a los que se denomina, por la región donde se emplearon, nor-etruscos, han aparecido en diversos lugares de Italia inscripciones en otros alfabetos, también derivados del griego, que, al no tener importancia desde el punto de vista histórico para nuestro objeto, nos vamos a limitar a citar, sin entrar en su estructura y evolución. Éstos son el mesapiano (Apulia), el sículo (Sicilia), el piceno (Italia central), el osco (Campania) y el umbrio. Más adelante, al tratar del libro en Roma, nos ocuparemos del latino, que tiene actual pervivencia en Euro-

pa central y occidental, en América y en otros lugares a donde ha llegado la influencia europea.

Tampoco nos podemos detener, porque para ello habrá ocasión en su lugar oportuno, en la descripción



Escritura sícula del siglo v. Las flechas están para indicar la dirección de la escritura

de los alfabetos que el cristianismo griego, en su afán proselitista, impuso en algunos pueblos, sustituyendo sistemas de escritura paganos, como en Egipto (copto) o en Armenia y Georgia, donde los cristianos abandonaron la escritura pahlevi e introdujeron unos alfabetos de fuerte influencia griega.

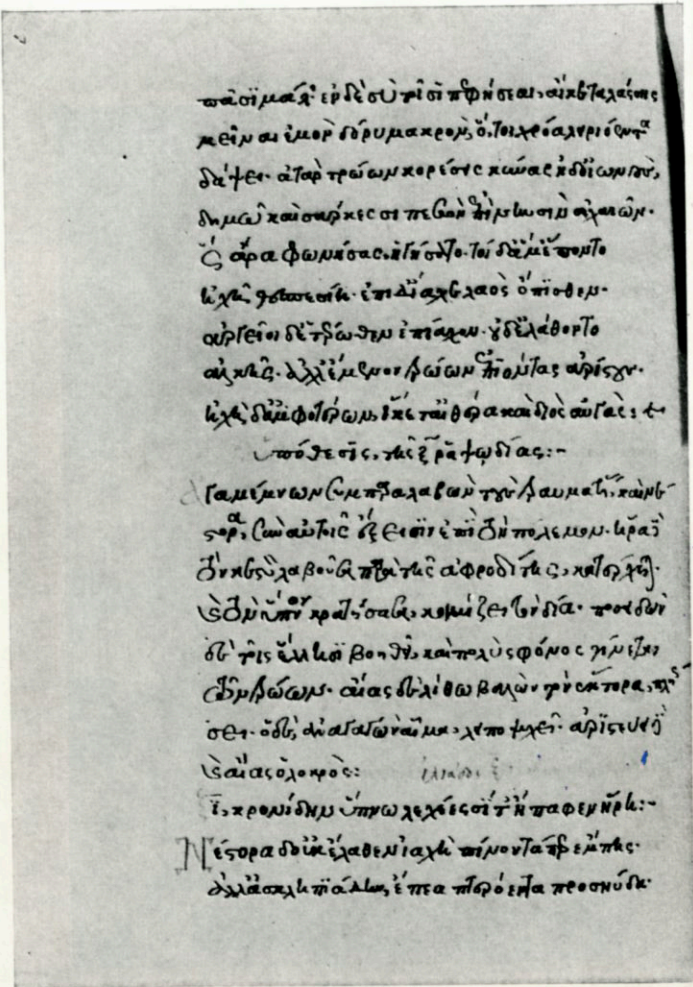


Ulises y las sirenas. Crátera de principios del siglo v

En Europa, el obispo Ulfilas (siglo IV) creó un alfabeto (gótico), basándose en el griego, para los germanos establecidos en la actual Bulgaria.

Los apóstoles de los eslavos, los hermanos Cirilo y Metodio, cristianizaron (siglo IX) a los habitantes de Moravia y Bulgaria. Según la tradición, el primero concibió un alfabeto, del que se conocen dos variantes, llamadas glagolítico y cirílico, con cuarenta y cuarenta y tres caracteres respectivamente. Este último fue mantenido por la iglesia ortodoxa (Rusia, Bulgaria y Serbia) a partir del cisma (siglo XI), mientras que el primero, usado por los eslavos partidarios de la Iglesia romana, fue desapareciendo sustituido por alfabetos derivados del latino. El alfabeto ruso actual es una simplificación del cirílico, hecha primero por orden de Pedro el Grande y después por los soviéticos.

Por su singularidad, siempre ha llamado la atención el hecho de que las dos formas más importantes de la escritura griega hayan sido las primitivas. Estas son, probablemente, de difícil comprensión que en los siglos I-II cuando el griego antiguo se había encontrado en un estado primitivo, como prescisan los monumentos de arte y las condiciones sociales, jurídicas y económicas que crearon los tipos tan peculiares y tan grandiosos. Hoy contamos con ediciones críticas como la de Wilamowitz-Moellendorf, que nos permiten seguir el camino de su evolución y comprender la labor crítica de un mayor conocimiento de la historia primitiva griega sin embargo, el estudio de los textos su



Manuscrito de la Iliada (siglo XV), número 4560 de la Biblioteca Nacional



### LOS POEMAS HOMÉRICOS

Los poemas homéricos, la *Iliada* y la *Odisea*, ocupan una posición liminar en el tiempo. Concebidos y desarrollados en los Siglos Oscuros, su conclusión y circulación suponen el inicio de la verdadera historia griega.

Por su singularidad, siempre ha llamado la atención el hecho de que las dos obras más importantes de la literatura griega hayan sido las primeras. Resultaba sorprendente y de difícil comprensión que en los Siglos Oscuros, cuando el genio griego se debía de encontrar en un estado primitivo, como parecían demostrarlo el arte y las condiciones sociales, surgiera un genio artístico capaz de crear dos obras tan perfectas y tan grandiosas.

Hoy contamos con explicaciones lógicas como resultado de una profunda y continuada labor crítica y de un mejor conocimiento de la historia primitiva griega. Sin embargo, la oscuridad que rodea su naci-

miento no ha sido aclarada del todo y aún se mantienen numerosos interrogantes.

La cuestión homérica, nombre dado a las polémicas suscitadas alrededor de este tema, aún sigue viva, si bien se ha impuesto un punto de vista ecléctico sobre las posiciones extremas que la caracterizaron en el siglo XIX y principios del XX. La cuestión se refiere a la existencia de un poeta llamado Homero, a su intervención en la creación de los poemas a él atribuidos desde la Antigüedad y fundamentalmente a la propia génesis de éstos.

Los antiguos no dudaron de la existencia real de Homero, ni de su autoría sobre los poemas, aunque hubo quienes, los llamados *corizontes* (separadores), estimaron que fueron dos personas distintas los autores de la *Iliada* y de la *Odisea*.

No hay ningún dato histórico fehaciente sobre Homero. Sus biografías tienen un claro tinte legendario y son tardías. Varias ciudades se atribuyeron el honor de ser su patria, desde Esmirna, Quíos e Ios, hasta Atenas. La opinión más generalizada hoy es que debió de nacer y vivir en la Jonia asiática, y que probablemente viajó por gran parte del mundo griego y por las cortes de Asia Menor.

Todo parece indicar que fue un aedo, como Demócoco y Femio, descritos en la *Odisea*, recitador de cantos alabando las hazañas de los héroes, κλέα ἀνδρῶν. Pero, aunque la tradición insiste en ello, no hay nin-

guna seguridad de que fuera ciego. Como hemos indicado antes, la unión de la ceguera y de la música, el cantor ciego, tiene antecedentes prehistóricos. En cambio, parece contradecir la ceguera la hipótesis, con bastantes visos de certeza, de que Homero escribió materialmente sus poemas, aprovechando el recientemente descubierto alfabeto.

Supuesta la existencia de un autor, no tenemos derecho, como dice Adrados (pág. 82), a poner en duda el nombre de Homero, sustituyendo éste por el de un poeta anónimo. Según Heródoto, Homero vivió a mediados del siglo IX, fecha que se retrasa hoy aproximadamente un siglo, considerándose que los poemas fueron compuestos en la segunda mitad del VIII, al menos tres generaciones después, un siglo, del descubrimiento del alfabeto, cuando habían desaparecido los últimos escribas del silabario micénico, sistema que tuvo que caer rápidamente en el olvido por razones obvias.

La crítica moderna arranca del discurso del abate François Hédelin d'Aubignac (*Conjectures académiques ou dissertation sur l'Illiade*, escrito en 1664, pero publicado en París en 1715), que negó la existencia de Homero y consideró los poemas como resultado de refundiciones hechas por Licurgo y Pisístrato. Más repercusión tuvo la obra del alemán Friedrich August Wolf (*Prolegomena ad Homerum*, Halle, 1795) para la llamada crítica analítica que niega la unidad de las dos obras por las contradicciones (lingüísticas, estilísticas

y arqueológicas) y por los que se consideran defectos de composición.

Los analistas estimaban que los dos poemas son el resultado de una evolución, basada en ampliaciones e interpolaciones sobre un núcleo primitivo (Hermann, Murray, etc.), o de la reunión de cantos sueltos (K. Lachmann), o de compilaciones de composiciones poéticas diversas (Wilamowitz). Pero los argumentos de la escuela unitaria, formada por los que defendían la idea de un solo autor, han ido imponiéndose a lo largo del siglo XX, al tiempo que se aclaraban y explicaban las supuestas contradicciones y los considerados defectos. El representante más eximio es el alemán Wolfgang Schadewaldt.

Una aportación considerable sobre la génesis de los poemas se debe al americano Milman Parry, la composición oral, que descubrió y estudió en la épica oral viva en Yugoslavia, y la aplicó a la poesía homérica. La idea fue ampliada por Maurice Bowra sobre la épica de numerosos países.

El cantor, en cada una de sus intervenciones, improvisa o recrea su canto mediante un material argumental y expositivo que domina. Va narrando en versos sueltos una leyenda o un hecho conocido por él, empleando con frecuencia y a su conveniencia epítetos y frases hechas, llamadas fórmulas, que unas veces se reducen a unas pocas palabras y otras a un verso entero o a varios. Por otra parte, estructura el relato sobre una serie de escenas típicas, tales como asam-

bleas, enumeración de las tropas, descripción de las armas, discursos, muerte del héroe, funerales, etc.

Lo que se trasmite de maestro a discípulo no son obras concretas, independientes de su creador una vez creadas, como lo son las escritas, sino elementos para recrearlas. Éstas pueden resultar, en cada ocasión, más o menos largas, pueden demorarse en determinados pasajes o pasar rápidamente sobre ellos, según el talante del cantor o del auditorio en ese momento, y pueden tener más o menos episodios.

Así debió de ser la primitiva épica griega, que, arrancando de los tiempos micénicos, perduró varias centurias, hasta que un poeta genial, Homero, conocedor de esta materia poética preelaborada, concibió y escribió la *Iliada* y la *Odisea*.

A la luz de esta teoría, admitida hoy con consenso casi unánime, se explica perfectamente la semejanza de sus escenas típicas con las que aparecen en la épica de otros pueblos. El lenguaje artificial, que no pertenece totalmente a ningún dialecto concreto ni a ninguna época determinada, y los elementos culturales diversos que corresponden a distintos períodos, se comprenden porque la dicción formular acopió a lo largo del tiempo elementos de diferentes regiones y culturas históricas.

No ha resultado difícil a los filólogos encontrar en la lengua rasgos micénicos, identificados como consecuencia del desciframiento de la lineal B. Los eolismos parecen constituir la fase intermedia, y la gran can-

tividad de jonismos, la última, pues las fórmulas se fueron cambiando, modernizando, cuando lo permitía la medida del verso.

Esta larga pervivencia, sujeta a actualizaciones, aclara ciertos anacronismos, como la mención del hierro en la época del bronce o la incineración de cadáveres, costumbre posterior a la inhumación que se practicaba en los tiempos micénicos, o la mención de cuadrigas al lado de las bigas que usaron los combatientes de Troya.

Aunque hay veinticinco mil frases formularias repetidas dentro de los veintiocho mil versos que suman ambos poemas, y aunque un veinte por ciento de éstos están repetidos, no se le puede negar al autor ni la originalidad ni el genio artístico. Con unos materiales mostrencos creó dos obras tan acabadas y de tal calidad, que se conservaron, al parecer con pocas modificaciones y, desde luego, no sustanciales, durante varios siglos de transmisión oral, acabando con la figura del aedo improvisador para dar lugar a la del rapsodo, recitador de un texto fijo.

Admitiendo el empleo de una serie de elementos existentes, cuyo número y grado de aprovechamiento será difícil de establecer con cierta precisión, justifican la personalidad creadora razones estilísticas, como la elaboración de expresiones afortunadas, entre las que destacan las metáforas con alusiones al mundo vivido por el autor, o simplemente la utilización de las fórmulas más apropiadas a cada momento. Lo mismo

se puede decir de la fijación de los caracteres, algunos de los cuales son descritos con un amor y con una comprensión que revelan delectación personal, delectación que se descubre también en determinadas escenas, como la muerte del perro Argos al reconocer a Ulises (*Odisea*, XVI), o las efusiones de Héctor con su hijo (*Iliada*, VI) antes de marchar al combate.

Pero la prueba más convincente de que son obras de un autor y no un anónimo conglomerado, es que su estructura responde a una concepción artística unitaria. Sobre una línea argumental breve, las terribles consecuencias de la cólera de Aquiles y su comportamiento humano al cesar la misma, en un caso, y la vuelta de Ulises al hogar, después de una larga ausencia, y su venganza de los poco respetuosos pretendientes, en el otro, se intercalan en ambos casos otras acciones, que en la *Iliada* sirven para destacar las hazañas de unos héroes míticos y reflejar una brillante sociedad guerrera y aristocrática ya desaparecida, y en la *Odisea*, una serie de aventuras maríneas y narraciones exóticas. Son cuadros complejos de motivos distintos hábilmente engarzados, con referencias internas a lo pasado y a lo que ha de suceder, en los que la dinámica de la acción unas veces se remansa y otras adquiere viveza e intensidad con una consciente intención artística.

Aquiles, en una escena violenta, se irrita con Agamenón, rey de Micenas y caudillo de los griegos, por haberle quitado una cautiva querida, Briseida, y se

retira de la lucha. Ésta se torna desfavorable a los griegos por decisión de Zeus, y Agamenón, arrepentido y a petición de sus compañeros, envía una embajada para darle satisfacciones y pedirle que deponga su enfado. Aquiles rechaza el ofrecimiento, si bien más adelante, y atendiendo a los ruegos de su amigo Patroclo, le autoriza para que tome parte en el combate y le ofrece sus propias armas. Muerto Patroclo, Aquiles se reconcilia con los griegos y traslada su rencor contra Héctor, que mató a su amigo. Con unas maravillosas armas hechas por Hefesto, le da muerte, a su vez, y no satisfecho aún, arrastra su cadáver, enganchado al carro de guerra, alrededor del túmulo que había elevado para los funerales de Patroclo, en cuyo honor organizó, además, unos juegos atléticos. Finalmente, conmovido por los ruegos de Príamo, le devuelve el cuerpo de su hijo para que puedan honrarlo y llorarlo en Troya.

La trama no es tan simple como parece indicar este escueto resumen. La acción principal se interrumpe por las actividades de los dioses en el Olimpo y en el propio campo de batalla, y por las hazañas de griegos como Menelao, Diomedes, Ajax e Idomeneo, y troyanos como Héctor, sus hermanos y Eneas, o la prudente intervención de hombres como Ulises, Néstor o Fénix, en el campo griego, o la del respetable rey de Troya, Príamo, así como las mujeres de su palacio, Andrómaca y Hécuba, mujer y madre de Héctor respectivamente, o las de la propia Helena, que pagó por

su belleza el alto precio de desencadenar una guerra tan cruel y tan larga.

Como vemos, la *Iliada* no es una historia de la Guerra de Troya ni tampoco una biografía de Aquiles. Ni se describe la conquista de la ciudad ni la muerte del héroe. Es sencillamente un episodio corto de la misma que se desarrolla en un breve espacio de tiempo. Sirve, y esto es una nueva prueba de la voluntad creadora del autor, para describir la grandeza y limitaciones de los hombres, arrastrados por sus pasiones y sometidos al destino fijado por los dioses, por lo que resultan tipos míticos, o literarios como diríamos con expresión actual, más que personas de la vida normal.

La *Odisea* se inicia con la decisión de los dioses de la vuelta de Ulises, para seguir con la descripción de Ítaca y la salida de Telémaco buscando noticias de su padre. Ulises abandona a la enamorada Calipso, naufraga y llega, agarrado a un madero, al país de los feacios, donde su rey, Alcínoo, le acoge y organiza un banquete en su honor. La intervención del aedo Demócoco obliga a Ulises a descubrir su personalidad y a continuación narra sus aventuras anteriores con el ciclope Polifemo, con los lastrigones, con la hechicera Circe y en los Infiernos. Navega de nuevo venciendo la traidora atracción de las sirenas, naufraga otra vez por haber comido sus compañeros las vacas de Helios y llega a la isla donde mora Calipso, después de pasar milagrosamente entre Escila y Caribdis. Llevado a

Ítaca por los feacios, encuentra a su fiel porquerizo Eumeo y luego a Telémaco, que ha vuelto y al que se descubre. Deciden acabar con los pretendientes, que no han dejado de importunar a la fiel Penélope pidiéndole que se case con uno de ellos, decisión que ella hábilmente ha venido demorando. En un banquete, Ulises y Telémaco matan a todos y Ulises se da a conocer a su mujer. Tras una visita a su padre, vence a los partidarios de los pretendientes que se habían unido contra él.

Dos fondos distintos, como puede apreciarse, aparecen en la *Odisea*: el mar, misterioso y exótico, y las cortes de Ulises y Alcínoo, así como las de Menelao y Néstor, a las que acude Telémaco.

El primero está lleno de fantasías, cuya concreción literaria puede remontarse al II milenio, en el que se generalizó la navegación marítima. Su origen y especialmente su difusión no deben adscribirse a ningún pueblo en concreto y sí, en cambio, a los atrevidos navegantes que debían de gustar de oírlos y transmitirlos. En cambio, la forma de vida en las citadas cortes plantea el problema de si corresponde a la micénica o sencillamente a la de los Siglos Oscuros.

La concentración espacial y temporal del tema de la *Iliada* frente a la dispersión de los temas de la *Odisea*, con escenarios distintos y con una larga duración, así como claras diferencias estilísticas, llevó en la Antigüedad a los *corizontes* a pensar en dos autores. La creencia ha resucitado en nuestros días y ha encon-

trado defensores. No obstante, cabe la posibilidad, como algunos investigadores han apuntado, de que entre la composición de una y otra obra mediara bastante tiempo, siendo la *Odisea* producto de la edad madura de Homero. Además, si se quiere, puede haber otra razón a favor de la autoría única, la improbable casualidad, basada en la economía de la naturaleza, de que nacieran y se desarrollaran en la misma época dos genios similares.

### SUPERVIVENCIA DE LOS POEMAS HOMÉRICOS

Veintisiete siglos, desde que fueron compuestos hasta hoy, se han mantenido ininterrumpidamente vivos los poemas homéricos, admirando, por su contenido y belleza, a los hombres, que han tenido conocimiento de ellos a través de todas las formas materiales que el libro ha presentado en este largo período: transmisión oral, al principio, rollo de papiro, después, códice medieval en pergamino primero y en papel más tarde, para terminar en el libro impreso ya en el propio siglo xv.

Durante una primera fase no circularon como libros escritos y su transmisión al público fue oral, gracias a los rapsodos, que, siguiendo la vieja tradición de los aedos micénicos, recorrían las ciudades recitándolos en solemnidades públicas. Había pocos ejemplares, que debían de estar en posesión de los rapsodos, como los homéridas de Quíos, a quienes la tradición relaciona con Homero, y de ahí su nombre. Pero a medida que

fueron considerados como obra excelsa y patrimonio de la cultura común de todos los griegos, algunas ciudades, como Atenas y Esparta, se preocuparon por poseer un ejemplar del texto escrito, depositado en un lugar público.

Plutarco, en su vida de Licurgo, dice que éste descubrió en Asia los poemas de Homero, guardados por los descendientes de Creófilo, y, admirando en ellos mucha política y doctrina, los copió con ansia y los recogió para traerlos consigo a Esparta; pues, aunque había entre los griegos cierta fama oscura de ellos, eran pocas las personas que tenían algún trozo suelto, conseguido casualmente. Por ello, añade, puede considerarse a Licurgo como el primero que los dio a conocer.

En el diálogo pseudoplatónico *Hiparco* (228 b) se pone en boca de Sócrates que Hiparco, el mayor de los hijos de Pisístrato, fue el primero en hacer traer a Atenas las obras de Homero y obligó a los rapsodos a que las recitaran en las Panateneas, continuando cada uno su recitación en el lugar donde la acabó el anterior, como todavía seguía haciéndose en su tiempo. Sabemos por un discurso del orador Licurgo (*Contra Leócrates*, 102) que la costumbre no se había perdido en la segunda mitad del siglo IV a. C.

Por cierto que la intervención pisistrática, reducida, al parecer, a la consecución de un ejemplar correcto para que reinara orden en el recitado, fue desorbitada posteriormente, hasta el extremo de que Cicerón (*De*

*Oratore*, III, 137) dijo de Pisístrato *qui primus Homeri libros confusos antea, sic disposuisse dicitur, ut nunc habemus* («se dice que fue el primero que ordenó los libros de Homero, anteriormente dispersos, como ahora los tenemos») y Flavio Josefo (*Contra Apión*, I, 2, 12) en el siglo I d. C. afirmó que Homero no dejó nada escrito y que sus poemas fueron compilados después.

Estas afirmaciones, así como otra de Diógenes Laercio (I, 57), atribuyendo una redacción escrita de los poemas a Solón, fueron utilizadas por algunos críticos europeos para negar la autoría de Homero, basándose, además, en la abundancia de aticismos en los textos homéricos llegados a nosotros y en la probable inclusión, por motivos políticos, de algunos versos (546-558 de *Iliada*, II, *Catálogo de las naves*) hecha por Solón o Pisístrato para destacar la presencia ateniense en la Guerra de Troya y reivindicar sus derechos sobre Salamina en contra de Mégara, y en honor de Teseo (*Odisea*, XI, 630).

El ejemplo de Atenas y Esparta lo debieron de seguir otras ciudades, e incluso, más adelante, personas privadas, lectores y comentaristas del poeta, o simples maestros para la enseñanza de sus alumnos.

De verdadera importancia para la fijación del texto fue el trabajo filológico realizado en la Biblioteca de Alejandría, especialmente por Zenódoto de Éfeso, Aristófanes de Bizancio y Aristarco, quienes dispusieron de textos diferentes, adquiridos o copiados, que per-

tenećian a ciudades o a personas ilustres, y que pretendían ser copias correctas.

Esta labor filológica se continuó durante el Imperio romano y fue recogida, en la Edad Media, por los eruditos bizantinos, a través de los cuales pasó a la Europa occidental en el Renacimiento. Se conservó en forma de escolios, notas marginales en las que constaban las opiniones de los grandes filólogos de la Antigüedad sobre palabras o versos dudosos. A veces, entre las notas marginales y el texto, aparecen en los manuscritos otra serie de escolios, intermarginales, e incluso entre las líneas del texto, interlineales.

De los manuscritos conservados de la *Iliada*, cerca de las dos centenas, destacan por el valor de los escolios el *Venetus* 454 (A), del siglo X, que perteneció al cardenal Besarión; el *Venetus* 453 (B), conservados ambos en la Biblioteca Marciana, y el *Townleyanus* del Museo Británico, los dos últimos del siglo XI. De la *Odisea* se conservan la mitad, menos de una centena de manuscritos, entre los que hay que citar, aunque no son los más antiguos, dos del siglo XIII, el *Venetus* 613 (M) y el *Harleianus* 5674.

La primera edición impresa la realizó Demetrio Calcóndilas en la imprenta de los Nerli (Florencia, 1488). Es dieciséis años anterior a la edición aldina de 1514. Desde entonces han aparecido bastantes, siendo las más estimadas en estos momentos la *Iliada* preparada por D. B. Monro y Th. W. Allen (Bibl. Oxo-

ΙΛΙΑΔΟΣ Υ ΟΜΗΡΟΥ ΡΑ ΨΕΥΔΙΑΣ.

Υ μακαροῦ ἱερέως ὄντος φησὶ βιβλίον κειρτὸς ἀχαιοῖς.

εὐ μὲν παρὰ ρωσὶ κοροῖ  
στὶ βαρβαροῦτο  
ἀμφὶ σὶ πάλιος ἢ μάχος  
ἀκόρητοι ἀχαιοῖ·  
τρεις δ' αὖθ' ἰτιροσθη ἰσὶ  
βρομὰ πιδ' ἴσιο·  
ζῆς δ' ἰθίμιοι κίλασι θίονε  
ἀφορῶδι καλίονα  
Κρατὶς ἀνὸν λυμνοιοπο  
λυπύχου· κἀρα παίτη

φοιτῶσα κίλασι δῖος πρὸς δ' ἄμα ρηάδα·  
ἢ τί τίς ὄω ποταμῶν ἠὲ ἰσὶ ροφικηροιο·  
ἢ παρὰ ρημφῶν ταύτα λίστα καλὰ ρημοῖται  
Καὶ πηγάς ποταμῶν καὶ πῶστα τρῖοσητα·  
ἐλθόντες δ' εὖ δ' ἄμα δῖος ρηφικηρίταο  
ξίφης ἀνὸν σπη ἰφί ζαροῦ, ἀς δαῖι παρὶ  
ἄφρατος τρῖοση ἰδ' ἴσοι παρὰ τῶν ἰσῶν·  
εὐ μὲν δῖος ἠδ' ὄν ἀπῆρα τ' ὄν λῆσσι ἴσῶν·  
ρηκ ὄσσοι βίαις· ἀλλ' ἔλαος ἐλθε μετὰ τῶν·  
ἴσ' ἀρ' ἠμῖοισι δῖος δ' ἔξῆρτο βουλίω·  
Τὶ π' αὖ ἀργικίρωσι βίαις ἀφορῶδι κίλασι τας·  
ἢ τί τῶν τρῖοση καὶ ἀχαιοῖν μ' ἠρηρίζεις·  
τῶν γὰρ ῥῶ ἀργισα μάχος πάλι μὲν εἰ δ' ἰδ' εἰ·  
Τὸ γὰρ ἄμα μῖοσσοι τρῖοση ρηφικηρίτα ζῆς·  
ἠρασι ἰσσοί γὰρ ἰμῶν ἰσ' ἰσθῖσι βουλίω  
ὄν ἠρασι ἰσσοί γὰρ κίλασι ἰσσοί ὄν λυμνοιοσῶ·  
ἀλλ' ἴσοι μὲν ἰσ' ἠμῖοισι πῶσσι ὄν λυμνοιο  
ἠμῖος ἠδ' ὄν ἰσσοί φηρα τῖροσσοι· οἱ δ' ἰθ' ἠσοι  
ἠρχῖοσσοί γὰρ ἰσσοί μῖοσσοι ἀχαιοῖς·  
ἠμφοτῖροισι δ' ἠρῶσσοί ὄν ἠσοί ἠρῶσσοι  
ἠρῶσσοι ἀχίλλειος οἰοσσοί τρῖοσσοι μαχῖοσσοι  
ὄν δ' ἠμῖοισι ἠρῶσσοι τρῖοσσοι ἀχίλλειος·  
Καὶ δ' ἠμῖοισι καὶ τρῖοσσοι ἠρῶσσοι ἠρῶσσοι  
ῥῶσσοί τῖοσσοι καὶ ἠμῖοισι τρῖοσσοι ἠρῶσσοι  
δ' ἠρῶσσοι καὶ ἠρῶσσοι ἠρῶσσοι ἠρῶσσοι  
ἠρῶσσοι ἠρῶσσοι ἠρῶσσοι ἠρῶσσοι ἠρῶσσοι

Primera edición impresa de Homero, hecha en Florencia en 1488





Doble flauta. Crátera del siglo v

niensis, 3.<sup>a</sup> ed., 2 vols., Oxford, 1920), así como la edición bilingüe de P. Mazon (Col. Budé, 4 vols., París, 1947-1949) y la *Ilias Atheniensium* de G. M. Bolling (Urbana, 1952). Por lo que se refiere a la *Odisea*, destacan la de Th. W. Allen (Bibl. Oxoniensis, 2.<sup>a</sup> ed., 2 vols., Oxford, 1917-1919) y la bilingüe de V. Bérard (Col. Budé, 4.<sup>a</sup> ed., 3 vols., París, 1947). La traducción española más apreciada es la de Luis Segalá Estalella, cuya última edición ha sido publicada en Clásicos Bruguera en 1972 (*Iliada*) y 1973 (*Odisea*). También ha sido alabada la de Daniel Ruiz Bueno (Bibl. Clásica Hernando, 3 vols., Madrid, 1956), en prosa rítmica y de lectura poco grata.

Pocos libros han ejercido tanta influencia en la formación de los hombres como la *Iliada* y la *Odisea*, y, desde luego, ninguno la tuvo similar en la Antigüedad Clásica, especialmente en el mundo helenístico.

Las recitaciones de los poemas durante la Edad Arcaica en las fiestas públicas sirvieron para acentuar la unidad entre los helenos por encima de la fragmentación en múltiples y pequeños estados rabiosamente independientes.

Inculcaron o acentuaron determinados valores esenciales, que fueron característicos del hombre griego, al que se terminó por definir, como es sabido, por la educación que poseía más que por el nacimiento.

Estos valores se desprendían del comportamiento de los héroes, de la ética homérica, cuyo máximo valor

era la *areté*, ἀρετή, excelencia humana propia de la nobleza. Es un concepto de difícil traducción por ser característico de una cultura muy distinta de la nuestra. Significa, además de la valentía y el orgullo, la capacidad de recto juicio e incluso el don de la poesía.

A pesar de ser la vida grata y triste el destino de los muertos, como lo reconoce el propio Aquiles cuando Ulises le visita en los Infiernos (*Odisea*, XI), el hombre debe sacrificarse y morir heroicamente por un compromiso moral, por su honor. Esto le deparará la admiración y el reconocimiento de los demás hombres, la mejor recompensa a que un humano puede aspirar. «Ser siempre el mejor y mantenerse superior a los demás», como recomendaban Néstor e Hipóloto (*Iliada*, XI, 784 y VI, 208) era la norma que movía a los hombres en las batallas o en las competiciones ya fueran deportivas, musicales o poéticas. Es la moral agonística que convierte a la rivalidad en un impulso poderoso configurador del comportamiento.

Pero frente a los valientes guerreros de Troya y especialmente a la figura de Aquiles, al que el sentimiento del honor le lleva con decisión, aunque con tristeza, a una muerte consciente, Ulises es el prototipo del hombre que con ingenio y tesón, con valor y argucias, consigue salir victorioso. Parece representar el aporte de la sabiduría oriental, las enseñanzas morales para el triunfo en la vida de egipcios y mesopotámicos, que entraron a formar parte de la cultura helénica.

Hubo, claro está, personas que se rebelaron contra ciertos aspectos morales de los poemas (mentiras de Ulises, costumbres deshonestas y lascivas de los dioses, etc.), pero era tan importante el lado positivo, que se trató de superar los defectos encontrados por una moral posterior, dando a la narración una interpretación alegórica, iniciada, al parecer, por Teágenes de Regio (siglo VI a. C.). Éste explicaba las luchas de los dioses, por ejemplo, como símbolo del conflicto entre los elementos de la naturaleza: fuego (Apolo), agua (Poseidón), aire (Hera), etc.

No hace falta recurrir a la autoridad de Platón cuando afirma (*República*, X, 606 e y *Protágoras*, 339 a) que Homero fue el educador de Grecia (τὴν Ἑλλάδα πεπαίδευκεν), pues sobran testimonios de la importancia que se concedió a sus obras en las escuelas. Desde que éstas existieron, los poemas fueron textos obligatorios, mucho más la *Iliada* que la *Odisea*, como lo indica el número de fragmentos de una y otra que aparecen en los papiros encontrados en Egipto, aproximadamente el doble de la primera.

Se utilizaron para los ejercicios de escritura, de lectura y de recitación de los jóvenes alumnos, algunos de los cuales llegaron a aprenderse de memoria los poemas completos y la mayoría numerosos pasajes, que después citaban a lo largo de su vida en conversaciones o discursos, o transcribían en sus escritos.

Esta costumbre se introdujo en el siglo III a. C. en Roma, cuya clase directiva recibió formación bilingüe, y así Horacio recordaba sus años de escolar:

*Romae nutrir mihi contigit atque doceri  
iratus Graiis quantum nocuisset Achilles.*

(En Roma, siendo niño, aprendí cuánto daño había causado a los griegos la cólera de Aquiles.)

En el mencionado siglo III se hizo una versión latina de la *Odisea*, debida a Livio Andrónico, quien, hecho prisionero en la toma de Tarento, fue profesor de los hijos de un tal Livio y, después de ser manumitido, fundó una escuela donde explicaba los textos griegos a los nobles romanos, al tiempo que leía su traducción.

La literatura romana está llena de citas o recuerdos homéricos y su gran poema épico, la *Eneida*, puede ser el exponente máximo de la influencia de Homero en las letras latinas, como las apreciaciones de Quintiliano son ejemplo de máxima autoridad sobre su valor educativo en tiempos del Imperio.

Este valor de los poemas, basado en su ética pagana, desaparece con el triunfo del cristianismo. Para San Agustín, y la cita es representativa, no constituían un grato recuerdo ni el estudio, en su juventud, del griego, ni la poesía homérica.

Sin embargo, en Bizancio, durante el milenio de su existencia, junto al cultivo de la nueva literatura cris-

tiana, se mantuvo vivo el estudio de la griega clásica y de los poemas homéricos, estimada como un valioso patrimonio nacional, aunque, naturalmente, con fines filológicos.

En la Europa occidental se perdió el conocimiento de la lengua griega durante la Edad Media al desaparecer de los programas de estudio, y prácticamente sólo se conocieron de los poemas homéricos una versión latina abreviada de la *Iliada* y dos novelas de tema homérico, también en versión latina, que tuvieron, por otra parte, gran difusión: las del cretense Dictis y del frigio Dares sobre la Guerra de Troya, de las que se derivó otra muy popular, el *Roman de Troie*.

Hasta el siglo XIV no se volvió a estudiar en Italia la lengua griega, y ello se debió a los emigrantes bizantinos que saciaron el impaciente deseo de los humanistas por entenderla. Dante no pudo leer a Homero, si bien le llamó poeta soberano, y Petrarca sólo tuvo unas ligeras nociones, que no le bastaron para comprender el manuscrito de los poemas que recibió como obsequio entre delirios de alegría.

En el siglo XV se acentúa la búsqueda de manuscritos griegos traídos por los emigrantes de Bizancio, comprados por viajeros o simplemente copiados a causa del interés que despertaba su posesión en los ambientes cultos.

Aunque ya no ocupan los poemas homéricos un primer puesto indiscutible, pues los humanistas italianos, más atraídos por Roma que por Grecia, les con-

sideraron inferiores a la *Eneida*, Homero queda incorporado a la literatura occidental, se traduce, primero al latín, luego a las lenguas vernáculas, y sus temas sirven de inspiración a numerosas obras literarias.

Es mucho el tiempo transcurrido desde la aparición de los poemas y desde la muerte del mundo clásico. Los sentimientos y las preocupaciones de los hombres modernos son muy diferentes de las de los antiguos griegos y romanos. Pero no ha desaparecido en el hombre de nuestros días la curiosidad por el mundo homérico, y los poemas siguen apareciendo en ediciones populares en el siglo xx y se mantienen en los catálogos comerciales.

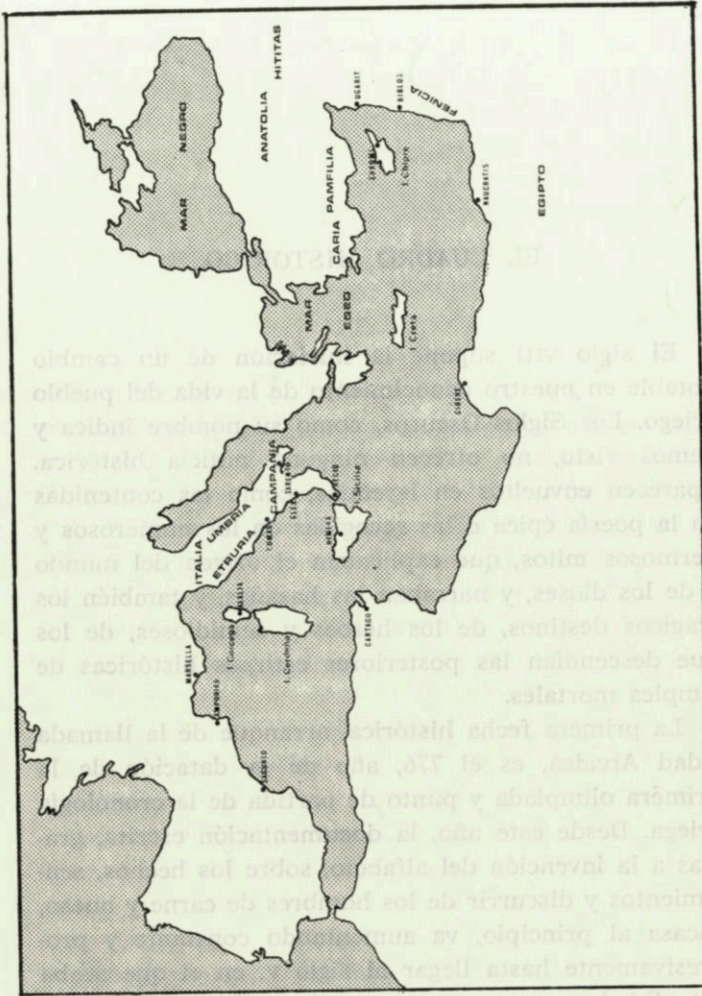
Esta pervivencia se debe principalmente a que su estudio en la universidad y en los medios académicos se conserva todavía, si cabe, con tanta o más fuerza que en los tiempos antiguos o en los momentos más brillantes de la erudición bizantina. Entre profesores y eruditos, entre personas cultas y escritores abundan en nuestros días —quizá su número sea mayor que en la propia Antigüedad— los que son capaces de comprender la grandeza de los poemas y de deleitarse con la lectura de dos de las pocas obras eternas que ha creado el genio artístico del hombre.

## LA EDAD ARCAICA

## EL CUADRO HISTÓRICO

El siglo VIII supone la iniciación de un cambio notable en nuestro conocimiento de la vida del pueblo griego. Los Siglos Oscuros, como su nombre indica y hemos visto, no ofrecen ninguna noticia histórica. Aparecen envueltos en leyendas, como las contenidas en la poesía épica o las recogidas en los numerosos y hermosos mitos, que explicaban el origen del mundo y de los dioses, y narraban las hazañas, y también los trágicos destinos, de los héroes y semidioses, de los que descendían las posteriores estirpes históricas de simples mortales.

La primera fecha histórica, arranque de la llamada Edad Arcaica, es el 776, año de la datación de la primera olimpiada y punto de partida de la cronología griega. Desde este año, la documentación escrita, gracias a la invención del alfabeto, sobre los hechos, sentimientos y discurrir de los hombres de carne y hueso, escasa al principio, va aumentando constante y progresivamente hasta llegar al siglo V, en el que acaba esta Edad.



El Mediterráneo griego

Un acontecimiento muy importante, un nuevo paso hacia el carácter expansivo de la cultura griega, que no va a permanecer encerrada en la península ni en las costas del Egeo, es la gran emigración que se produce desde mediados del siglo VIII y que se dirige por el oeste a Sicilia y al sur de la península italiana, donde los emigrantes constituyen unas colonias a las que por su gran desarrollo y riqueza se les dio el nombre de Magna Grecia, para alargarse después al sur de Francia y a la costa mediterránea española. Por el norte del Egeo, los emigrantes siembran de colonias toda la costa del Mar Negro, y al sur se establecen en Egipto (Naucratis) y Libia (Cirene).

Los colonos, al fijarse en las nuevas tierras, forman en unos casos estados independientes, aunque, en general, conservan sentimientos afectivos hacia la metrópoli, de la que han partido y con la que mantienen buenas relaciones. En otros, crean simples *emporios* o mercados para traficar con los indígenas. Pero el resultado final es la aparición de unidades políticas plenamente griegas en numerosos puntos, alejados del viejo solar, que influyen económica y culturalmente en la población que les rodea, y que permiten a los viajeros griegos ir desde el Asia Menor a la Península Ibérica y desde la costa norte del Mar Negro a Egipto y Libia sin salir de su mundo y conociendo gentes de culturas diversas.

Esta dispersión geográfica afianzó, en vez de destruir o debilitar, el sentimiento de unidad cultural del

pueblo griego frente a los otros pueblos, los bárbaros, y por encima de la división política de la *polis* o ciudad-estado, cuya constitución es otro acontecimiento importante de esta Edad Arcaica.

Nace la *polis* como consecuencia de la agrupación de la dispersa población rural de una pequeña comarca, alrededor de un lugar fortificado o de fácil defensa, la *acrópolis*, que tiene a su pie el mercado o plaza de reunión. Con el tiempo, aunque no en todos los casos, este núcleo primero se convirtió en una gran ciudad.

Llegaron a ser más de doscientas unidades políticas independientes, cuya extensión en general se redujo a unos cientos de kilómetros cuadrados y cuyos habitantes no pasaban de unas pocas decenas de millar, en fin, algo similar en extensión y demografía a lo que son los grandes municipios rurales de algunas regiones españolas.

Es difícil explicar esta fragmentación política del pueblo griego, así como el gusto que mostraron por vivir en entidades reducidas y la ausencia de un afán anexionista o imperial. Quizá se debió, en un primer momento, a exigencias geográficas surgidas del terreno montañoso que formaba pequeños valles, autosuficientes para alimentar una población reducida, y se mantuvo después por el respeto mutuo al considerarse todos griegos. También influyó la conveniencia de un equilibrio político que impidiera la clara preponde-

rancia de una ciudad sobre las demás, así como los recursos, enormes para cualquiera de ellas, que hubieran sido precisos para dominar a un conglomerado tan grande y tan disperso. Es elocuente el ejemplo de Esparta, obligada a vivir en estado de movilización militar y a frenar su desarrollo, al pretender dominar parte del Peloponeso.

Muchas de estas *poleis* fueron probablemente pequeños reinos en los Siglos Oscuros, pero, al iniciarse el nuevo período, los reyes habían desaparecido de casi todas y en las que perduraban habían perdido gran parte de su poder.

El gobierno está en manos de una nobleza agraria, que detenta también la riqueza, fundamentalmente agrícola. Surgen conflictos sociales por motivos económicos, que se solucionan en parte con las emigraciones, pero que al final terminan en la democracia, en la participación de todos en las tareas de gobierno a través de la Asamblea y de magistrados elegidos para períodos de corta duración.

Esta evolución política curiosamente fue facilitada por la aparición de los tiranos, autócratas o dictadores que se apoderaron del poder apoyándose en el pueblo, al que concedieron derechos a costa de los privilegios de la aristocracia, a la que ellos pertenecían.

El jalón más importante de esta evolución democrática lo constituye la fijación por escrito de las leyes, que, a pesar de su carácter limitado y parcial —aún está lejos el genio jurídico romano—, sirvieron para

objetivar la justicia y permitir, gracias a la facilidad de lectura que proporciona el alfabeto, el conocimiento de los derechos y deberes de cada uno.

La soberanía del pueblo, en franca contraposición al poder omnímodo de faraones y reyes asiáticos, es una de las grandes aportaciones griegas a la humanidad y es la consecuencia de las características de su religión, sin colegios sacerdotales intérpretes en exclusiva de la doctrina y comportamiento religiosos, y de la valoración y respeto de la persona, que se fueron acentuando con el tiempo.

Frente a la fragmentación política a que dio lugar la consolidación de la *polis*, que desde un principio se caracteriza por un exaltado nacionalismo, afianzan el sentimiento supranacional la religión con su mitología y concretamente algunas instituciones religiosas como los santuarios célebres y los juegos o competiciones, además de la lengua, el arte y la literatura, que son expresiones del patrimonio cultural común.

Cuando los griegos, privada u oficialmente, en este último caso como representantes del gobierno de sus ciudades, deseaban conocer la opinión de los dioses sobre la conveniencia o inconveniencia de tomar acuerdos o emprender una acción, acudían a uno de los santuarios celebrados por sus oráculos.

De todos ellos, el más famoso fue el de Delfos, dedicado a Apolo, en el que las contestaciones del dios se recibían a través de una médium, la pitonisa, y eran

transcritas por los sacerdotes en una corta sentencia, generalmente de sentido ambiguo.

Este respetado y visitado santuario no se limitó a meras labores adivinatorias. Procuró inculcar entre los griegos ideas morales, como las contenidas en las célebres sentencias «conócete a ti mismo» y «nada con exceso», y tuvo una gran influencia, por consiguiente, sobre el comportamiento y las actitudes del hombre griego.

Alrededor de los santuarios y con motivo de las fiestas se organizaban juegos o competiciones, cuatro de los cuales tuvieron el carácter de panhelénicos, es decir, podían participar en ellos todos los griegos. Estos últimos se celebraban en Olimpia, Delfos, Nemea y en un santuario en el istmo cerca de Corinto, y estaban dedicados a Zeus, Apolo, Hércules y Poseidón, respectivamente. Los de mayor importancia fueron los olímpicos, que tenían lugar cada cuatro años.

Acudían personas de todas las ciudades griegas tanto para presenciarlos como para competir, e incluso en caso de guerra se establecía una tregua y se garantizaba el libre paso. Para tomar parte en las competiciones era preciso ser griego o tener educación griega y no haber cometido ninguna acción deshonrosa.

Al principio las competiciones fueron sólo deportivas (carreras, lanzamiento, lucha, salto), después se dio cabida a la música, a la danza y a la declamación. La victoria era una clara muestra de la benevolencia de los dioses, a los que se dedicaban las participaciones,



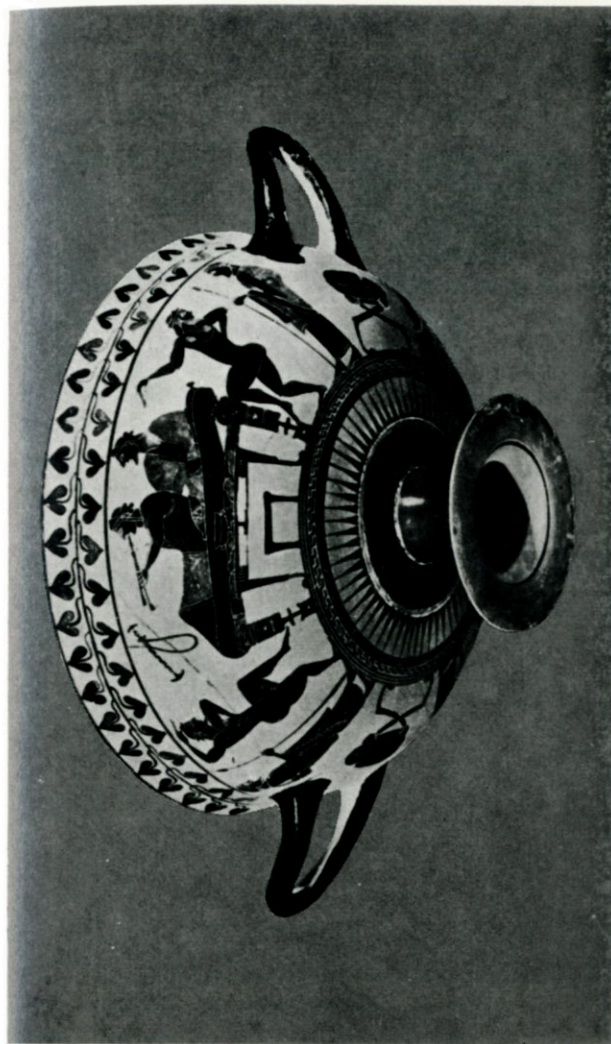
y esta buena disposición de la divinidad alcanzaba a todos los conciudadanos.

Tan importantes consideraron los griegos los juegos olímpicos, que arrancaron su cronología del año en que se celebraron por primera vez, llevaron listas de los vencedores y les honraron dedicándoles estatuas y poemas. En los juegos, panhelénicos o locales, advirtieron una costumbre propia, que les diferenciaba de los otros pueblos, y por consiguiente su celebración sirvió para reforzar el sentimiento de unidad por encima de la fragmentación política.

Las producciones artísticas e intelectuales de este período reflejan la unidad cultural conseguida, por encima de las naturales variedades locales, que pueden considerarse simplemente como partes de un todo.

Por lo que se refiere a las artes plásticas, la decoración de la cerámica ofrece obras maravillosas por su arte e interesantes por sus temas cuando pasa del estilo geométrico al corintio y luego a la llamada técnica de las figuras negras, porque resaltan éstas sobre un fondo más claro. Las escenas, en las que aparecen personajes legendarios y míticos, a veces con sus nombres escritos, sirvieron para mantener vivas las tradiciones comunes, pues las vasijas, muy apreciadas por su belleza, fueron fabricadas y exportadas, principalmente en Atenas y Corinto, en gran número.

Pero si la cerámica fue un arte y una técnica de gran desarrollo en otros tiempos, la arquitectura y la



Vaso del siglo VI con escena de un banquete



Escenas de carros y banquete. Crátera del siglo VI

escultura representan una novedad. Su aparición en estos momentos obedece, con independencia de las influencias extranjeras (egipcia y asiática), a la mayor riqueza que, como consecuencia del comercio marítimo, se originó al aparecer una industria artesana y al transformarse la agricultura, dedicando algunos terrenos a productos de exportación, como el aceite y el vino.

Ninguna de las dos está al servicio de reyes poderosos, que no existen, o de personas privadas. No hay retratos ni palacios y ambas son eminentemente religiosas y sociales.

La escultura se inicia con rígidas estatuas, primero en piedra, luego en mármol y más tarde también fundidas en bronce, de muchachos desnudos o *kuroi* (dioses, vencedores olímpicos o guerreros caídos) y de muchachas o *korés* con amplios vestidos. Los escultores, trabajando sobre tipos, les van haciendo perder rigidez, les proporcionan movimiento y se acercan a la perfección técnica de manera gradual y constante.

La arquitectura, que había sido de una gran pobreza en la época anterior, se ennoblece con el uso de la piedra labrada y brota maravillosa en el templo, ejemplo de solidez y serena contención, con sus series de columnas y sus frontones, frisos y metopas decorados con relieves que representan procesiones o leyendas y mitos, como los vasos cerámicos. Se deriva del *mégaron* micénico y sus normas y estilos —el sobrio dórico y el alegre jónico— pasaron de Grecia a Roma,

resucitaron en el Renacimiento y se utilizaron en la arquitectura europea hasta tiempos recientes.

Finalmente, en el mundo del libro, la poesía épica da paso primero a la lírica y luego a la dramática, y nace la prosa al servicio del puro discurrir, filosofía, al de la ciencia o al del relato histórico y geográfico. Pero de este aspecto de la cultura griega, el más importante para nuestro objeto, nos vamos a ocupar a continuación.

## CREACIÓN Y DIFUSIÓN DEL LIBRO

La Edad Arcaica es época de transición, aunque en general qué época no lo es, pero de manera especial en lo que se refiere al libro, que es aquí lo que nos interesa. Éste tiene características especiales, en muchos casos originales, en cuanto a su creación, a su difusión, a su forma y a su contenido. La historia del libro en estos tiempos es un largo caminar hacia el desarrollo pleno, que se consigue en el siguiente período, el llamado clásico.

Hemos indicado que el libro más antiguo escrito en griego que ha llegado a nosotros, y que probablemente fue uno de los primeros escritos en esta lengua, la *Iliada*, cierra, junto con su compañero la *Odisea*, una época de composición oral y anonimato, la prehistoria del libro griego, e inicia a la vez su período histórico.

Bien es verdad que leyendas y mitos se mantienen de manera fluida y sin una forma concreta dentro de la tradición oral y anónima, pero gran parte de ellos

constituyen la materia prima sobre la que trabajaron los autores de los nuevos libros escritos. Éstos, gracias a la fijación proporcionada y exigida por la escritura, adquieren una forma estable, hecho que ya se dio en otros pueblos cuando utilizaron la escritura para recoger sus tradiciones literarias.

La novedad en el caso de la Grecia arcaica es la aparición de la persona del autor, consecuencia de la falta de castas, y en especial de colegios de escribas y sacerdotes, en la sociedad griega, y de la valoración de las acciones y pensamientos de las personas particulares, reflejada, por ejemplo, en las competiciones, en el sentimiento agonístico de la vida.

El reconocimiento de la obra original y de los méritos consiguientes atribuidos al que crea algo de valor, no se limita al campo del libro o de la producción literaria, sino que con el mismo orgullo de los autores y gozando de un reconocimiento similar firman sus obras, por primera vez en la historia, los escultores y los fabricantes y decoradores de piezas cerámicas, cuyos temas en gran parte están inspirados en las obras literarias y por ello podemos considerarlos como ilustradores de las mismas.

Unos y otros se consideran *poietés*, ποιητής, hacedores de algo nuevo, con un sello personal, aunque se utilicen materiales existentes. Los poetas hablan en primera persona y nos informan de su vida, sus problemas y sus sentimientos, desde el más antiguo, Hesíodo; y la vanagloria de Eutímides, uno de los gran-

des decoradores de ánforas, le hace firmar una de sus obras con la frase «Pintó Eutímides, hijo de Polio, como jamás ha de pintar Eufronio», otro gran artista rival y contemporáneo suyo.

Los poetas heredan el prestigio de los antiguos aedos e incluso lo superan. Se consideran, y aparecen claramente ante los demás, como personas inspiradas por la divinidad, capaces de conocer el pasado y anunciar el futuro porque están en posesión de la sabiduría, son *sophoi*, σοφοί, y han penetrado en la esencia de las cosas. Están al servicio de causas nobles, como la justicia o el orden social, y por ello se arrojan el papel de guías espirituales de su comunidad o de todos los hombres. El carácter sagrado de sus mensajes, más que razones estilísticas, es la causa de la admiración y respeto de que gozaron.

Guardan un cierto e innegable parecido con los profetas de Israel, sus contemporáneos. Como ellos son autores personales y responsables de sus mensajes, que se producen por inspiración, por una fuerza psíquica, *manía*, μανία, procedente de la divinidad. Su aparición se ve facilitada, en ambos casos, por la utilización del alfabeto y por la ausencia de colegios sacerdotales con larga tradición y exclusividad en el dominio de las letras. Finalmente, tienen una pretensión de educadores al tratar de dirigir por el recto camino a sus conciudadanos. Ahora bien, como ni Zeus ni los dioses olímpicos fueron tan exigentes como

Yahveh, ni los griegos veían tantos males en sus organizaciones políticas, ni estaban en peligro de desaparecer absorbidos por una potencia extranjera, el tono es muy distinto y de ahí la gran diferencia en las trayectorias culturales posteriores de los pueblos judío y griego, las cuales, a pesar del antagonismo que representan las visiones distintas del papel del hombre, vinieron a confluir, como bases, en la cultura occidental o europea a través del cristianismo.

Así como en tiempos anteriores la persona o artista encargado de la transmisión de la poesía épica era el aedo —en el que se confundían autor y ejecutante— que, cantando acompañado por la lira, iba recreando e improvisando sobre un tema conocido con acopio de fórmulas y escenas típicas, la aparición del libro escrito, con un texto establecido al que había que someterse, da lugar, en la difusión de la poesía épica, a una nueva figura, la del rapsodo, ῥαψωδός, nombre que deriva, según la versión tradicional, de ῥάπτειν, «coser», porque ligaba en su actuación obras distintas. Es un mero ejecutante, aunque con independencia pueda ser el autor de algunas obras recitadas por él y, en vez de cantar, recita acompañado por un bastón con el que marca el ritmo.

Los rapsodos viajaban no como los antiguos aedos de corte en corte para deleitar a una minoría aristocrática, sino de ciudad en ciudad, dando recitales públicos a una audiencia popular y multitudinaria con

ocasión de solemnidades religiosas, entre las cuales estaban los juegos. Generalmente estos recitales obedecían a concursos o competiciones con otros rapsodos. El vencedor recibía un premio que, a pesar de



Aedo y rapsodo. La figura del primero procede de un fresco del palacio de Pilos; la del segundo, de un ánfora de figuras rojas

ser honorífico, le deparaba buenos ingresos económicos, al igual que sucedía, si bien en menor proporción, con los ganadores de las pruebas deportivas.

Como, al pasar el tiempo, evolucionó la lengua y, por otra parte, aumentó la audiencia popular, gran parte

de los poemas homéricos, de obligada recitación, resultaron poco comprensibles para la mayoría del auditorio. Esto trajo una ampliación de la actividad del rapsodo, que de simple recitador se convirtió, además, en comentarista, aclarando las palabras y expresiones oscuras, destacando las bellezas poéticas y tratando de sacar enseñanzas morales, para lo cual no dudaba en recurrir con frecuencia a interpretaciones alegóricas. Una descripción breve y viva de la actividad de un festejado rapsodo, Ión, aunque correspondiente al final del siglo V o principio del IV, nos la proporciona Platón en el diálogo de este nombre.

En la poesía lírica, que nace en este período y le caracteriza, también es distinta normalmente la persona del poeta de la de los ejecutantes. Aunque puede ser, y lo fue con frecuencia, un primer ejecutante, los textos los entregaba o los enviaba a las personas que le hacían el encargo para que solistas y coros, que se acompañaban en su canto de la vieja cítara o de la moderna flauta, las interpretaran en los banquetes, bodas y funerales o en honor de los vencedores olímpicos o en las fiestas religiosas organizadas por ciudades y cofradías en honor de sus dioses.

La difusión del libro escrito se hacía, como hemos visto, de forma oral, cantándolo, recitándolo de memoria o leyéndolo en voz alta. Es algo parecido a lo que acontece con las partituras musicales, que sólo algunas personas, en su mayoría profesionales, autores y ejecutantes, las utilizan directamente y las leen. Al pú-

blico en general la música le llega a través de los oídos, no de la vista, como en la Edad Arcaica le llegaban los mensajes en verso o en prosa contenidos en los libros escritos.

El que la difusión de los mensajes escritos se produjera de forma oral, hizo que fuera mucho más amplia y profunda. A los numerosos oyentes, en el caso de la poesía épica o en el de la lírica coral, la narración les resultaba familiar al conocer las leyendas y mitos, materia prima de los poemas, porque les era dado contemplar escenas referentes a ellos en los tapices, en las vasijas cerámicas y en los relieves de las metopas y frisos de los templos, o en las esculturas de los frontones de los mismos, o en las colocadas en lugares públicos.

La educación en la Grecia Arcaica era, como vemos, audiovisual. Este procedimiento, que ha vuelto a tener una gran fuerza en nuestros días, fue un factor decisivo en la unificación cultural del pueblo griego por la gran difusión que alcanza al reforzar, por medio de imágenes, la expresión oral, más fácil de comprender y más atractiva para grandes sectores de la población que la escrita.

El que en Grecia precediera a una educación literaria, que se consolidó en la época helenística, mientras que hoy ha surgido en el momento de mayor expansión del libro, es un tema de gran interés, en cuya consideración no nos podemos detener ahora.

No nos es posible saber el impacto que entre el pueblo causaban las actuaciones de los rapsodos, que el común de las gentes debía de escuchar con respeto religioso.

La lírica coral daba ocasión a grandes espectáculos en los que intervenían, junto a los coros acompañados de instrumentos musicales, grupos de danzantes que interpretaban con sus bailes la narración. Es de presumir que impresionaban más por el aparato fastuoso de la representación que por el contenido del texto, que sólo podía ser saboreado probablemente por una minoría entendida.

Distinto debió de ser el impacto de la poesía monódica y de la yámbica y elegíaca cuando se cantaba o recitaba ante un pequeño grupo. La tristeza de los funerales o la alegría de los desposorios se reforzaban con las canciones compuestas para estos acontecimientos, mientras que en los banquetes, donde los participantes eran invitados a cantar sucesivamente, podían darse dos extremos: o la tranquila reflexión moral, o el desenfreno, verdaderas juergas, en las que los alegres comensales se entregaban al amor y a la bebida entre cantos y bailes, según puede observarse en las escenas pintadas en los vasos.

El libro es escrito, bien directamente por el autor, bien por un discípulo o secretario que transcribe sus palabras. Aunque se lleguen a hacer algunas copias, muy pocas desde luego, éstas no circulan porque no

había una demanda suficiente que justificara la existencia de una industria y comercio del libro. Para una sociedad pobre y no acostumbrada a la lectura, la posesión del texto escrito no tenía sentido. Por ello, lo más que pudo suceder en este aspecto es que algunas personas, con soltura en escribir, copiaran por encargo y ocasionalmente algunos libros o que grandes aficionados transcribieran de memoria las obras que habían escuchado y que más les agradaban.

Es probable que los textos escritos de los poemas épicos los poseyeran exclusivamente, en un primer momento, los rapsodos, sus intérpretes. Cuando dejan de estar en poder exclusivo de ellos, los nuevos poseedores son ciudades, que los guardan en sus archivos para organizar los concursos y recitales, y por ello a estos ejemplares los alejandrinos les llamaron πολιτικά, o curiosos y ricos eruditos interesados en su estudio y corrección, los llamados por los alejandrinos κατ' ἄνδρα, o, al final de la Edad Arcaica, los simples maestros de escuela cuando se impone en los programas de enseñanza de la lectura la utilización como textos de los poemas homéricos.

La difusión de los libros varió, como sucede en la actualidad, con relación a su contenido y a la capacidad de asimilación por parte de la gente. La poesía épica y lírica gozó de una amplia audiencia; los libros históricos y geográficos, que también se leyeron en los concursos, ocupan un segundo lugar, y los filosóficos, científicos o técnicos, que son los últimos en aparecer,

la tuvieron menor, pues el círculo de discípulos y personas interesados en estos temas constituían una pequeña minoría.

En la Edad Arcaica no existieron ni la industria ni el comercio del libro. Tampoco hubo bibliotecas, a pesar de las leyendas posteriores sobre las formadas por dos famosos tiranos, el ateniense Pisístrato y Polícrates de Samos. Lo que sabemos del libro en estos tiempos las hace inverosímiles y, por otro lado, las fuentes son muy posteriores, más de setecientos años: Aulo Gelio, gramático latino del siglo II d. C., y Ateneo, griego y también gramático, nacido en Egipto y que vivió en el siglo III d. C.

El primero en sus *Noches Aticas* escribió: «Se dice que el tirano Pisístrato fue el primero en establecer en Atenas una biblioteca pública con libros referentes a las artes liberales. Luego, los propios atenienses aumentaron la colección con gran diligencia. Pero Jerjes, cuando se apoderó de Atenas y quemó toda la ciudad menos la acrópolis, se llevó todos los libros a Persia. Por último, bastante después, el rey Seleuco, apodado Nicátor, devolvió todos estos libros a Atenas». Esta leyenda es citada también por Suetonio el gramático, por Tertuliano, por San Jerónimo y llega incluso a San Isidoro, quien en sus *Etimologías* (VI, 3), después de repetir la historia, afirma que Ptolomeo trató de emular a Pisístrato en la afición a las bibliotecas.

Ateneo, en su obra voluminosa y miscelánea, *Deipnosophistas* o *El banquete de los sofistas*, al hablar del anfitrión, Laurentis, que recibía a los sabios en su casa, dice que «poseía tantos libros antiguos griegos que sobrepasaba a todos los que han logrado la fama por sus grandes bibliotecas, incluidos Polícrates de Samos, Pisístrato...» y una serie más de personas del siglo V, los cuales probablemente sí llegaron a tener una colección particular de libros, aunque no abundante.

Pisístrato puede considerarse el prototipo del tirano, aristócrata gobernando dictatorialmente a favor del pueblo. Su buena administración, seguida por la de sus hijos Hipias e Hiparco, ocupa aproximadamente la segunda mitad del siglo VI y fue la base de la grandeza de Atenas en el orden material y también en el cultural. Embelleció la ciudad, dio fastuosidad a ciertas fiestas, como las Panateneas, en honor de la diosa Atenea, difundió el culto de Dionisos y favoreció a los poetas. El culto de Dionisos fue el origen de la tragedia y, con motivo de la ordenación de las intervenciones de los rapsodos en los concursos de las Panateneas, se fraguó otra leyenda, a la que nos hemos referido antes, el que a él se debe la forma definitiva de los poemas homéricos.

Polícrates de Samos ejerció la tiranía en su isla y, para resistir a los persas, creó una formidable fuerza naval y se alió con Egipto. Samos conoció la riqueza y el bienestar durante su gobierno (535-517), rodeado



de artistas y poetas como Íbico de Regio y Anacreonte de Teos. Esta brillante y fugaz opulencia ante la amenaza del poderío persa, que acabó por derrocarlo, aureoló su vida con toques legendarios, como la historia del anillo contada por Heródoto.

Las afirmaciones de Aulo Gelio y Ateneo, está claro, recogen una tradición anterior, pero, de todas formas, parecen obedecer a una falta de perspectiva histórica: aplican a grandes hombres políticos, favorecedores de poetas y aficionados a la literatura, el ejemplo histórico posterior de los Ptolomeos, fundadores de un poderoso reino helenístico y de la Biblioteca de Alejandría, el gran acontecimiento en la historia de la cultura de la Antigüedad.

En estos tiempos, como hemos dicho, el libro no se leía, se escuchaba. La letra escrita era sólo una ayuda para la memoria y, si se quiere, una disciplina para la creación; pero al conocimiento de las cosas se llegaba por la palabra hablada.

El considerar al libro como fuente de conocimiento no se produce, como hemos de ver, hasta el siglo V, en la brillante sociedad ateniense, donde mentes preclaras ven que la nueva orientación tomada por el libro puede suponer un cambio revolucionario y funesto en la comprensión y en la creación intelectual, y le oponen una fuerte resistencia.

## LA FORMA MATERIAL DEL LIBRO

No nos es posible saber con certeza cómo eran materialmente los primeros libros griegos, es decir, qué forma tenían, cuáles eran las materias escritorias y que aspecto ofrecía la escritura, pues son de fecha muy posterior, el siglo IV, los fragmentos más antiguos llegados hasta nosotros: el rollo carbonizado encontrado recientemente (1962) cerca de Tesalónica en Derveni (Grecia) y el que contiene el nomos de Timoteo, *Los Persas*, que apareció en Egipto.

Realmente no existía todavía el concepto de libro y éste era designado, como veremos, o por la materia escritoria (papiro, piel, tela, madera, *ostracon*), o por el género literario.

Lo natural es que, cuando el contenido era largo, tuviera la forma de rollo, tira compuesta de hojas pegadas o cosidas lateralmente, que se enrollaba formando un cilindro, *κύλινδρος*. Como la materia escritoria usada posteriormente fue el papiro, se supone

o se da por entendido que de papiro estaban hechos los primeros rollos; pero también lo pudieron estar de pieles y, con menos probabilidad, en tela, materia que también se usó, por ejemplo, en Egipto, y en la que está escrito en caracteres etruscos el célebre *Liber linteus*.

Abona la idea del papiro el hecho de que es posible que las colonias asiáticas, donde se escribieron los primeros libros, dispusieran de rollos de papiro en blanco, conseguidos a través del comercio marítimo con Biblos, la ciudad fenicia que en griego tiene el mismo nombre que libro, Βύβλος, lo que hace sospechar que éste es un nombre de procedencia, como lo es el de jerez aplicado a un tipo de vino, el que se produce en la ciudad gaditana.

El papiro se utilizó como materia escritoria fuera de Egipto en el II milenio, en Creta y en las ciudades fenicias. Aunque no han sobrevivido documentos escritos en esta materia tan perecedera, hay referencias literarias, como la narración egipcia *El viaje de Wana-món*, a caballo entre el II y el I milenios, y, además, en algunas estampaciones de sellos pueden descubrirse las huellas de las hebras o hilos del papiro, que se sacarían del propio documento escrito para atarle.

Es muy probable, sin embargo, que la materia escritoria primera y más abundante fueran las pieles curtidas de cabra y oveja. Heródoto (V, 58) dice que los jonios llamaban en tiempos antiguos a los libros *diphtheras* porque empleaban pieles, διφθεράι, de di-

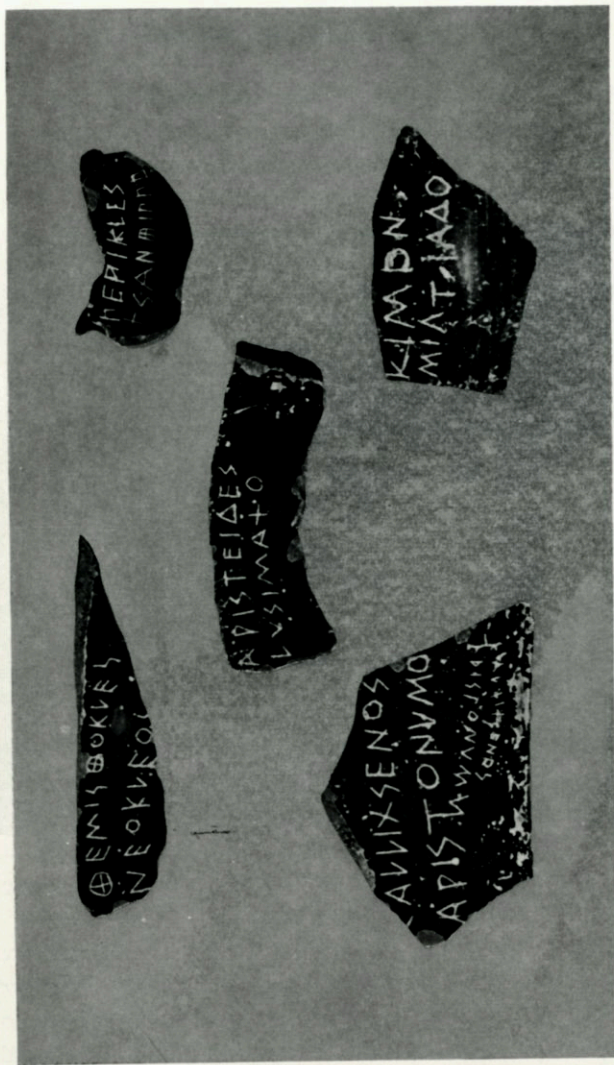


Escena de banquete. Crátera del siglo IV

chos animales en vista de la escasez del papiro. Y añade que en sus tiempos muchos pueblos bárbaros usaban esta materia, refiriéndose, sin género de dudas, en primer lugar, a los persas, en cuya documentación administrativa se usaron pieles en vez de papiro.

Este, como materia importada, tuvo que ser escaso, entre otras razones, porque se importaría irregularmente y en pequeñas cantidades al no existir una gran demanda. En cambio, las pieles podían obtenerse fácilmente en el lugar de los animales sacrificados y su curtido era una técnica conocida de tiempos muy anteriores. Además, el papiro es frágil y su duración corta si se maneja con frecuencia, mientras que la piel es mucho más resistente. Ello nos lleva a pensar que los ejemplares de los poemas épicos en poder de los rapsodos y que constituían un instrumento de trabajo imprescindible, con el que tendrían que viajar, estarían escritos en rollos de piel y no de papiro, cuyo uso se debió de imponer de manera gradual a partir del siglo VII, para terminar generalizándose a finales del siglo siguiente o ya en el V. Estos argumentos no sirven para la poesía lírica, que bien pudo escribirse y circular —circulación, por otra parte, muy reducida— en hojas de papiro.

Fueron muy utilizados, como en Egipto y en la costa fenicia, los *ostraca*, tejas o pedazos de objetos cerámicos en los que se rayaban con el estilo notas y cuentas, y que fueron empleados en la asamblea ateniense en las votaciones para decidir la conveniencia



Ostraca utilizados en Atenas para decidir en la Asamblea el destierro (ostracismo) de los políticos

de desterrar a un político célebre que podía convertirse en tirano, y de ahí el término ostracismo.

Para escribir utilizaron tinta. Podemos imaginar que el procedimiento de fabricación y los ingredientes serían los mismos que los indicados por Vitruvio, el arquitecto romano que escribió su obra *De Architectura* siete siglos después: se mezclaban en agua una parte de goma y tres de negro de humo, obtenido en un hornillo de la combustión de resina principalmente, si bien también podían usarse sarmientos, teas de pino o heces de vino. La mezcla resultante se solidificaba y para escribir había que diluir en agua la pasta resultante.

Es probable que el primitivo instrumento para trazar las letras fuera una caña o junco similar a la egipcia, cuyo extremo tenía forma de pincel por tener sueltas las hebras. Pero si así fue, debió de ser sustituida en fecha muy temprana por el posterior cálamo, κάλαμος, que terminaba en punta dura hendida por un corte en el centro. La razón de este cambio es que resultaba más fácil a una persona con poca práctica en la escritura trazar las letras griegas con palotes, a base de líneas simples, que pintarlas con un pincel como hacían los egipcios por la profesionalidad de los escribas y la formación caligráfica —exigida por los jeroglíficos— que recibían en los centros de formación. Un recuerdo de este cambio, que no tuvo que

ser necesariamente brusco, puede ser el doble significado del verbo γραφεῖν, «escribir» y «pintar».

Otro instrumento distinto del cálamo usaron los griegos para escribir sin tinta, el estilo, γράφεις, más duro que la caña —generalmente era de hueso o metal— con el que se hacían incisiones. El procedimiento debe de ser antiguo, pues la palabra γράμματα, «letras», en un principio significó «señales hechas raspando».

Se utilizaba para escribir sobre tablas, πίναξ o δέλτος, recuadradas con un marco o rehundidas, en cuyo interior se ponía una mezcla de cera y resina, μάλθα. Si al escribir se cometía una equivocación, se podía borrar con el otro extremo del estilo, que tenía forma de espátula. Con estas tablas se podían formar series, uniéndolas con anillas o cordones que se pasaban por unos agujeros hechos en un lado. Al conjunto de dos tablas se le llamaba díptico, al de tres, tríptico y al que tenía bastantes, siempre en Grecia y Roma, según nuestras noticias, menos de diez, políptico. Se han encontrado, no obstante, recientemente en Nimrud (1953) polípticos asirios del siglo VIII formados por dieciséis tablas de marfil y madera preparadas también con cera.

Su utilidad mayor era como borradores por la facilidad de tachar y volver a escribir. De ahí que en tiempos posteriores fueran empleadas por los niños para sus trabajos escolares (también emplearon éstos

pizarras irregulares con un agujero para ser colgadas, de las que abundan los restos), por los secretarios para tomar notas y por los poetas y escritores para una primera redacción. Es muy probable que en tablas se escribieran los libros originalmente y que después el autor o una persona con más hábito de la escritura pasase el texto definitivo a los rollos de piel o papiro.

Las tablas podían recibir otra preparación, como las llamadas *leukómata*, λευκώματα, por su blancura, consistente en una capa de yeso recubierta con un barniz que daba una apariencia brillante. Se emplearon para exponer públicamente, por ejemplo, en Atenas, en el monumento a los Héroe Epónimos, leyes, decretos y bandos cuyo conocimiento por parte de la población era de interés. Después se guardaban en los archivos.

No sabemos, claro está, cómo era la escritura utilizada en los rollos de la Edad Arcaica, aunque podemos suponer algunas de sus características por las antiguas inscripciones en vasos y en rocas, por los restos epigráficos en piedra, mármol o bronce, que empiezan a generalizarse a partir del siglo VI, y también por los textos posteriores en papiro.

Se escribía en columnas, de mayor o menor anchura. Aunque al final se impuso en la escritura la dirección actual, de izquierda a derecha, en un primer momento fue la contraria, de derecha a izquierda, como

en la escritura semítica, pero durante algún tiempo se empleó el sistema bustrófedon: si una línea terminaba a la derecha, la siguiente se iniciaba también a la derecha, y viceversa. Las letras eran del tipo llamado capital o mayúsculas. No iban unidas entre sí por ningún rasgo y tenían la misma altura. Estaban construidas a base de palotes a los que se añadían las circunferencias o semicircunferencias exigidas por la forma de algunas letras. En una palabra, no era una escritura cursiva y guardaba un gran parecido con las inscripciones en piedra. Además, la escritura era continua, aunque fueran textos en verso, sin espacios de separación entre las palabras ni signos ortográficos auxiliares como la coma, el punto, los acentos o los espíritus.

La lectura, dado el gran tamaño de las letras, no ofrecía dificultades, pero había de hacerse muy lentamente. No era posible captar el sentido con unas breves y rápidas ojeadas, al contrario de lo que sucede en el mundo actual de lectores, los cuales sólo precisan generalmente dos o tres golpes instantáneos de la vista para leer una línea. La comprensión llegaba por el oído y con seguridad, después de un previo deletreo en voz baja, se repetía la frase con la entonación apropiada. Esto no es ninguna cosa sorprendente, pues durante la Antigüedad, incluso cuando el libro tuvo una gran difusión, se siguió leyendo en voz alta, cuyo aprendizaje requería una gran técnica que consumía muchas horas del trabajo de los alumnos. De ahí el

que el lector, por ejemplo, en las casas de los ricos y cultos romanos fuera un esclavo especializado en esta tarea, el ἀναγνώστης.

## EL CONTENIDO DEL LIBRO

Junto a la *Iliada* y la *Odisea*, que se mantuvieron en un primer plano de forma destacada durante la Edad Arcaica, figuraban en el repertorio de los rap-sodos bastantes poemas épicos, compuestos en estos tiempos, de los que, aunque se han perdido, tenemos noticias.

Se suelen agrupar bajo el nombre de ciclo épico y entre ellos había una *Titanomaquia*, lucha de los Titanes, desaparecido tempranamente al ser desplazado por la *Teogonía* de Hesíodo; un ciclo tebano, compuesto por tres poemas de unos veinte mil versos en total, la *Edipodia*, la *Tebaida* y los *Epígonos*, con la historia de Edipo, la expedición de los Siete contra Tebas y la toma de la ciudad por los hijos de éstos; el ciclo troyano, en el que se narraban los sucesos anteriores a la *Iliada* (*Cantos Ciprios*) o los posteriores, como la *Etiópica*, con las últimas hazañas de Aquiles, la *Iliupersis* o *Destrucción de Ilión* (Troya) y la *Iliada Menor*. Fue famosa también una continua-

ción de la *Odisea*, la *Telegonía*, cuyo personaje principal es Telegono, hijo de Ulises y de Circe, que mató a su padre y se casó con Penélope. Hubo, finalmente, otros poemas en los que se cantaba a héroes como Hércules y Teseo, a ciudades como Corinto y Rodas, y a regiones como la Argólida y la Jonia de Asia Menor.

Relacionado con este ciclo épico había un conjunto de himnos, frecuentemente atribuidos al propio Homero, aunque son bastante posteriores, que narraban aventuras de los dioses (Deméter, Apolo, Hermes, Afrodita, etc.), en cuyo honor estaban compuestos. Eran recitados por los rapsodos en las fiestas religiosas y muchas veces, al parecer, servían de introducción a las recitaciones de los poemas homéricos. Algunos, una treintena, de extensión muy diversa, han llegado hasta nosotros enteros.

Completan este cuadro épico otros poemas, también atribuidos sin fundamento a Homero en la Antigüedad, como una serie burlesca, sobre luchas de animales, entre los que destaca la *Batracomiomaquia*, protagonizada por los ratones y las ranas y de la que se conservan unos trescientos versos, o *Margites*, perdido poema jocoso en el que un infeliz es adoctrinado por su mujer para que cumpla sus deberes matrimoniales.

En la Antigüedad consideraron a Hesíodo contemporáneo de Homero e incluso circuló una historia de una competición poética entre ambos, de la que Hesíodo

salíó vencedor. Es cronológicamente el primer poeta de la Edad Arcaica y a la vez el iniciador de algunos nuevos rumbos de la poesía. Aunque el metro y el vocabulario son parecidos a los de Homero y una de sus obras está consagrada a la historia de los dioses (*Teogonía*), Hesíodo pone un acento personal en sus versos, habla en primera persona, nos cuenta episodios de su vida y refleja la dureza en que se desenvolvían los campesinos de su tierra, Beocia (*Erga* o *Los Trabajos y los Días*). No trata, como Homero, de ennoblecer las hazañas de unos héroes aristocráticos y ponerlos como modelo de conducta superior, sino que reclama el imperio de la justicia, grata a los dioses, y a la que cualquier persona tiene derecho. Es la voz del pueblo frente a la oligarquía gobernante que administra la justicia a su arbitrio y en su provecho.

Característica de esta época es la poesía lírica, que tuvo un brillante desarrollo y produjo una pléyade de grandes poetas cuyas obras no fueron superadas en tiempos posteriores.

Esta nueva poesía, distinta de la épica, recibió después, probablemente en el siglo I a. C., el nombre de lírica, *λυρική ποίησις*, que ha llegado hasta nosotros, porque fue adoptado por los romanos, a causa del instrumento considerado más noble que intervenía como acompañante, la lira, *λύρα*.

Antiguamente se distinguían, por un lado, el yambo y la elegía, y, por otro, la mélica. Los cultivadores

de los dos primeros géneros fueron llamados, respectivamente, ἰαμβοποιοί y ἔλεγειοποιοί, compositores de yambos y elegías. Sus obras estaban destinadas fundamentalmente a la recitación, limitándose la actuación musical a preludios o interludios. La diferencia entre ambos géneros, aunque terminara habiendo una especialización temática, se refería a los aspectos métricos, versos compuestos por la alternancia de sílabas breves y largas en el yambo, y dísticos en los que alternaban un hexámetro y un pentámetro, en la elegía.

Los autores de canciones, los μελοποιοί, componían la letra y la música y utilizaban elementos métricos muy variados, como lo fueron su temática y sus motivaciones. En su ejecución tenía una gran importancia la danza y se pueden distinguir dos subgéneros, la canción monódica y la coral. Los instrumentos musicales acompañantes eran, además de la lira, la formige, φόρμιγξ, la cítara, κίθαρς, los tres de cuerda, y la flauta, αὐλός, que podía ser sencilla o doble, y que fue el instrumento característico de la elegía.

Frente a la objetividad de la poesía épica, dedicada a narrar acciones de los héroes y de los dioses, la lírica tiene elementos subjetivos y no es casualidad el que se desarrollara con brillantez en esta época en que privan el respeto al individuo y a la obra personal.

Arquíloco de Paros, del siglo VII, cultivador del yambo, es, de los conocidos, el poeta lírico más antiguo. Sólo han llegado a nosotros algunos fragmentos

de este soldado mercenario, violento y tierno a la vez, cantor del vino y del amor, que presume con gran cinismo de haber abandonado el escudo en la batalla para salvar su vida. También cultivaron el yambo Semónides de Amorgos e Hiponacte de Éfeso, quienes, juntos con Arquíloco, integraron el canon alejandrino de los poetas yámbicos.

Contemporáneo de Arquíloco fue Calino de Éfeso, al que se considera el primer cultivador de la elegía, género cuyos temas eran principalmente eróticos y bélicos. Calino exhortó a sus paisanos a defenderse de los bárbaros cimerios que habían invadido Asia Menor en la primera mitad del siglo VII, y Tirteo, otro gran poeta elegíaco, dedicó su obra a enardecer el espíritu guerrero de los espartanos durante la segunda guerra mesenia, en la segunda mitad del mismo siglo. En cambio, Mimnermo de Colofón, que entró en el canon alejandrino con Calino, es un hedonista que justifica, en la brevedad de la vida, la entrega total al placer, principalmente al amor. En este sentido se le puede considerar el padre de la poesía amorosa.

Solón, al que Atenas debió gran parte de su grandeza y de su evolución política posteriores, cultivó el yambo y la elegía. Arengó a sus conciudadanos para la conquista de Salamina, que arrebataron a los megarenses, y procuró imbuir sus ideales morales y políticos a sus paisanos.

La isla de Lesbos proporcionó, entre los siglos VII y VI, dos grandes poetas líricos, Alceo y Safo, continua-



dores de un ambiente en el que habían brillado Terpandro, inventor de la lira de siete cuerdas, y Arión. Alceo, perteneciente a la aristocracia de la isla, intervino activamente en las luchas políticas, cuyos diversos avatares se reflejan en su obra, en la que también canta los placeres de la vida.

Safo, contemporánea de Alceo, noble como él, fue muy leída y admirada en tiempos posteriores (Platón la llamó la décima musa). Es una intérprete profunda y delicada de la pasión amorosa vista desde el ángulo de la mujer. El hecho de que ésta no desempeñó un gran papel en la vida griega y el que Safo en sus poesías expresó una sentida amistad o amor hacia sus amigas o discípulas, pertenecientes a la cofradía o círculo de mujeres que dirigió, dio lugar a la leyenda de su homosexualismo e incluso de su depravación, así como al calificativo de amor, lesbiano.

Teognis de Mégara, poeta del siglo VI, exaltó, en unos poemas destinados a los banquetes de los hombres o simposios, los valores aristocráticos y lamentó su constante deterioro. Curiosamente, de él se ha conservado una buena cantidad de poemas, en total unos catorce mil versos, si bien se duda de que todos los que figuran en la recopilación le pertenezcan.

Entre los nueve poetas que formaban el canon de la mélica, tres pertenecen a la canción monódica: Alceo, Safo y Anacreonte. Éste, nacido en Teos y formado en Abdera, vivió, como amigo y poeta, primero con el tirano Polícrates de Samos y después, cuando éste fue

desposeído, con Hiparco, el hijo de Pisístrato, en Atenas. Lejos de los acentos épicos, trágicos o moralizantes, sus poesías cantan los placeres del vino y la comida, así como a los bellos efebos y a las hermosas muchachas. Su influencia posterior fue tan grande que dio lugar a un nuevo género que de él toma el nombre, la anacreóntica, cultivado en la Antigüedad y en el Renacimiento, y que todavía agradaba a los poetas del siglo XVIII.

La lírica coral alcanza sus primeras cumbres con Alcmán, de origen asiático, pero establecido en Esparta, cuya vida transcurre entre los siglos VII y VI. Gracias a fragmentos hallados en Egipto, ha sido posible conocer parcialmente su obra, que está impregnada de temas míticos, como lo está la de Estesícoro, que vivió en Hímera, ciudad de Sicilia, y la de Ibico de Regio, aunque este último, que convivió con Anacreonte en la corte de Polícrates, cantó también la pasión amorosa. Alcmán, Estesícoro e Ibico figuran en el canon alejandrino como maestros de la lírica coral, junto con Simónides de Ceos, Píndaro y Baquílides, nacidos en el siglo VI, pero cuyas vidas se adentran en el V.

Parece ser que a Simónides, poeta vagabundo que durante su larga vida gozó de la protección de tiranos como Hierón de Siracusa y el ateniense Hiparco, se le debe la invención de los epinicios, cantos en honor de los vencedores de los juegos atléticos, pero fueron muy celebrados también sus trenos o lamentaciones y

sus encomios y epitafios, como el dedicado a los muertos de las Termópilas.

Su sobrino Baquilides, también de Ceos, que fue más joven y rival del propio Píndaro, cantó, como él, a Hierón y algo de su obra se conoce en la actualidad por el hallazgo en Egipto de dos rollos, conteniendo uno epinicios y el otro poemas de carácter narrativo bajo el título de ditirambos, que no son, como parece indicar el nombre, cantos en honor de Dionisos.

El majestuoso Píndaro, nacido en Cinocéfalos, cerca de Tebas, ya a finales del siglo VI, fue famoso especialmente por sus epinicios, que es lo único que ha sobrevivido de su vasta obra, si bien recientemente han aparecido en Egipto algunos fragmentos de poesías de otros géneros. Dedicó a los tiranos, a los reyes y a los miembros de familias nobles odas triunfales en las que, como era habitual, se dedica más espacio a la narración de un mito relacionado con los antepasados o la tierra del vencedor, que a la descripción de las pruebas. Son de difícil comprensión y están salpicadas de máximas y consejos que muestran la religiosidad de Píndaro y su alta estima por los valores tradicionales que trataba de conservar la aristocracia.

En la Edad Arcaica se inicia otra de las grandes aportaciones del genio griego a la cultura universal: la filosofía. Aparece en la Jonia asiática y sus tres primeros cultivadores fueron Tales, considerado uno de los Siete Sabios de Grecia, Anaximandro y Anaxí-

menes, que vivieron en el siglo VI y nacieron en Mileto. Se les llamó físicos porque estaban preocupados por el análisis del mundo material y por exponer unas teorías racionales, frente a las explicaciones míticas, sobre su origen: el agua para Tales, una sustancia indefinida, sobre la que obran fuerzas contrarias, para Anaximandro, y el aire, sometido a la condensación y al enrarecimiento para Anaxímenes. Poseyeron conocimientos de matemáticas, de geografía y de astronomía, que causaron la admiración de sus contemporáneos y cuyas fuentes egipcias y mesopotámicas son fácilmente explicables por el cosmopolitismo de Mileto.

No es seguro que Tales escribiera ningún libro, aunque posteriormente se le atribuyeron algunos, pero sí hay indicios bastante seguros de que se conservara uno de Anaximandro, que pudo estar escrito, en prosa, por él o ser una recopilación de sus ideas hecha por discípulos suyos. El vago título de la obra, *Sobre la Naturaleza*, así lo hace suponer.

Jonia produjo otros dos importantes filósofos, aunque de carácter distinto, cuyas vidas transcurren entre los siglos VI y V, Jenófanes de Colofón y Heráclito de Éfeso. Jenófanes, que emigró en su juventud a Sicilia, fue principalmente poeta. Su importancia posterior se debe a su idea de la existencia de una sola divinidad no antropomórfica y a las críticas contra Homero y Hesíodo por haber atribuido a los dioses acciones que son motivo de vergüenza entre los hombres, como el robo, el adulterio, el engaño, etc.

A Heráclito, tachado por la posterioridad de mi-sántropo, orgulloso y oscuro, también se le atribuye un libro sobre la naturaleza, que se dice depositó en el templo de Artemis. No parece nada segura la existencia de un libro escrito personalmente por él, aunque sí lo es la existencia de uno a su nombre formado por máximas y pensamientos expuestos de manera concisa y de contenido sorprendente coleccionados por algún alumno o admirador. Su aportación más importante en el campo filosófico es la idea del cambio permanente, regulado por el fuego que subyace en todo y al que también denominó logos o inteligencia racional.

Jonio también, pues nació en Samos, fue Pitágoras, misterioso personaje del que se sabe con certeza muy poco. No fue en Samos donde ejerció su magisterio, sino en el sur de Italia, a donde probablemente se trasladó huyendo de Polícrates o de los persas. Allí fundó una secta misteriosa, cuyos miembros intervinieron con suerte diversa en la política, sostuvieron la tesis de la reencarnación del alma y cultivaron con gran intensidad los estudios matemáticos.

A Jenófanes y a él se debe el florecimiento filosófico que se produce a continuación en la Magna Grecia y cuyo primer filósofo importante es Parménides, natural de Elea, que Sócrates llegó a conocer, viejo y respetable, con motivo de una visita que hizo a Atenas. Se conservan fragmentos de un poema suyo compuesto en duros hexámetros donde contrapone el mundo

de las apariencias, producto de las humanas opiniones, al Ser, que es uno y único, que no ha sido creado y es eterno, perfecto, inmóvil y homogéneo, comparable a una esfera.

Para cerrar esta ojeada sobre la poesía y el pensamiento de la Edad Arcaica, digamos que en prosa, y también en Jonia, se escriben las primeras obras geográficas e históricas, todas desaparecidas, entre las que destacan diversos periplos, descripción desde la costa de las tierras y sus moradores, que en un principio serían simples notas o informes de los navegantes. A Hecateo de Mileto, el más ilustre de los logógrafos, o escritores en prosa, de estos tiempos, discípulo de Anaximandro, se le atribuye una *Periégesis* o descripción de la tierra escrita como complemento del planisferio que diseñó, y una *Genealogía*, obras que tuvo en cuenta Heródoto al escribir su historia.

También nace a finales de la Edad Arcaica el teatro como consecuencia del culto a Dionisos, que canalizó una gran parte de la emotividad religiosa del pueblo griego. El nacimiento y desarrollo de este nuevo género, que desplazó en el gusto del público a la lírica coral y del que nos ocuparemos más adelante, tuvo lugar en Atenas, ciudad que se va a convertir durante los siglos V y IV en la capital cultural de Grecia.

### SUPERVIVENCIA DEL LIBRO DE LA EDAD ARCAICA

A través de dos canales han llegado hasta nuestros días los textos, muy escasos y en gran parte constituidos por fragmentos, de la producción poética y científica de la Edad Arcaica. En primer lugar, a través de copias hechas en Bizancio y que pasaron a Italia, como las de los poemas homéricos, en el Renacimiento. En segundo, gracias a los papiros y *ostraca* encontrados principalmente en Egipto en las excavaciones realizadas durante los últimos cien años.

Entre los primeros hay obras completas, o casi completas, como la *Teogonía* y *Los Trabajos y los Días* de Hesíodo, el manuscrito de Teognis o los *Epinicio*s de Píndaro. Pero también hay composiciones breves y versos sueltos o citas que figuran en obras y comentarios de otros escritores o eruditos.

Entre los segundos están los dos rollos de Baquílides y numerosos fragmentos de obras que habían perecido o de las que han sobrevivido. Estos hallazgos

han aumentado considerablemente el número de composiciones o fragmentos de autores como Arquiloco, Alceo, Safo, Anacreonte y Píndaro, o han proporcionado variantes de las obras transmitidas por los manuscritos, que han servido para aclarar pasajes oscuros, así como para informarnos de los autores más en boga en determinados siglos y para conocer la forma material del libro y la de la escritura.

Pero lo que ha llegado a nosotros es una cantidad mínima de las obras que reunió la Biblioteca de Alejandría. Por ejemplo, allí había diecisiete libros de Píndaro y sólo sobrevivieron en Bizancio cuatro. De Simónides debía de haber aún más, de Alcman seis, de Alceo quizá diez, de Safo nueve y de Estesícoro veintiséis, pero sólo nos es dado conocer algunos fragmentos, lo mismo que de las obras de Heráclito y Parménides que allí también se conservaban (Murray, página 104).

Los filólogos alejandrinos trataron no sólo de reunir una inmensa colección de obras, sino de ordenarlas, como hizo Calímaco con su catálogo famoso o *Pinakes*, y de preparar ediciones escrupulosas (*ekdosis*, ἐκδόσις) y comentarios, ὑπομνήματα. Zenódoto de Éfeso inició la labor con ediciones de Hesíodo, Píndaro y quizá Anacreonte, que fueron después mejoradas por las de Aristófanes de Bizancio, que preparó ediciones de otros poetas líricos. Quede claro que la palabra «edición» no se aplica en el sentido actual y primero de la palabra española, equivalente al de publicación

(dar a conocer al público un libro mediante la reproducción de ejemplares y su puesta en circulación). Simplemente quiere decir la preparación de un texto correcto, del que después ocasionalmente podían sacarse copias, pero que iba destinado al uso del preparador y al de algunos de sus discípulos.

La labor de estos filólogos tuvo que orientarse, por necesidad, en un sentido selectivo, puesto que no era natural ni posible prestar la misma atención a todos los autores. De ahí surgieron las listas de los principales seleccionados en cada uno de los géneros con arreglo a un criterio, κρίσις. El término griego para denominar a estos escogidos fue ἐγκριθέντες, que los romanos tradujeron por *classici*, clásicos, los de primera clase, *primae classis*, en el lenguaje político y militar. El término «canon», que es corriente hoy para denominar estas listas, fue creado por David Ruhnke en el siglo XVIII inspirándose en el canon bíblico, no copiándolo, pues éste es un conjunto de libros y el alejandrino de autores.

Las listas, ya lo hemos indicado, ponían a Homero y a Hesíodo entre los cinco poetas épicos; a Semónides, Arquíloco e Hiponacte entre los yambógrafos; a Calino y Mimnermo entre los elegíacos, y a Alceo, Safo, Anacreonte, Alcmán, Estesícoro, Píndaro, Baquilides, Ibico y Simónides entre los líricos, los célebres *novem lyrici* a los que deseaba sumarse Horacio.

Estos autores, estudiados y comentados por los gramáticos y copiados por alumnos y profesores al principio y después por los comerciantes de libros, se mantenían vivos en la gran época de la literatura romana. Catulo, por ejemplo, tradujo a Safo, Virgilio se inspiró en *Los Trabajos y los Días* de Hesíodo para sus *Geórgicas*, y Horacio manifiesta repetidamente su admiración por los líricos griegos, a los que acude como fuente inspiradora: Arquíloco en los *Epodos*; Píndaro, Baquilides, Anacreonte, Alceo y Safo en los *Carmina*.

En Bizancio no llegaron a suscitar los líricos gran entusiasmo (ya al final del Imperio romano eran poco leídos) y, desde luego, menor que el sentido por los cultivadores de otros géneros, como el teatro, la filosofía o la oratoria. Ésta es la razón por la que las obras llegadas a Italia fueran tan pocas.

En la Europa occidental los poetas griegos quedaron ensombrecidos por los latinos, sin que sea posible encontrar un eco directo importante de ellos en las literaturas nacionales, aunque sí se perciba un influjo, indirecto y profundo, llegado a través de la poesía latina, que tomó, adaptándolos, temas y formas de la lírica griega.

Su lectura, lo mismo que la de los fragmentos de los primeros filósofos, se limitó a los ambientes académicos donde se cultivaba el helenismo. Pero de los círculos universitarios han salido numerosas ediciones, traducciones, comentarios y estudios, que se han rea-

vivado en los últimos tiempos por los hallazgos proporcionados por las excavaciones realizadas en Egipto.

Una buena edición de lo que ha sobrevivido del ciclo épico, himnos y poemas burlescos es la que figura en el tomo V de la edición de Homero hecha por D. B. Monro y T. W. Allen, dentro de la *Oxford Classical Texts*. Ediciones bilingües buenas son las de Hugh G. Evelyn-White, revisada por D. L. Page (1936) en *The Loeb Classical Library*, y la de los himnos hecha por J. Humbert en *Collection des Universités de France o Budé* (1937). Hay una buena edición crítica de Hesíodo en *OCT* realizada por F. Solmsen (1970) y entre las bilingües están la citada Evelyn-White y otra de P. Mazon en la *Budé* (1928).

Para los fragmentos de los líricos y de los filósofos presocráticos contamos con las ediciones clásicas de Diehl y Diels, respectivamente. Una buena edición con traducción y excelentes comentarios de los fragmentos de los presocráticos, aunque parcial, es la de Kirk y Raven. Para los poetas mélicos puede consultarse la edición bilingüe de la *Loeb* en tres volúmenes hecha por J. M. Edmonds (1928-1940) bajo el título *Lyra Graeca*. Para Píndaro pueden consultarse las ediciones bilingües de las colecciones *Loeb* y *Budé*, realizada la primera por J. E. Sandys y revisada en 1937; la segunda hecha por Aimé Puech en cuatro volúmenes, 1949-1958.

Entre las aportaciones españolas en este campo merecen destacarse la edición de los líricos griegos primitivos con traducción hecha por F. Rodríguez Adrados y la edición del texto griego de Píndaro llevada a cabo por otro gran helenista de nuestros días, Manuel Fernández Galiano.

APÉNDICES



## BIBLIOGRAFÍA

### A) GENERAL

- Aymard, André y Jeannine Auboyer: *Oriente y Grecia Antigua* (volumen I de la *Historia General de las Civilizaciones*, dirigida por Maurice Crouzet), 3.ª ed., Barcelona, 1967.
- Béquignon, Ives: «La Grèce», en *Histoire Universelle I* (*Encyclopédie de la Pléiade*), dirigida por René Grousset y Émile G. Léonard, París, 1967.
- Finley, M. I.: *Grecia primitiva: La Edad de Bronce y la Era Arcaica*, Buenos Aires, 1974.
- Hammond, N. G. L.: *A History of Greece to 322 B. C.*, 2.ª ed., Oxford, 1967.
- *Studies in Greek History. A Companion Volume to A History of Greece to 322 B. C.*, Oxford, 1973.
- Jaeger, Werner: *Paideia: los ideales de la cultura griega*, 2.ª ed., México, 1962.
- Lesky, Albin: *Historia de la Literatura Griega*, Madrid, Gredos, 1968.
- Lloyd-Jones, Hugh (ed.): *Los griegos*, Madrid, Gredos, 1966.
- Marrou, Henri-Irenée: *Historia de la Educación en la Antigüedad*, 2.ª ed., Buenos Aires, 1970.
- Papaioannou, Kostas: *Arte griego*, Barcelona, 1973.



- Sánchez Ruipérez, Martín y Antonio Tovar: *Historia de Grecia*, 2.ª ed., Barcelona, 1970.
- Starr, Chester G.: *The Origins of Greek Civilization, 1100-650*, New York, 1962.
- Struve, V. V.: *Historia de la Antigua Grecia*, Madrid, 1974.
- Toynbee, Arnold J.: *La civilización helénica*, Buenos Aires, 1960.

## B) SISTEMAS DE ESCRITURA

- Barthel, Gustav: *Konnte Adam schreiben? Weltgeschichte der Schrift*, Kleve, 1972.
- Brandenstein, W.: *Lingüística griega*, Madrid, Gredos, 1964.
- Cleator, P. E.: *Los lenguajes perdidos*, Barcelona, 1963.
- Cohen, Marcel: *La grande invention de l'écriture et son évolution*, París, 1958.
- (ed.): *La escritura y la psicología de los pueblos*, México, 1968.
- Diringer, David: *The Alphabet. A Key to the History of Mankind*, 3.ª ed., London, 1968.
- Février, James G.: *Histoire de l'écriture*, Nouvelle édition, París, 1959.
- Gelb, I. J.: *Pour une théorie de l'écriture*, París, 1973 (trad. de *A Study of Writing*).
- Jeffery, Lilian H.: *The Local Scripts of Archaic Greece. A Study of the Origin of the Greek Alphabet and its Development from Eighth to the Fifth Centuries B. C.*, Oxford, 1961.
- Jensen, Hans: *Sign, Symbol and Script. An account of man's efforts to write*, 3.ª ed., London, 1970.
- Moorhouse, A. C.: *Historia del alfabeto*, 2.ª ed., México, 1965.

## c) CRETA

- Brice, W. C. (ed.): *Inscriptions in the Minoan Linear Script of Class A*, Oxford, 1961.
- Casson, S.: *Ancient Cyprus*, London, 1937.
- Chapouthier, Fernand: *Les écritures minoennes au palais de Mallia*, París, 1930.
- Davis, S.: *The Phaistos Disc and the Eteocretan Inscriptions from Psychro and Praisos*, Johannesburg, 1961.
- Evans, Arthur J.: *Scripta Minoa*, 2 vols., Oxford, 1909-1952.
- *The Palace of Minos*, 5 vols., London, 1922-1935.
- Furumark, Arne: *Linear A und die altkretische Sprache, Entzifferung und Deutung*, Berlín, 1956.
- Gaya Nuño, Benito: *Minoiká. Introducción a la epigrafía cretense*, Madrid, 1953.
- *Lexicon Creticum*, Madrid, 1953.
- Glötz, G.: *La civilización egea*, México, 1956.
- Gould, G. P. y M. Pope: *Preliminary Investigations into the Cretan Linear A Script*, Cape-Town, 1955.
- Graham, James Walter: *The Palaces of Crete*, Princeton, 1962.
- Heubeck, A.: *Aus der Welt der frühgriechischen Lineartafeln*, Göttingen, 1966.
- Hill, G.: *A History of Cyprus*, 4 vols., Cambridge, 1940-1972.
- Masson, Olivier: *Les inscriptions Chypríotes syllabiques*, París, 1961.
- Matz, F.: *Crete and Early Greece*, London, 1962.
- Meriggi, Piero: *Primi elementi di Minoico A*, Salamanca, 1956.
- Minos. Revista de filología egea*, Salamanca, 1951-

- Pendlebury, John D. S.: *Arqueología de Creta*, México, 1965.
- Peruzzi, Emilio: *Le iscrizioni minoiche*, Florencia, 1960.
- Pope, M. W.: *Aegean Writing and Linear A*, Lund, 1964.
- Pugliese Carratelli, G.: «Le iscrizioni preelleniche...», en *Monumenti Antichi*, 1945.
- *Le epigrafi di Haghia Triada in Linear A*, Salamanca, 1963.
- Raisan, Jacques y Maurice Pope: *Index du Linéaire A*, Roma, 1971.
- Reverdin, O.: *Crete and its Treasures*, London, 1961.
- Schachermeyr, F.: *Die Minoische Kultur des alten Kreta*, Stuttgart, 1964.
- Schwarz, Benjamin: «The Phaistos Disk», en *Journal of Near Eastern Studies*, 1959.

## D) MICENAS

- Bennett, Emmett L.: *The Pylos Tablets. Texts of the Inscriptions Found 1939-1954*, Princeton, 1955.
- *The Mycenaean Tablets II*, Philadelphia, 1958.
- Blegen, Carl W.: *Troy and the Trojans*, London, 1963.
- y Marion Rawson: *A Guide to the Palace of Nestor*, Cincinnati, 1962.
- y — *The Palace of Nestor at Pylos in Western Messenia I. The Buildings and their Contents*, Princeton, 1966.
- Cassola, F.: *La Ionia nel mondo miceneo*, Nápoles, 1957.
- Cook, J. M.: *The Troad: An Archaeological and Topographical Study*, Oxford, 1973.
- Chadwick, John: *El enigma micénico. El desciframiento de la lineal B*, 2.ª ed., Madrid, 1973.

- *Documents in Mycenaean Greek*, 2.ª ed., Cambridge, 1974.
- , J. T. Killen y Jean Paul Oliver: *The Knossos Tablets*, 4.ª ed., Cambridge, 1971.
- Fernández Galiano, Manuel: *Diecisiete tablillas micénicas*, Madrid, 1959.
- Gallavotti, C. y A. Sacconi: *Inscriptiones ad Mycenaean aetatem pertinentes...*, Roma, 1961.
- Gordon, F. G.: *Through Basque to Minoan*, Oxford, 1931.
- Hrozny, Bedrich: *Les inscriptions crétoises. Essai de déchiffrement*, Praga, 1949.
- Lang, Mabel L.: *The Palace of Nestor at Pylos in Western Messenia II. The Frescoes*, Princeton, 1969.
- McDonald, William: *Progress into the Past. The Rediscovery of Mycenaean Civilization*, New York, 1969.
- Marinatos, Sp.: *Kreta und das mykenische Hellas*, Munich, 1959.
- Mylonas, George E.: *Ancient Mycenae. The Capital City of Agamemnon*, Princeton, 1957.
- *Mycenae and the Mycenaean Age*, Princeton, 1966.
- Nilsson, M. P.: *The Mycenaean Origin of Greek Mythology*, Berkeley, 1973.
- Oliver, Jean Paul: *Les scribes de Cnossos*, Roma, 1967.
- Palmer, Leonard R.: *The interpretation of Mycenaean Greek Texts*, Oxford, 1963.
- *Mycenaeans and Minoans*, 2.ª ed., London, 1965.
- , y John Boardman: *On the Knossos Tablets. The Find-Places of the Knossos Tablets. The Date of the Knossos Tablets*, Oxford, 1963.
- , y John Chadwick (eds.): *Proceedings of the Cambridge Colloquium on Mycenaean Studies*, Cambridge, 1966.

- Schliemann, Heinrich: *Ilios*, London, 1880.  
 — *Mycenae*, London, 1878.  
 — *Autobiografía*, Madrid, 1973.  
 Severyns, A.: *Grèce et Proche-Orient avant Homère*, Bruselas, 1960.  
 Stawell, F. Melian: *A Clue to the Cretan Scripts*, London, 1931.  
 Taylour, William: *The Mycenaean*, London, 1964.  
 Ventris, Michel y John Chadwick: «Evidence for Greek Dialects in Mycenaean Archives», en *Journal of Hellenic Studies*, 1953.  
 Vermeule, Emily: *Grecia en la Edad del Bronce*, México, 1971.  
 Webster, T. B. L.: *From Mycenae to Homer*, London, 1958.

## E) HOMERO

- Allen, Thomas W.: *Homer. The Origins and the Transmission*, reimp., Oxford, 1969.  
 Bowra, C. M.: *Tradition and Design in the Iliad*, 2.ª ed., Oxford, 1950.  
 — *Homer and His Forerunners*, Edimburgo, 1955.  
 Desborough, V. R. d'A.: *The Last Mycenaean and their Successors. An Archaeological Survey c. 1200-1000 B. C.*, Oxford, 1964.  
 — *Protogeometric Pottery*, Oxford, 1952.  
 Fernández Galiano, Manuel: «El marco histórico de la epopeya», en Luis Gil, *Introducción a Homero*.  
 — «La 'traditio' homérica», en Luis Gil, *Introducción a Homero*.  
 Finley, M. I.: *El mundo de Odiseo*, México, 1974.  
 Germain, Gabriel: *Genèse de l'Odyssee*, París, 1954.

- Gil, Luis (ed.): *Introducción a Homero*, Madrid, 1963.  
 Homero: *Iliad*, ed. por D. B. Monro y T. W. Allen, 2 vols., 3.ª ed., Oxford, 1920 (OCT).  
 — *Odyssey*, ed. por D. B. Monro y T. W. Allen, 2 vols., 2.ª ed., Oxford, 1917-1919 (OCT).  
 — *Homère*, ed. y trad. por Paul Mazon, 4 vols., París, 1955-1961 (Budé).  
 — *La Iliada*, trad. por Luis Segalá Estalella, Barcelona, 1972.  
 — *La Odisea*, trad. por Luis Segalá Estalella, Barcelona, 1973.  
 — *La Iliada*, estudio preliminar y versión rítmica por Daniel Ruiz Bueno, Madrid, 1956.  
 — *Nueva Antología de la «Iliada» y la «Odisea»*, Madrid, 1965.  
 Kirk, G. S.: *The Songs of Homer*, Cambridge, 1962.  
 Lord, Albert B.: *The Singer of Tales*, Cambridge, Mass., 1960.  
 Mazon, Paul: *Introduction à l'Illiade*, París, 1942.  
 Myres, John L.: *Homer and His Critics*, London, 1958.  
 Nilsson, M. P.: *Homer and Mycenae*, London, 1933.  
 Page, Denys L.: *History and the Homeric Iliad*, Berkeley, 1959.  
 — *The Homeric Odyssey*, Oxford, 1955.  
 Pallí, A.: *Homero en España*, Barcelona, 1953.  
 Parry, M.: *L'épithète traditionnelle dans Homère*, París, 1928.  
 Reynolds, L. D. y N. G. Wilson: *Scribes and Scholars. A Guide to the Transmission of Greek and Latin Literature*, 2.ª ed., Oxford, 1974 (aparecerá una traducción española en 1976).  
 Rodríguez Adrados, Francisco: «La cuestión homérica», en Luis Gil, *Introducción a Homero*.  
 Schadewaldt, Wolfgang: *Iliasstudien*, Leipzig, 1938.

- *Von Homers Welt und Werk*, 3.<sup>a</sup> ed., Stuttgart, 1959.  
 Severyns, A.: *Homère*, 3 vols., Bruselas, 1945-1948.  
 Stella, L. A.: *Il poema di Ulisse*, Florencia, 1955.  
 Wace, A. J. B. y F. H. Stubbings (eds.): *A Companion to Homer*, London, 1962.  
 Wade-Gery, H. T.: *The Poet of the Iliad*, Cambridge, 1952.  
 Whitman, C. H.: *Homer and the Heroic Tradition*, Cambridge, Mass., 1958.  
 Wilamowitz, U. v.: *Die Ilias und Homer*, Berlín, 1916.  
 Woodhouse, W. J.: *The Composition of Homer's Odyssey*, reimp., Oxford, 1969.

## F) EDAD ARCAICA

- Bowra, C. M.: *La literatura griega*, reimp., México, 1973.  
 — *Early Greek Elegists*, reimp., Cambridge, 1959.  
 — *Greek Lyric Poetry from Alcman to Simonides*, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford, 1961.  
 Burn, A. R.: *The Lyric Age of Greece*, London, 1960.  
 Bury, J. B.: *Ancient Greek Historians*, London, 1958.  
 Capelle, Wilhelm: *Historia de la Filosofía griega*, reim-  
 presión, Madrid, Gredos, 1972.  
 Charbonneau, Jean, Roland Martin y François Villard:  
*Grecia Arcaica (620-480 a. de J. C.)*, Madrid, 1969.  
 Diehl, E.: *Anthologia Lyrica Graeca*, 3.<sup>a</sup> ed., Leipzig,  
 1952.  
 Diels, H.: *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Berlín,  
 1954.  
 Farrington, Benjamin: *Science in Antiquity*, 2.<sup>a</sup> ed.,  
 Oxford, 1969.  
 Fernández Galiano, Manuel: *Safo*, Madrid, 1958.

- Gigon, Olof: *Los orígenes de la filosofía griega. De Hesíodo a Parménides*, Madrid, Gredos, 1971.  
 Glotz, G.: *La ciudad griega*, México, 1957.  
 Hesíodo: *Theogonía, Opera et Dies, Scutum*, ed. por F. Solmsen, Oxford, 1970 (OCT).  
 — *Theogonie. Les travaux et les jours. Le bouclier*, ed. y trad. por Paul Mazon, París, 1928 (Budé).  
 — *Hesiod. The Homeric Hymns. Fragments of the Epic Cycle. Homerica*, trad. por Hugh G. Evelyn-White, rev. por D. L. Page, Cambridge, Mass., 1936.  
 Homero: *Homer*, vol. V, *Hymni, Cyclus, Fragmenta, Margites, Batrachomyomachia, Vitae*, ed. por D. B. Monro y T. W. Allen, Oxford, 1912 (OCT).  
 — *Hymnes*, ed. y trad. por Jean Humbert, París, 1941 (Budé).  
 Kenyon, Frederic G.: *Books and Readers in Ancient Greece and Rome*, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford, 1951.  
 Kirk, G. S. y J. E. Raven: *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*, reimp., Madrid, Gredos, 1975.  
*Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos*, ed. y trad. por Francisco Rodríguez Adrados, 2 vols., Barcelona, 1956-1959.  
 Millares Carlo, Agustín: *Introducción a la Historia del Libro y de las Bibliotecas*, México, 1971.  
 Montero Moliner, Fernando: *Parménides*, Madrid, Gredos, 1960.  
 Murray, Gilbert: *Grecia clásica y mundo moderno* (trad. de *Greek Studies*), Madrid, 1962.  
 Pack, R. A.: *The Greek and Latin Literary Texts from Greco-Roman Egypt*, 2.<sup>a</sup> ed., Ann Arbor, 1965.  
 Page, D. L.: *Greek Poetry and Life*, Oxford, 1936.  
 — *Sappho and Alceus. An Introduction to the Study of Ancient Lesbian Poetry*, Oxford, 1955.

- Pasquali, G.: *Storia della tradizione e critica del testo*, 2.<sup>a</sup> ed., Florencia, 1952.
- Pfeiffer, Rudolf: *History of Classical Scholarship. From the Beginnings to the End of the Hellenistic Age*, Oxford, 1968 (aparecerá una traducción española en 1976).
- Píndaro: *Olímpicas*, ed. por Manuel Fernández Galiano, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1956.
- Poetae Melici Graeci*, ed. por Denys L. Page, Oxford, 1962.
- Ruiz de Elvira, Antonio: *Mitología clásica*, Madrid, Gredos, 1975.
- Sandys, John Edwin: *A History of Classical Scholarship*, reimp., 3 vols., New York, 1967.
- Sarton, G.: *A History of Science. Ancient Science through the Golden Age of Greece*, London, 1953.
- Taton, René (ed.): *Historia General de las Ciencias. I. La Ciencia antigua y medieval*, Barcelona, 1971.

## INDICE ANALÍTICO

- Abdera, 172.
- abecedario, 110.
- Abu Simbel, 109.
- acrópolis, 140.
- aedos, 31-32, 72, 73-76, 115, 119, 122, 125, 149-151.
- Afrodita, 75, 168.
- Agamenón, 48, 50, 55, 75, 77, 120.
- agón, 130, 148.
- agricultura, 19-21, 72, 85, 87, 89, 145.
- Agustín, San, 132.
- Alashiya, V. Chipre.
- Alceo, 171-172, 179-181.
- Alcínoo, 74, 122-123.
- Alcmán, 173, 179, 180.
- Aldus, 128.
- Alejandro, V. Biblioteca de.
- alfabeto, 37, 40, 42, 91, 92-113, 116, 127, 142, 149, 188.
- alifato, 24, 42, 91, 94-95, 97, 106-107, 110.
- Allen, Th. W., 128, 182, 192-193, 195.
- Amnisos, 66-67.
- Amorgos, 171.
- amorosa, poesía, 171-172.
- amuletos, 24-25.
- Anacreonte de Teos, 158, 172-173, 179-181.
- analfabetismo, 87.
- analítica, crítica, 116-117.
- Anatolia, 15, 21-22, 37, 52-53, 89, 102, 105, 107-108, 115, 126, 139, 171.
- Anaximandro, 92, 174-175, 177.
- Anaxímenes, 174-175.
- Andrómaca, 121.
- anonimato, 147.
- Antea, 33.
- Apolo, 100, 131, 142-143, 168.
- Apulia, 111.
- aqueos, 20, 49, 55-56, 71-72, 75-77, 80, 91.

- Aquiles, 32, 72, 74-75, 77, 121-123, 130, 132, 167.  
 archivos, 164.  
 Ares, 75.  
*areté*, 130.  
 argivos, 91.  
 Argólida, 33, 56, 92-93, 168.  
 Argos, 53.  
 Argos (perro), 120.  
 Ariadna, 15, 32.  
 Arión, 172.  
 Aristarco, 127.  
 aristocracia, 72-73, 141, 150, 172, 174.  
 Aristófanes de Bizancio, 127, 179.  
 Aristóteles, 14.  
 armas, 21, 49.  
 Armenia, 107, 112.  
 Arquíloco de Paros, 170-171, 179-180.  
 arquitectura, 144-146.  
 arte, 53, 73, 114, 187.  
 Artemis, 176.  
 artesanía, 19, 21, 53, 87, 145.  
 Ashmolean, Museo, 16.  
 Asine, 53, 59.  
 Asiria, 163.  
 Atenas, 15, 53, 97, 102, 106, 115, 126-127, 144, 156-157, 164, 171, 173, 176-177.  
 Atenea, 157.  
 Ateneo, 156-158.  
 Atreo, Tesoro de, 53.  
 Auboyer, Jeannine, 187.  
 audiovisual, educación, 153.  
 Aulo Gelio, 156, 158.  
 autor, 148-150, 164.  
 Ajax, 72, 121.  
 Aymard, André, 187.  
 Babilonia, 32.  
 Balcanes, 85.  
 banquetes, 73, 152, 154, 172.  
 Baquilides, 173-174, 178, 180-181.  
 bárbaros, 91.  
 Barthel, Gustav, 188.  
*Batracomiomaquia*, 168.  
 Belerofonte, 33-34, 80, 93.  
 Bennett, Emmett L., 58, 62, 69-79, 190.  
 Beocia, 51, 92, 169.  
 Béquignon, Ives, 187.  
 Bérard, V. 129.  
 Besarion, cardenal, 128.  
 Biblioteca de Alejandría, 99, 127, 158, 179.  
 — Marciana, 128.  
 bibliotecas, 156-158.  
 Biblos, 160.  
 Bizancio, 99, 128, 132-133, 178-179, 181.  
 Blegen, Carl, 50-51, 58, 190.  
 Boardman, John, 191.  
 Bolling, G. M., 129.  
 Bowra, Maurice, 117, 192, 194.  
 Brandenstein, W., 103, 188.  
 Brice, W. C., 189.  
 Briseida, 121-122.

- Bronce, Edad del, 19, 85-86.  
 Bulgaria, 113.  
 burlesca, poesía, 182.  
 Burn, A. R., 194.  
 Bury, J. B., 194.  
 bustrófedon, 28, 111, 165.  
 Cadmo, 92.  
 cálamo, 162.  
 Calcóndilas, Demetrio, 128.  
 caligrafía, 162.  
 Calímaco, 93, 179.  
 Calino de Éfeso, 171, 180.  
 Calipso, 122.  
 Campania, 111.  
 cananeas, ciudades. V. Siria y fenicios.  
 canon alejandrino, 171-173, 180.  
*Cantos Ciprios*, 167.  
 caña, 162-163.  
 Capelle, Wilhelm, 194.  
 capitales (letras), 165.  
 Caria, 94, 107-108.  
*Carmina*, 181.  
 casillero de Ventris, 65-67, 69.  
 Cassola, F., 190.  
 castas, 85-86, 99, 148.  
 Catulo, 181.  
 Ceos, 173-174.  
 cerámica, 21, 26, 52, 59, 87, 144-145, 148-149, 153-154.  
 Cicerón, 126.  
 ciclo épico, 167-168, 182.  
 cíclopes, 53.  
 ciencia, 146, 155.  
 cilindros, 39, 159.  
 cimerios, 171.  
 Cinocéfalos, 174.  
 Circe, 122, 168.  
 circulación del libro, 125, 154-155.  
 Cirene, 139.  
 Cirilo, 113.  
 cítara, 152, 170.  
 clásicos, 180.  
 Cleator, P. E., 188.  
 Clitemnestra, 45, 50.  
 Cnosos, 16, 27, 30, 32, 51, 58, 60, 64, 66-67, 79.  
 código, 125.  
 Cohen, Marcel, 188.  
 colegio sacerdotal, 20, 142, 148-149.  
 Colofón, 171, 175.  
 colonias, 139, 160.  
 comercio del libro, 155-156.  
 — marítimo, 19, 21, 37, 87, 145.  
 composición oral, 117, 147.  
*Contra Apión*, 127.  
 — *Leócrates*, 126.  
 Cook, J. M., 190.  
 Copa de Néstor, 97.  
 copto, 112.  
 coral, lírica, 152, 154, 170, 173-174, 177.  
 Corinto, 52, 92, 98, 143-144, 168.  
 corizontes, 115, 123.  
 Creófilo, 126.

- Creta, 11-43, 52-57, 72, 78, 80, 86, 93, 102, 160, 189-190.  
 criptografía, 62.  
 crisis, 180.  
 cristianismo, 107, 112-113, 132-133, 150.  
 crítica. V. analítica y unitaria.  
 Crouzet, Maurice, 187.  
*Cuento de los dos hermanos*, 34.  
 cuestión homérica, 92, 115.  
 Cumas, 97, 110.  
 cuneiforme, 95.  
 cursiva, 165.
- Chadwick, John, 69, 190-192.  
 Chapouthier, Fernand, 189.  
 Charbonneaux, Jean, 194.  
 Chipre, 35, 38, 53, 94, 107, 189.  
 chipriotas, sistemas de escritura, 35, 38-43, 59-61, 67, 94, 189.
- Dánao, 92.  
 dánaos, 91-92.  
 Dante, 133.  
 Danubiana, región, 85.  
 danzas, 32, 73, 75, 143, 154, 170.  
 Dares, frigio, 133.  
 D'Aubignac, François Hédelin, 116.  
 Davis, S., 189.  
*De Architectura*, 162.
- De Oratore*, 127.  
 declinaciones, 62, 65.  
 Dédalo, 15.  
*Deipnosophistas*, 157.  
 Delfos, 142-143.  
 deltas, 163.  
 Deméter, 168.  
 democracia, 141-142.  
 Demódoco, 74-75, 115, 122.  
 Derveni, 159.  
 Desborough, V. R. d'A., 192.  
 determinativos, 28, 59.  
 dialectos, 90, 98.  
 dicción formular, 117-119, 150.  
 Dictis, cretense, 133.  
 Diehl, E., 182, 194.  
 Diels, H., 182, 194.  
 difusión del libro, 147-154.  
 Diógenes Laercio, 127.  
 Diomedes, 121.  
 Dionisio, 92.  
 Dionisos, 157, 174, 177.  
 dioses, 74, 76-77, 86, 100, 130-131, 137, 143-144, 149, 152, 169-170, 175.  
*diphtheras*, 160.  
 díptico, 163.  
 dirección escritura, 30, 111, 164-165.  
 Diringer, David, 188.  
 Disco de Festos, 25, 35-38, 189-190.  
 dístico, 170.  
 ditirambo, 174.  
 doble hacha. V. *labrys*.

- Doria, 90.  
 dórico, estilo, 140.  
 dorios, 20, 55-56, 93.  
 Dörpfeld, Wilhelm, 50.  
 Dosíadas, 93.
- Edad Arcaica, 137-183.  
 — del Bronce, 85-86.  
 — del Hierro, 85.  
 — Media, 132.  
 edición, 179-180.  
 Edipo, 167.  
*Edipodia*, 167.  
 Edmonds, J. M., 182.  
 educación, 129-132, 149, 153, 187.  
 Éfeso, 171, 175, 179.  
 Efira, 33.  
 egea, lengua, 22.  
 Egeo, mar y región del, 15, 21, 38, 42, 53, 55, 94, 102, 139.  
 Egeo, rey, 15.  
 egeos, 52, 76-77, 89, 189.  
 Egipto, 15, 19-21, 23-24, 28-29, 32-33, 77-78, 92-93, 107-109, 112, 130-131, 139, 144, 156-157, 159-160, 162, 173-175, 178, 182.  
 Egisto, 48, 50.  
*ekdosis*, 179.  
 Elea, 176.  
 elegía, 154, 169-171, 180.  
 Eliba, 103.  
*emporios*, 139.  
 encomio, 174.  
 Eneas, 121.
- Eneida*, 132, 134.  
 Enkomi, 38.  
 enseñanzas morales, 130.  
 Eolia, 90.  
 eolismos, 118.  
 Epano Englianos, 51.  
 épica, 72, 73, 117-119, 137, 150, 167-168.  
 — burlesca, 168.  
 Epifanio, 107.  
*Epígonos*, 167.  
 epinicios, 173-174, 178.  
 epitafios, 174.  
*Epodos*, 181.  
*Erga*, 169.  
 escenas típicas, 117-118, 150.  
 Escila, 122.  
 escolios, 128.  
 escribas, 28, 58, 65, 77-80, 95, 116, 162.  
 escritoria, materia. V. madera, papel, papiro, pieles, tela, *ostraca*.  
 escrituras (sistemas de) egipcia, 23-25.  
 — mesopotámica, 23-25. V. además cuneiforme.  
 — micénica. V. lineal B.  
 — minoica, 22-31, 53.  
 escultura, 22, 145, 148, 153.  
 esclavos, 113.  
 Esmirna, 115.  
 España, 139.  
 Esparta, 126-127, 141, 171, 173.  
 espectáculos, 31-32.

- Esquilo, 48.  
 Estesícoro, 173, 179-180.  
 estilo, 163.  
 eteocretenses, 23.  
 ética homérica, 129-130.  
*Etimologías*, 156.  
*Etiópicas*, 167.  
 etruscos, 67, 94, 109-111, 160.  
 Eubea, 102.  
 Euclides, arconte, 106.  
 Éufrates, 20.  
 Eufronio, 159.  
 Eumeo, 123.  
 Eurípides, 48.  
 Euristeo, 56.  
 Eutímidés, 148-149.  
 Evans, Arthur, 14, 16, 18-19, 25-27, 51, 57-59, 62.  
 Evelyn-White, Hugh G., 182, 195.  
 exóticas, narraciones, 32-33, 76, 120, 123.  
 Farrington, Benjamin, 194.  
 feacios, 74, 122-123.  
 Fedra, 15.  
 Femio, 75, 115.  
 fenicios, 92, 95, 108, 160.  
 Fernández Galiano, Manuel, 183, 191-192, 194, 196.  
 Festos, 17-18, 25, 27, 30, 35-38.  
 filosofía, 146, 155, 174-177, 181-182.  
 Finley, M. I., 187, 192.  
 flauta, 152, 170.  
 Flavio Josefo, 127.  
 fonogramas, 93.  
 fórmige, 170.  
 fórmulas. V. dicción formular.  
 fragmentación política, 140-142.  
 Francia, 139.  
 Frigia, 107.  
 Furumark, Arne, 189.  
 Gallavotti, C., 191.  
 ganadería, 19, 21.  
 Gaya Nuño, Benito, 62, 189.  
 Gelb, I. J., 99.  
*Genealogías*, 177.  
 geografía, 146, 155, 177.  
 Georgia, 112.  
*Geórgicas*, 181.  
 Germain, Gabriel, 192.  
 germanos, 72, 113.  
 Gigon, Olof, 194.  
 Gil, Luis, 193.  
 glagolítico, alfabeto, 113.  
 Glauco, 33.  
 Glotz, G., 189, 195.  
 Gordon, F. G., 61.  
 gótico, alfabeto, 113.  
 Gould, G. P., 189.  
 Graham, James Walter, 189.  
 griega, lengua, 13-14, 23, 25, 40, 51-53, 56-57, 60, 62, 67-68, 92-94.  
 Grousset, René, 187.  
 Guerras Médicas, 13.

- Hagia Tríada, 18, 29-30, 190.  
 Hammond, N. G. L., 187.  
*Harleianus*, 128.  
 Hecateo de Mileto, 92, 177.  
 Héctor, 49, 120-121.  
 Hécuba, 121.  
 Hefesto, 78, 121.  
 Helena, 121.  
 helenos, 91.  
 Helesponto, 49.  
 Helios, 122.  
 Hera, 131.  
 Heraclidas, 56.  
 Heráclito de Éfeso, 175-176, 179.  
 Hércules, 56, 72, 143, 168.  
 Hermann, G., 117.  
 Hermes, 100, 168.  
 Heródoto, 92-93, 116, 158, 160-161, 177-181.  
 héroe, 76, 115, 129-130, 137.  
 Héroes Epónimos, 164.  
 Hesíodo, 148, 167, 168-169, 175, 195.  
 Heubeck, A., 189.  
 hexámetro, 170-171.  
 Hierón de Siracusa, 173-174.  
 Hill, G., 189.  
 Hímera, 173.  
 himnos homéricos, 168, 182.  
 Hiparco, 126, 157, 173.  
*Hiparco*, 126.  
 Hipias, 157.  
 Hipólito, 15.  
 Hipóloco, 130.  
 Hiponacte de Éfeso, 171, 180.  
 Hissarlik, 49.  
 historia, 146, 155, 177.  
 hititas, 38, 52, 61, 77, 85.  
 homéridas, 125.  
 Homero, 14, 19-20, 31, 47-51, 66-67, 69, 89, 91, 114-134, 168-169, 175, 180, 182, 192-195.  
 honor, 130.  
 Horacio, 132, 180-181.  
 Hrozny, Bedrich, 61.  
 humanistas, 133.  
 Humbert, J., 182.  
*hypomnémata*, 179.  
 Íbico de Regio, 158, 173, 180.  
 Ida, monte, 49.  
 ideogramas, 24, 26, 30, 40, 59-60, 62, 93-94.  
 Idomeneo, 13, 121.  
*Ilíada*, 32-33, 48, 51, 71-74, 77, 96, 114-134, 147, 152, 155, 157, 167.  
 — menor, 167.  
*Iliupersis*, 167.  
 individuo, 85-86, 99-100, 142, 148, 170.  
 indoeuropeos, 23, 52, 55, 61-62, 71, 77.  
 Infiernos, 122, 130.  
 inscripciones, 164.  
 Ión, 152.  
 Ios, 115.  
 Italia, 53, 102, 107, 109, 133, 139, 178, 181.



- Isidoro, San, 156.  
 Israel, 149. Ver además judíos.  
 Itaca, 122-123.
- Jaeger, Werner, 187.  
 Jeffery, Lilian H., 188.  
 Jenófanes de Colofón, 175-176.  
 Jensen, Hans, 188.  
 Jerjes, 156.  
 jeroglíficos, 24, 29, 57, 162.  
 — cretenses, 26-28.  
 Jerónimo, San, 107, 156.  
 Jonia, 90, 115, 160, 168, 174-177.  
 jónico, estilo, 145.  
 jonismos, 119.  
 Jorge, rey de Grecia, 50.  
 joyas, 18, 21, 49-51, 87.  
 judíos, 150.  
 juegos, 121, 142, 143-144, 150, 152, 173.  
 justicia, 142, 149, 169.
- Kato Zakros, 17.  
 Kenyon, Frederic G., 195.  
 Killen, J. T., 190.  
 Kirchhoff, A., 102, 106.  
 Kirk, G. S., 182, 193, 195.  
 Koler, Alice E., 62.
- Laberinto, 15-16, 22.  
*labrys*, 16.  
 Lachmann, Karl, 117.  
 Lang, Mabel L., 191.  
 lastrigones, 122.  
 Laurentis, 157.  
 lectura, 153, 155, 158, 165-166.  
 Léonard, Emile G., 187.  
 Lesbos, 171.  
 Lesky, Albin, 187.  
*leukómata*, 164.  
 leyendas, 31-32, 47, 117, 137, 145, 147, 153.  
 leyes, 141, 164.  
*Liber linteus*, 109, 160.  
 Libia, 139.  
 Licia, 34, 107-108.  
 Licurgo, legislador, 116, 126.  
 —, orador, 126.  
 Lidia, 107-108.  
 lidia de toros, 31-32.  
 lineal A, 28-31, 57-58, 189.  
 — B, 14, 25, 30-31, 35, 40, 42-43, 51, 53, 57-70, 81, 92, 94-96, 116, 118.  
 lira, 72-73, 75, 100, 150, 169-170, 172.  
 lírica, 146, 152, 155, 161, 169-174, 182-183.  
 literatura cretense, 31-34, 71.  
 — micénica, 71-72.  
 — oral, 31, 34, 72.  
 — sapiencial, 31.  
 Livio Andrónico, 132.  
 logógrafos, 177.  
 Lord, Albert B., 193.  
 Lloyd-Jones, Hugh, 187.

- McDonald, William, 191.  
 madera, 29, 34, 159.  
 Magna Grecia, 139, 176.  
 Maliá, 17, 27, 30, 189.  
*maltha*, 163.  
*mania*, 159.  
 Mar Negro, 139.  
 marcas de canteros, 20.  
 — de propiedad, 25-26.  
*Margites*, 168.  
 Marinatos, Sp., 191.  
 marineras, narraciones, 32, 76, 120, 123.  
 Marsiliana, 109-110.  
 Marrou, Henri-Irenée, 187.  
 Masson, Olivier, 189.  
 Matz, F., 189.  
 mayúsculas, 165.  
 Mazon, Paul, 129, 193.  
 Mediterráneo, 21, 38, 53.  
 Mégara, 127, 171.  
*mégaron*, 53, 145.  
 mélica, poesía, 168-170, 182.  
 Melos, 30, 102.  
 Menelao, 55, 121, 123.  
 mensaje, 25, 149, 153.  
 Meriggi, Piero, 189.  
 Mesa, rey, 103.  
 mesapieno, 111.  
 Mesenia, 151, 171.  
 Mesopotamia, 19-20, 24, 33, 39, 77, 130.  
 Metodio, 113.  
 Micenas, 16, 47, 50, 53, 58, 71, 80, 120.  
 micénica, cultura, 20, 25, 31, 40, 47-81, 85-86, 118-119, 190-192.  
 Mileto, 92-93, 106, 175, 177.  
 Millares Carlo, Agustín, 195.  
 Mimnermo de Colofón, 171, 180.  
 minia, cerámica, 52.  
 minoicos, periodos, 19.  
 Minos, 13-16, 22.  
*Minos*, revista, 70, 189.  
 Minotauro, 15-16, 72.  
 misterios religiosos, 32.  
 mitos, 47, 53, 90, 137, 142, 145, 147, 153, 173-175.  
 Monro, D. B., 128, 182.  
 Monte Himeto, 97-98.  
 Montero Moliner, Fernando, 195.  
 Moorhouse, A. C., 188.  
 Moravia, 113.  
 Murray, Gilbert, 117, 179.  
 Musas, 73-75, 100.  
 Museo Británico, 128.  
 música, 152-154, 170.  
 Mylonas, George E., 191.  
 Myres, John L., 193.
- Naucratis, 139.  
 Navegación, 20, 53, 72, 77, 123.  
 Nemea, 143.  
 neolítico, 19, 85.  
 Nerli, impresores, 128.  
 Néstor, 51, 97, 121, 123, 130.

- Nilsson, M. P., 191, 193.  
 Nimrud, 163.  
*Noches Aticas*, 156.  
 nomos, 159.
- odas, 174.  
*Odisea*, 14, 33, 48, 71-76, 96, 114-134, 152, 155, 157, 167-168.  
 Olimpia, 143.  
 olimpiadas, 137.  
 Olimpo, 121.  
 Oliver, Jean Paul, 191.  
 oráculos, 142.  
 oratoria, 181.  
 Orcómenos, 51, 59.  
 Orestes, 48.  
 ortográficos, signos, 165.  
 osco, 111.  
*ostraca*, 30, 97-98, 159, 161, 178.  
 ostracismo, 162.
- Pack, R. A., 195.  
 Page, D. L., 182, 193, 195.  
 pahlevi, 112.  
 palacios cretenses, 16-21, 31, 58, 87, 189.  
 Palaikastros, 30.  
 Palmer, Leonard R., 191.  
 Pallí, A., 193.  
 Pamfilia, 107.  
 Panateneas, 126, 157.  
 Papaioannou, Kostas, 187.  
 papel, 125.  
 papiro, 24, 28, 34, 78-79, 94, 125, 159-161, 164, 178.  
 París, 49.  
 Parménides, 176, 179.  
 Parnaso, 52.  
 Paros, 170.  
 Parry, Milman, 117, 193.  
 Pasifae, 32.  
 Pasquali, G., 195.  
 Patroclo, 121.  
 Pausanias, 50.  
 Pedro el Grande, 113.  
 Peloponeso, 14, 25, 47, 55-56, 91, 93, 122, 141.  
 Pendlebury, John D. S., 190.  
 Penélope, 76, 168.  
 pentámetro, 170.  
 pergamino, 125.  
*Periégesis*, 177.  
 periplos, 177.  
 Pernier, Luigi, 35.  
*Persas, Los*, 159.  
 Persia, 13, 156-158, 161, 176.  
 Perusa, estela de, 110.  
 Peruzzi, Emilio, 190.  
 Petrarca, 133.  
 Pfeiffer, Rudolf, 95, 196.  
 piceno, 111.  
 pieles, 24, 28, 34, 78-79, 94, 159-161, 164.  
 Pilos, 51, 53, 58, 60, 62-63, 71, 79, 81.  
*Pínakes*, 179.  
*pínax*, 33, 51, 163, 179.

- Píndaro, 173-174, 178-183, 196.  
 pintura, 18, 22-23, 31, 51, 53, 144, 148-149, 154.  
 Pisístrato, 116, 126-127, 156-157, 173.  
 Pitágoras, 176.  
 Pitecusas, islas, 97.  
 pitonisa, 142.  
 pizarras, 164.  
 Platón, 131, 152, 172.  
 Plutarco, 126.  
 poesía oral, 100.  
 poetas, 100, 148-149, 152, 157-158.  
 Polícrates de Samos, 156-157, 172-173, 176.  
 Polifemo, 122.  
 Polio, 149.  
 políptico, 163.  
*polis*, 86, 90, 140-142.  
 Pope, M. W., 189-190.  
 Poseidón, 32, 131, 143.  
 Preto, 33.  
 Príamo, 49, 121.  
 profetas, 74, 149.  
 prosa, 146, 175.  
*Protágoras*, 131.  
 protoescritura, 25-26.  
 Psamético, 108.  
 Pseudo-Tertuliano, 107.  
 Ptolomeos, 156, 158.  
 Puech, Aimé, 182.  
 Puerta de los Leones, 50.  
 Pugliese Carratelli, G., 190.  
 Quimera, 33.  
 Quintiliano, 132.  
 Quíos, 115, 125.
- Raison, Jacques, 190.  
 rapsodos, 119, 125-126, 150-155, 157, 161, 167-168.  
 Raven, J. E., 182, 195.  
 Regio, 173.  
 Renacimiento, 128, 146, 173, 178.  
*República*, 131.  
 Reverdin, O., 190.  
 reyes, 22, 55, 73, 141-142, 145, 174.  
 Reynolds, L. O., 193.  
 riqueza, 19-21, 23, 87, 141, 145.  
 Rodas, 15, 96, 168.  
 Rodríguez Adrados, Francisco, 116, 183, 193.  
 rolo, 125, 159-161, 164, 174.  
 Roma, 72, 91, 100, 110-111, 128, 132-133, 141, 145, 169, 181.  
*Roman de Troie*, 133.  
 Ruhnke, David, 180.  
 Ruiz Bueno, Daniel, 129, 193.  
 Ruiz de Elvira, Antonio, 196.  
 Rusia, 113.
- sabiduría oriental, 130.  
 sacerdocio, 73, 143.  
 Safo, 171-172, 179-181.  
 Salamina, isla, 127, 171.  
 Samos, 156-157, 172, 176.

- Sánchez Ruipérez, Martín, 188.  
 Sandys, John Edwin, 182, 196.  
 santuarios, 142-144.  
 Sarton, G., 196.  
 Schachermeyr, F., 190.  
 Schadewaldt, Wolfgang, 117, 193.  
 Schliemann, Heinrich, 16, 49-51, 192.  
 Schwarz, Benjamin, 190.  
 Segalá Estalella, Luis, 129.  
 Seleuco, 156.  
 sellos, 16, 18, 22, 24-27, 30, 35, 39, 160.  
 Semónides de Amorgos, 171, 180.  
 Servia, 113.  
 Severyns, A., 192-193.  
 Sicilia, 53, 102, 111-112, 139, 173, 175.  
 Siglos Oscuros, 85-134, 137, 141.  
 silábicos, sistemas, 28, 37, 40-41, 43, 59-60, 93-96, 108, 110-111.  
 Simónides de Ceos, 173-174, 179-180.  
 simposios. V. banquetes.  
 Siracusa, 173.  
 Siria, 15, 21, 30, 33, 37-38, 53, 77, 85.  
 Sócrates, 126, 176.  
 Sófocles, 48.  
 Solmsen, F., 182.  
 Solón, 171.  
 Starr, Chester G., 188.  
 Stawell, F. Melian, 62, 192.  
 Stella, L. A., 194.  
 Struve, V. V., 188.  
 Stubbings, F. H., 194.  
 Suetonio, 156.  
 sumerios, 78.  
 Tabla. V. *pinax, deltas y leucómata*.  
 tabletas de arcilla, 18, 21, 24, 27, 30, 39, 51, 58, 63-64, 78-80, 93-94.  
 Tácito, 72.  
 talasocracia, 14, 21.  
 Tales de Mileto, 174-175.  
 Támiris, 73.  
 tapices, 153.  
 Tarento, 132.  
 Taton, René, 196.  
 Taylour, William, 192.  
 Teágenes de Regio, 131.  
 teatro, 177.  
*Tebaida*, 167.  
 tebano, ciclo, 167.  
 Tebas, egipcia, 32.  
 —, griega, 59, 92, 167, 174.  
 tela, 159-160.  
*Telegonía*, 168.  
 Telegono, 168.  
 Telémaco, 51, 74, 122-123, 168.  
 templo, 145.  
 Teócrito, 93.  
 Teognis de Mégara, 172, 178.

- Teogonía*, 167, 169, 178.  
 Teos, 172.  
 Tera, 20, 30, 97, 102.  
 Termópilas, 174.  
 Terpandro, 172.  
 Tertuliano, 156.  
 Tesalónica, 159.  
 Teseo, 15, 22, 127, 168.  
 tesoros, 49, 51.  
 teucros. V. troyanos.  
*tholos*, 53.  
 Tigris, 20.  
 Timoteo, 159.  
 tinta, 24, 28-29, 39, 79, 162, 163.  
 tiranos, 141, 162, 174.  
 Tirinto, 51, 53, 59.  
 Tirteo, 171.  
*Titanomaquia*, 167.  
 toro, 16.  
 Tovar, Antonio, 188.  
*Townleyanus*, 128.  
 Toynbee, Arnold, 188.  
*Trabajos y los Días, Los*, 178, 181.  
 tragedia, 157.  
 transmisión oral, 119, 125, 147, 150, 152-153.  
 trenos, 173.  
 tríptico, 163.  
 Troya, 13, 16, 48-50, 55, 71, 75-76, 91, 127, 130, 133.  
 troyano, ciclo, 167.  
 Tucídides, 14.  
 tumbas, 21, 50, 53.  
 Tyllissos, 67.  
 Ugarit, 39-40.  
 Ulfilas, 113.  
 Ulises, 51, 72, 74-76, 120-123, 130-131, 168.  
 Umbria, 111.  
 unitaria, crítica, 117.  
 Urfinis, 52.  
 valores morales, 74, 91, 129.  
 Valterra, plomo de, 110.  
 vascuence, 62.  
*Venetus* 453, 454 y 613, 128.  
 Ventris, Michael, 62-70, 192.  
 Vermeule, Emily, 192.  
 Virgilio, 132-133, 181.  
 Vitruvio, 162.  
 Wace, A. J. B., 58, 80, 194.  
 Wade-Gery, H. T., 194.  
*Wanamón, Los viajes de*, 160.  
*wanax*, 55.  
 Webster, T. B. L., 192.  
 Wilamowitz, U. v., 117, 194.  
 Wilson, N. G., 193.  
 Wolf, Friedrich August, 116.  
 Woodhouse, W. J., 194.  
 Yahveh, 150.  
 yambo, 154, 180.  
 Yugoslavia, 117.  
 Zagreb, 110.  
 Zenódoto de Éfeso, 127, 179.  
 Zeus, 13, 15, 49, 121, 143, 149.

## BIBLIOTECA PROFESIONAL DE ANABA

Escolar Sobrino, Hipólito, *Historia del libro en cinco mil palabras*, 1972, 60 págs.

### I. BIBLIOGRAFÍAS

1. Rovira, Teresa y María del Carmen Ribé, *Bibliografía histórica del libro infantil en catalán*, 1972, 180 págs.
2. Rodríguez Jouliá Saint-Cyr, Carlos, *La novela de intriga (Diccionario de Autores, Obras y Personajes)*. Ediciones en castellano, 1972, 154 págs.
3. Madurell i Marimon, Josep M.<sup>a</sup>, *Manuscrits en català anteriors a la impremta (1321-1474). Contribució al seu estudi*, 1974, 160 págs.

### II. ESTUDIOS

1. González, María Luz, *Automatización de catálogos*, 1971, 144 págs.
2. Nieto Gallo, Gratiniano, *Panorama de los museos españoles y cuestiones museológicas*, 1973, 196 págs.

### III. CUADERNOS

1. Escolar Sobrino, Hipólito, *Márquetin para bibliotecarios*, 1970, 122 págs.

2. Rodríguez Jouliá Saint-Cyr, Carlos, *La novela de intriga*, 1970, 128 págs.
3. Pérez-Rioja, José Antonio, *Las Casas de Cultura*, 1971, 108 págs.
4. Escolar Sobrino, Hipólito, *Planeamiento bibliotecario*, 1971, 124 págs.
5. López Serrano, Matilde, *La encuadernación española. Breve historia*, 1972, 146 págs. + 64 láms.
6. Poves, María Luisa, *El catálogo diccionario. Normas para su redacción. Edición abreviada*, 1972, 93 págs.
7. Escolar Sobrino, Hipólito, *El lector. La lectura. La comunicación*, 1972, 127 págs.
8. Penna, Carlos Víctor, *Servicio de Bibliotecas y de Información. Nueva concepción latinoamericana*, 1972, 141 págs.
9. Escolar Sobrino, Hipólito, *Historia social del libro. La tableta cuneiforme*, 1974, 176 págs. + 16 láms.
10. Escolar Sobrino, Hipólito, *Historia social del libro. Egipto*, 1974, 160 págs. + 20 láms.
11. Escolar Sobrino, Hipólito, *Historia social del libro. Del alifato a la Biblia*, 1974, 164 págs. + 16 láms.
12. Escolar Sobrino, Hipólito, *Historia social del libro. Grecia: de Cnosos a Atenas*, 1975, 210 págs. + 20 láminas.

#### IV. CONGRESOS

- Congreso Nacional de Bibliotecas, II, Gerona, 1966.  
*Actas y ponencias*, 1968, 312 págs.
- Congreso Nacional de Bibliotecas, III, Las Palmas, 1968. *Ponencias, comunicaciones y crónica*, 1970, 204 págs.

Congreso Nacional de Bibliotecas, IV y III Congreso Nacional de Archivos, Pamplona, 1970. *Ponencias, comunicaciones y crónica*, 1970, 258 págs.

Congreso Nacional de Bibliotecas, V y IV Congreso Nacional de Archivos, Barcelona, 1972. *Ponencias, comunicaciones y crónica*, 1975, 300 págs.

#### V. HOMENAJES

*Martínez Ferrando, archivero. Miscelánea de estudios dedicados a su memoria*, Barcelona, 1968, 556 págs.

*Homenaje a Federico Navarro. Miscelánea de estudios dedicados a su memoria*, 1973, 452 págs.

*Homenaje a Guillermo Guastavino. Miscelánea de estudios dedicados a su memoria*, 1974, 1 lám., XXIV + 539 págs.

#### VI. NORMAS

IFLA-FIAB: *Normas para bibliotecas públicas*, 1974, 108 págs.

#### PUBLICACIONES PERIÓDICAS

*Boletín de la Anaba*. Trimestral. Precio de suscripción anual: 300 ptas.

Congreso Nacional de Bibliotecas, IV y III Congreso  
Nacional de Archivos, Buenos Aires, 1970, 1970, 1970  
Congreso Nacional de Bibliotecas, V y IV Congreso  
Nacional de Archivos, Buenos Aires, 1971, 1971  
Congreso Nacional de Bibliotecas, VI y V Congreso  
Nacional de Archivos, Buenos Aires, 1972, 1972

### V. HONORARIOS

Honorable: Fernando, en el libro "Bibliotecas de  
Argentina" en memoria de Buenos Aires, 1987, 200  
Honorable: Fernando, en el libro "Bibliotecas de  
Argentina" en memoria de Buenos Aires, 1987, 200  
Honorable: Fernando, en el libro "Bibliotecas de  
Argentina" en memoria de Buenos Aires, 1987, 200  
Honorable: Fernando, en el libro "Bibliotecas de  
Argentina" en memoria de Buenos Aires, 1987, 200

### VI. NORMAS

Normas para bibliotecas públicas, 1974, 1974  
Normas para bibliotecas públicas, 1974, 1974  
Normas para bibliotecas públicas, 1974, 1974  
Normas para bibliotecas públicas, 1974, 1974

### PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Boletín de la Asoc. Trimestral. Precio de suscripción  
anual: 300 pesos

Boletín de la Asoc. Trimestral. Precio de suscripción  
anual: 300 pesos  
Boletín de la Asoc. Trimestral. Precio de suscripción  
anual: 300 pesos  
Boletín de la Asoc. Trimestral. Precio de suscripción  
anual: 300 pesos

Con este cuarto volumen (los tres anteriores, *La tableta cuneiforme*, *Egipto* y *Del alifato a la Biblia*, estaban dedicados al Antiguo Oriente) comienza la historia del libro griego.

El autor trata, en primer lugar, de la cultura cretense porque bastantes de sus elementos fueron heredados por la griega y porque fue la creadora de varios sistemas de escritura. A continuación se ocupa del mundo micénico, el de los poemas homéricos, en cuyas cortes se escribió por primera vez la lengua griega, según demostró Ventris al descifrar el sistema lineal B. El período que viene a continuación, Siglos Oscuros, se cierra con dos acontecimientos trascendentales: la creación del alfabeto y la composición de la *Iliada* y de la *Odisea*, cuya génesis e influencia posterior son analizadas con detalle. En el último apartado, correspondiente a la Edad Arcaica, intenta reconstruir la apariencia formal del libro en esta época (trazado de la escritura y materiales e instrumentos empleados), así como la amplitud de su difusión, que fue fundamentalmente oral, declamado o cantado, al no existir ni el comercio del libro ni las bibliotecas, a pesar de que una tradición posterior atribuyó a Polícrates de Samos y a Pisístrato la creación de las primeras bibliotecas en el siglo VI.

El volumen, que lleva numerosas ilustraciones, se cierra, como los anteriores, con una amplia bibliografía y con un detallado índice analítico.